

ALGUNAS VERDADES
A LA CLASE OBRERA,

POR

D. PEDRO ARMENGOL Y CORNET.

ENSAYOS LAUREADOS CON EL ACCESSIT

POR

LA ACADEMIA DE CIENCIAS, MORALES
Y POLÍTICAS.

Sobre tres de los temas del concurso extraordinario
de 16 de Enero de 1872.

No des á tus amigos los conse-
jos más agradables, sino los más
provechosos.

SOLON.

MADRID:—1874.

LA NACIONAL DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
calle de San Mateo, núm. 5.

HD8586

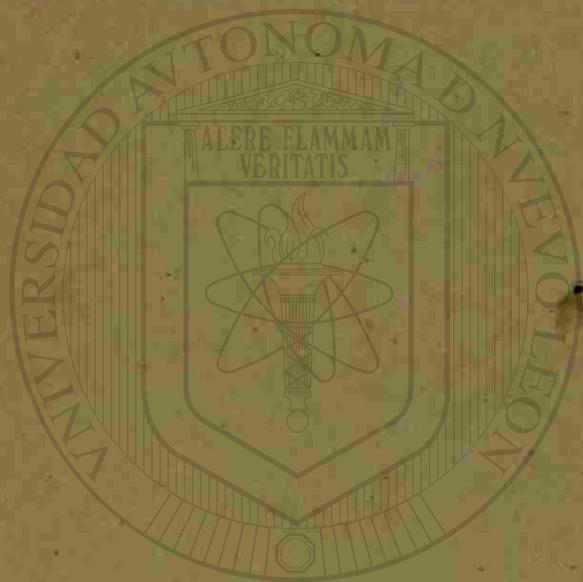
A7

C.1

1213



1080023228



ALGUNAS VERDADES
Á LA CLASE OBRERA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALGUNAS VERDADES

A LA CLASE OBRERA,

POR

D. PEDRO ARMENGOL Y CORNET.

ENSAYOS LAUREADOS CON EL ACCESSIT

POR

LA ACADEMIA DE CIENCIAS, MORALES
Y POLÍTICAS.

Sobre tres de los temas del concurso extraordinario
de 16 de Enero de 1872.

No des á tus amigos los conse-
jos más agradables, sino los más
provechosos.

Sozox.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Feliz

MADRID:—1874.

TIPOG. DEL COLEGIO NACIONAL DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS
calle de San Mateo, núm. 5.

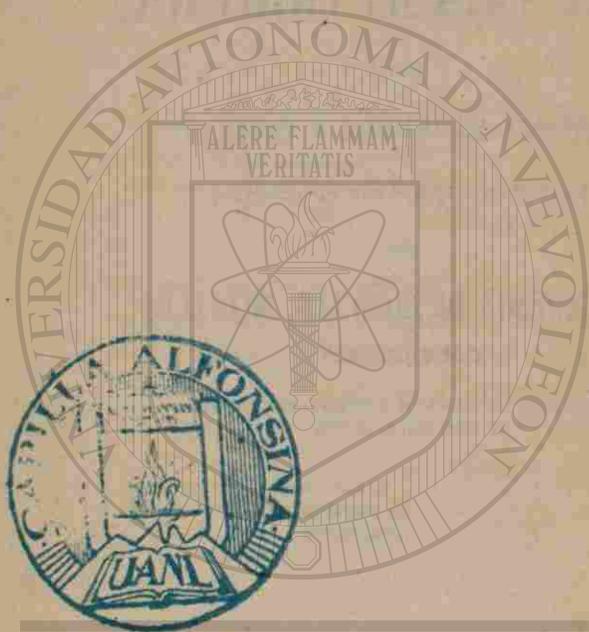


Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

48151

H08586

A7



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

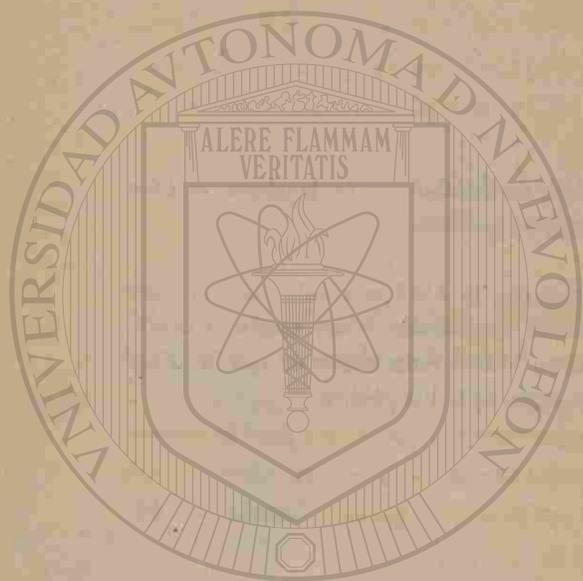


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Artículo 43 de los Estatutos de la Academia de Ciencias Morales y políticas.

En las obras que la Academia autorice ó publique cada autor será responsable de sus asertos y opiniones: el Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública.

012131



TENAS PROPUESTOS POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS, MORALES Y POLÍTICAS EN SU PROGRAMA DE CONCURSO EXTRAORDINARIO DE 10 DE JULIO DE 1871 OBJETO DE ESTA MEMORIA.

4.º *Resultados funestos de las huelgas de trabajadores segun demuestra la ciencia y resulta de la historia.*

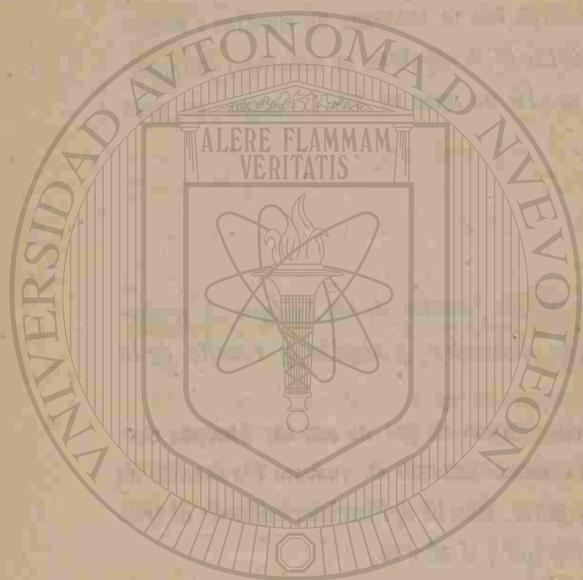
5.º *Demostracion de que no son las huelgas violentas ni el llamado DERECHO AL TRABAJO los medios de formar el capital, sino la aplicacion constante al trabajo la sobriedad y el ahorro.*

6.º *Injusticia y graves inconvenientes de las Asociaciones de obreros formadas con propósito ó tendencias subversivas.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROEMIO.

Es una verdad que no puede ocultarse al hombre menos observador, que de algún tiempo á esta parte las cuestiones que afectan á las clases obreras, escitan la atención pública y se las dá mayor importancia cada día. Juzgamos que este interés, con miras muy distintas, es efecto de dos causas: por una parte las clases conservadoras, y en especial los que tienen sus capitales invertidos en la producción y la industria, han mirado con gran indiferencia la situación de los obreros, han cuidado muy poco de procurar á estos mejores condiciones de bienestar físico y moral de las que hasta hoy han disfrutado, y por otra ciertos especuladores con máscara de abogados y patronos de las clases jornaleras han explotado esta indiferencia y este descuido, no para darles estas condiciones de instrucción, de bienestar, y prosperidad cuya falta

lamentan, sino para escitar las pasiones de tantas personas casi ignorantes, fomentando el ódio contra fabricantes, productores, amos y capitalistas, y convirtiendo á estas masas que viven del trabajo, en instrumento de sus ambiciones políticas y personales; si los primeros son responsables por su desidia, los segundos son aun más culpables por su procacidad y por haber pervertido el buen sentido de nuestras clases jornaleras.

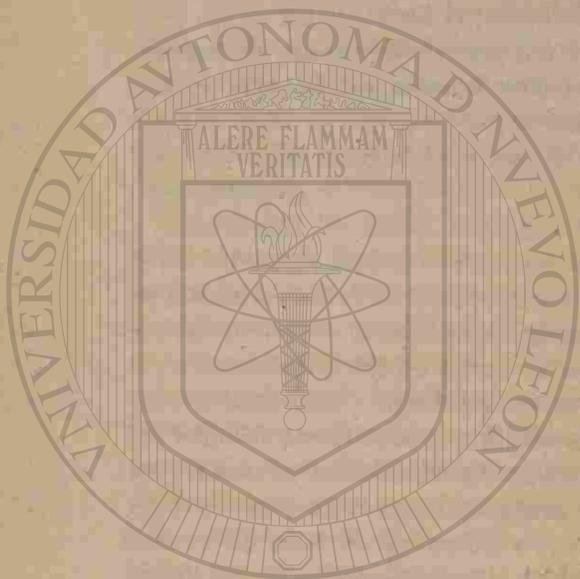
Secundando los nobles propósitos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, ensayaremos restablecer la verdad en algunos puntos que se han procurado convertir en baluarte de defensa del obrero, y demostrar á este los errores de las doctrinas que con tanto afán se enseñan y las consecuencias que llevan en pos de sí, estas predicaciones constantes y tenaces, estos discursos subversivos y acogidos con tantos aplausos dados sin conciencia, que ha pasado ya de moda repetir un día y otro. ¡Ojalá el acierto en este trabajo corresponda al deseo que nos anima de procurar el verdadero progreso y bienestar de nuestros obreros y al interés que siempre nos han inspirado!

Bajo distinta forma, nos ocuparemos pues de estos tres puntos:

1.º Resultados funestos de las huelgas de trabajadores segun demuestra la ciencia y resulta de la historia.

2.º Demostracion de que no son las huelgas violentas, ni el llamado derecho al trabajo, los medios de formar el capital, sino la aplicacion constante al trabajo, la sobriedad y el ahorro.

3.º Injusticia y graves inconvenientes de las Asociaciones de obreros formadas con propósito ó tendencias subversivas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA PARTE.

¿LAS HUELGAS DE TRABAJADORES, PRODUCEN LOS RESULTADOS QUE CON TANTA SEGURIDAD PROMETEN SUS PROPAGANDISTAS?

El desarrollo que en este siglo ha tomado la industria, y las distintas maneras con que el trabajo fomenta el capital, aumentándolo, ha dado origen á que algunos ambiciosos ó descontentos hayan tratado de buscar dificultades á esta riqueza progresiva y siempre creciente, y uno de los medios mas generalizados ha sido, no el pedir, sino el exigir el aumento del salario y la disminucion de las horas del trabajo: exigencia formulada por medio de las huelgas.

Algunos hipócritas defensores de los jornaleros, con el pretexto de que los beneficios del industrial ó fabricante son exorbitantes en comparacion con el salario del obrero y las horas que este ocupa en el taller, han echado mano del ya desacreditado argumento, de que el capitalista y el productor ó industrial explota al jornalero, y este es convertido en un eselavo blanco destinado á labrar con su sudor la fortuna de su amo.

Esta consideracion presentada á personas sin instruccion y que solo ven los grandes edificios de la industria, los resultados prósperos que dan al fabricante, la posicion cómoda en que les coloca, el capital invertido comparándolo con su modesta posicion, con sus necesidades y privaciones y con su salario, ha producido el resultado que se propusieron los que presentaron á su imaginacion el cuadro de la rivalidad de intereses entre amos y operarios, y el repetir un día y otro la frase de que, el capitalista y el productor son los explotadores de sus jornaleros, ha sido causa de que estos se echáran en brazos de esos que se llaman sin modestia, los regeneradores de la clase obrera y los defensores de sus derechos.

Se tiene empero mucho cuidado en callar al obrero, que el capitalista que dedica su fortuna á la industria tal ó cual, debe descontar de sus ganancias la conservacion de los edificios, la reparacion de las máquinas, el pago siempre inexorable de las contribuciones, las pérdidas que causan el cambio de moda de varios productos, la falta de pago de muchos consumidores en grande ó pequeña escala, los quebrantos que producen las crisis industriales, las conmociones políticas, la introduccion de nuevas máquinas, la perfeccion que en otros puntos alcanzan varios artículos, etc., etc., y al obrero solo se le ponen de gran relieve, los crecidos balances de beneficios que alcanza el fabricante cada año, las fincas que ha adqui-

ruido el capitalista ó productor; y se le repite cada día: esto es fruto de tu sudor, esta fortuna ha sido labrada á costa tuya y tienes en ella parte de tu sangre.

¿Es esto verdad? No: en manera alguna. Para demostrar que todo es triste en este cuadro, que el industrial solo procura hacer su negocio á costa del obrero y que le explota donde quiera que trabaje, se ha dicho al jornalero: el productor solo quiere la aplicacion de tu fuerza mediante el salario convenido, y poco le importa que pierdas la salud, ó que dejes un miembro entre las máquinas, que tu entendimiento quede sin cultivar, que tu mujer y tus hijos vivais en miserables viviendas y que la necesidad te persiga por todos lados; el productor solo atiende á su provecho, por mas que sea á costa tuya y con una mequísima retribucion, encerrándote horas y más horas en el taller de modo que no veas la luz del sol, sino en largos intervalos. Así se ha aumentado cada día el odio entre el amo y el obrero y se ha procurado que entre uno y otro haya completa separacion. Y preguntamos otra vez: ¿es verdad esta separacion y es verdadera esta esclavitud? Afortunadamente nó.

Aquí, á sabiendas se parte de una idea completamente falsa, pues se sostiene que los intereses del jefe de industria y los del obrero son contrarios, son opuestos, y esta falsedad dá origen á todos los demás errores. ¿Cómo han de ser opuestos estos intere-

ses, cuando no hay ejemplo de que atacando al uno, el otro no sufra iguales consecuencias? paralizada la produccion dejando el capital sin circulacion, el trabajo del obrero primero disminuye y luego cesa, puesto que cuanto mayor es la fuerza activa de la industria y el desarrollo de las distintas aplicaciones del trabajo y el capital, aumenta en proporcion tambien creciente la estima del salario, la actividad del obrero y son mayores en número los que encuentran ocupacion. Digalo sino el desarrollo que en veinte años ha tomado la industria, las infinitas aplicaciones del capital y del trabajo, el extraordinario número de obreros que han abandonado la agricultura y han dejado su pueblo natal para acudir á los grandes centros fabriles; examínense las estadísticas desde el año de 1850 acá y veráse qué aumentos tan fabulosos han tenido estas ciudades, cuántas industrias antes desconocidas dan hoy pan á millares de obreros y ponen en circulacion cantidades inmensas: ¿á qué es debido esto sino á la relacion y armonía de los dos capitales, capital efectivo y capital trabajo: á la aplicacion de la inteligencia del uno y la actividad del otro?

Lo que hay en esta materia es un interés especial por parte de ciertos hombres, en ocultar la verdad y engañar á la gran masa obrera, á la cual se hace ó se trata de hacer cada día más exigente, más imperiosa en sus peticiones y como en ello median

intereses personales y ambiciones muy bien disfrazadas, por ello es que estos alterando las cosas y los hechos, solo procuran presentar á sus dóciles discípulos, algunos ejemplos de egoismo y especulacion, por fortuna raros, y se guardan muy bien de callar tantos capitales invertidos por productores ó industriales en casas para obreros, salas de asilo, sociedades de socorros mútuos, pensiones á los inválidos, escuelas, baños, lavaderos, etc., etc., y otros cien medios de instruccion y alivio de los obreros que asistan á sus talleres: y esto que se vé y se observa, no es obstáculo para que se desprecien estos sacrificios y se aconseje al obrero ser cada día más exigente. ¿Es esto justo, es esto digno de aplauso?

Consultad, obreros, á los hombres imparciales, que estan al corriente del movimiento industrial del mundo, preguntadles por este antagonismo de que se os habla y ellos os contestarán que en tanto es una impostura esta rivalidad de intereses, en cuanto hoy estan desmintiéndolo, Mr. Escribe que junto á sus talleres abre una panadería que facilita el pan mucho más barato, plantea una caja de ahorro, ofrece un servicio médico y farmacéutico gratuito, construye baños y habitaciones para sus obreros y hasta un cementerio y añade á estas condiciones de bienestar físico una escuela con enseñanza de música; os presentarán las cajas de ahorros de Moulhouse fomentadas y protegidas por los fabricantes quienes

crean pensiones para los inválidos y ancianos y levantan escuelas; y este ejemplo tiene cien imitadores en las Ardenas, el alto y bajo Rhin, el Aisne, el Doux, el Jura, el Loira, el Eure, y Loire, Seine y Oise, etc., etc.; ellos os presentarán los barrios obreros de Bélgica levantados en su mayor parte á costa de los industriales; os citarán la sociedad de Cocheril que en seis meses gasta 546,490 francos suministrando alimentos á sus obreros á quienes proporciona así un ahorro en dicho período de 43,311 francos; os citarán á M. Neuman de Berlin que creó una caja especial para los inválidos del trabajo; os recordarán el gran número de centros fabriles de Inglaterra, en los cuales existen un número extraordinario de instituciones en beneficio del obrero, bajo el punto de vista físico y moral, costeado todo por los empresarios de industria, y debereis convenceros, si teneis buena fé, de que se os oculta la verdad al sosteneros que vuestros intereses deben estar frente á frente con los del industrial y reconocereis que hay la mas refinada malicia al señalaros á este como vuestro mayor enemigo.

Comprendemos que una acumulacion imprudente de productos muy superior al consumo, produzca una crisis industrial que afectando directamente al salario, dé por resultado una huelga más ó menos general, y más ó menos prolongada, pero esto ni es frecuente ni lleva en si graves consecuencias si los

obreros tomando del saludable principio de la asociacion todo lo que en si tiene de bueno y fecundo, han sido previsores para constituir una ó mas sociedades de socorros mútuos. No nos referimos á estas desgracias pasajeras de la industria, al hablar de las huelgas, sino á las que sistemática y generalmente se obligan por más ó ménos tiempo los obreros de todas ó determinadas secciones de industrias, con el propósito de disminuir las horas de trabajo, ó alcanzar un aumento en el salario.

Se olvida en esta cuestion que entre el obrero y el gefe de industria existe un verdadero contrato, por el cual mediante una cantidad que se llama salario, el obrero aplica su inteligencia y su fuerza al producto que elabora, y así como el industrial puede separarse de este contrato cesando en su industria ó imponiendo ciertas condiciones, el obrero tiene la misma libertad para dar mayor ó menor valor á su trabajo, y hasta aquí nadie hace sino usar de su derecho; pero desde el momento en que estas condiciones no se proponen sino que se exigen y esta exigencia se hace estensiva á los demás obreros ó á los demás gefes de industria, existe una verdadera violacion del derecho, un verdadero abuso que nadie puede proteger, que todos deben censurar. En este punto no admitimos término medio; si reprobamos que los obreros de un taller se opongan al planteamiento de máquinas de nueva invencion y exijan ma-

por salario ó disminucion de horas de trabajo, formulando esa pretension de un modo colectivo y con la alternativa de su admision ó del abandono del taller, condenamos asimismo con toda energia al industrial que abusa de la posicion de sus obreros, ora limitándoles las horas del trabajo ó aumentándolas, ora variando las condiciones del mismo, como ha sucedido varias veces en la industria de hilados y tejidos aumentando el tiraje de las piezas, escitando así las quejas y los clamoreos del obrero. El industrial que obra así, abusa de su posicion, y los demás productores deberian escribir su nombre en una tablilla de ignominia.

Si consultamos á la ciencia económica que es la que regula los fenómenos de la producción, establece las leyes de la oferta y la demanda, y dicta preceptos para la aplicacion del trabajo, veremos que condena de la manera mas absoluta estas huelgas que con tanta frecuencia se repiten en el viejo mundo, pues por mas que sea pacífica la actitud de los operarios todos los ánimos se sobresaltan, el comercio se alarma, el capital se esconde, las transacciones se paralizan y todo el mundo está poseido de ansiedad y temor, porque generalmente de la exhortacion amistosa de los huelguistas á sus compañeros, vienen las violencias, las amenazas, las vias de hecho con que se castiga á los operarios que con buenas ó malas condiciones quieren seguir trabajando; las tiendas se

cierran al llegar este período de la huelga, las masas diseminadas por las calles y plazas impiden la serenidad de ánimo que el dinero exige para su circulacion, las familias acomodadas abandonan su morada, las autoridades han de cesar en su actitud expectante, los campesinos dejan luego de llevar las provisiones ordinarias, aumentando así el precio de los artículos de primera necesidad, y todo lo que antes era actividad, sosiego, movimiento mercantil y orden, se convierte en alarma y temor, y la poblacion toma este carácter triste y desconsolador que anuncia ó prevee una gran desgracia; si este estado dura y se prolonga, la miseria, la enfermedad y la falta de socorros, son los males que dominan á esta poblacion antes floreciente y sosegada. Este es el espectáculo que en mayor ó menor escala presentan las poblaciones en huelga, dado aún que la fuerza pública y las armas no deban intervenir en la contienda.

La ciencia ante esta observacion, levanta su voz para condenar este conflicto, toda vez que la paralización que lleva consigo reporta una pérdida para el capital del fabricante, ya que las primeras materias de produccion están expuestas á sufrir quebranto, las máquinas deben ser reparadas y conservadas, el dinero invertido en la industria queda sin circulacion y sin producto, y para el obrero disminuye asimismo el capital representado por su actividad é intelligen-

cia, siendo luego causa de que, de laboriosos y activos se conviertan en vagos y tahures, y de hombres de conducta intachable pasen á ser perturbadores, gefes de motin y peligrosos á la sociedad. El aumento de la criminalidad que sigue siempre, como el cortejo de las huelgas, dá á conocer la exactitud de estas observaciones, y las causas que se forman para la represion de los delitos, comprenden á muchos de estos obreros á quienes una vida inactiva y de holganza ha abierto la puerta del garito de juego ó la taberna aumentando las ocasiones de la disputa, la riña y el robo.

Háse observado que la mayor parte de las huelgas, como dice J. J. Rapet (1), son promovidas por hombres solteros, libres de toda clase de obligaciones, que sin grave riesgo de poder sufragar sus gastos durante aquellas, imponen su osadía á desgraciados padres de familia á quienes casi siempre arruinan, arrastrándoles á un conflicto que se resuelve en perjuicio del obrero, en la gran mayoría de los casos, sino en todos. Véanse sino los términos finales de las huelgas segun los hechos lo han demostrado.

Si las pretensiones de los operarios, sobrepujan al

(1) Rapet.—Manual de moral y economía política, obra premiada por la Academia de Ciencias morales y políticas de Francia, con el premio extraordinario de 10.000 francos.

sacrificio que el industrial puede hacer en favor de aquellos, cerraráse la fábrica ó taller, la masa obrera consumirá sus ahorros ó los fondos de la Caja de Socorro y al fin y al cabo tendrá que ceder en sus pretensiones; si por el contrario estas representan solo una disminucion de los beneficios del industrial, ya que entre nosotros no se conoce el consejo de los prohombres ni se han publicado leyes reguladoras del trabajo, el industrial accederá á aquellas exigencias para satisfacer á sus pedidos, pero rara vez dejará de buscar momento oportuno para ir restableciendo poco á poco las anteriores condiciones, y hé ahí que surge de nuevo el conflicto y se reproduce el mal.

Tambien la ciencia condena las huelgas, porque con el vuelo que ha tomado la maquinaria, esta suple gran parte de labores en que antes era necesaria la inteligencia del obrero, y de ahí que como muchas industrias no necesitan gran aprendizaje, al terminar las huelgas ya totales ya parciales, muchos obreros se encuentran sin colocacion por estar ocupados ya sus puestos, y de este modo los que se quejaban de las condiciones del trabajo se quedan sin él, y prestan nuevo apoyo á la miseria que más ó ménos oculta existe en las naciones. En último resultado como hace observar el ilustre Rapet, patronos y obreros se empobrecen cualesquiera que sean los beneficios que más ó ménos tarde puedan reportar unos y otros; los patronos ó industriales además del

beneficio que hubieran obtenido, pierden el interés de sus capitales, aparte de la interrupción en sus relaciones mercantiles y otra multitud de consecuencias perjudiciales: los obreros gastan el fruto de sus economías y sujetan á sus familias á un sin número de privaciones y sufrimientos.

La huelga no pueden apoyarla sino los que apelan siempre á la violencia para hacer triunfar sus pretensiones, pues como dice al tratar esta materia el abate Tounissoux (1) insultar, destrozar ó incendiar, no es sino demostrar que el que así obra es indigno de vivir en una sociedad civilizada.

Si en el terreno de la ciencia no pueden defenderse las huelgas, menos pueden defenderse ó sostenerse en el orden moral y en el terreno de la experiencia.

Desde luego se establece una división difícil de borrar entre los obreros que sostienen la huelga y los que no participan de esta opinión. Casi nunca se ha respetado por los que han abandonado el taller la libertad de los demás para asistir á él, siendo estos últimos considerados como el mayor obstáculo al triunfo de sus exigencias; primero los insultos, las chanzas de mal género, y enseguida toda clase de violencias, tales son los medios que los huelguistas

(1) *Le bien-être de l'ouvrier.*

emplean para persuadir á sus compañeros de la bondad de sus razones, arrastrando así á centenares de familias á una situación triste sino desesperada. Si la huelga se prolonga, porque ninguna de las partes quiere ceder en sus pretensiones, el obrero ha de sufrir desde luego una disminución en el socorro que substituye al jornal, las necesidades de la familia son las mismas sino mayores, y aparte de las pendencias y cuestiones domésticas á que puede dar lugar, la holganza en que vive durante este tiempo le convierte en perezoso y exigente, y le acostumbra á esta resistencia, que se quiere llamar pasiva pero que no lo es y con la cual juzga cuestiones que no puede resolver por sí, con exacto criterio, porque es en ellas el principal interesado. Los hombres que se han dedicado al estudio de las clases obreras, nos citan infinidad de ejemplos de obreros pacíficos, probos, dóciles y laboriosos, que han cambiado completamente de conducta siguiendo las exigencias de sus compañeros huelguistas, y de paso en paso les han convertido en agitadores peligrosos, y en hombres que han sacrificado el reposo de sus familias, el cuidado de sus hijos y el amor de su esposa, en aras de este orgullo mal entendido y de esta persistencia en no transigir con las condiciones impuestas al industrial ó jefe de industria.

Inglaterra, esta nación esencialmente mercantil é industrial y que tantos capitales ha destinado en

favor de la clase obrera, ha presenciado un sin número de huelgas, cuyos resultados han sido siempre desastrosos. En 1817 una de ellas fué causa de 80 quiebras de establecimientos industriales, los obreros se amotinaron, sufrieron varias cargas de caballería y 367 fueron entregados á los tribunales: el año siguiente 1818, la cosa tomó mayores proporciones: el gorro blanco fué la divisa de los huelguistas, quienes reunidos en Petersfield en número de 10,000 juraron exterminar á los fabricantes, debiendo ser dispersados á sablazos. En 1825 y 1826 vuelve la huelga y aparece con tan gigantescas formas, que fué preciso distribuir la sopa diariamente á más de 14.000 obreros, los cuales se entregaron á tales excesos, que la fuerza armada hubo de intervenir y además de los que dejaron la vida entre las bayonetas, varios perecieron á manos del verdugo y la horca se encargó de estampar un padron de ignominia y de vergüenza á estas exigencias tan violentas, habiéndose consumido en esta época 102.000 libras esterlinas en socorros. En 1832 y 1842 se presenciaron iguales desastres, en los cuales la sangre corrió también, debiendo ceder los obreros á sus pretensiones despues de haber saqueado é incendiado muchos talleres y depósitos y causado graves quebrantos á la industria. Vino el año de 1853 y al llegar á últimos de Junio, los obreros de Liverpool, Manchester, el condado de Chester y otros grandes

centros industriales, levantáronse pidiendo un aumento en sus salarios, y empezando por las industrias de hilados y tejidos se propagó como una descarga eléctrica á muchas otras. En Liverpool los obreros ó faquines ocupados en los docks se retiraron del puerto en número de 5.000 y aprovechando en Manchester 250 constables ó agentes de seguridad pública de este conflicto, exijieron un aumento de sueldo que por pronto hubo de concederseles. El 10 por ciento fué el tema de esta huelga (pues pedían este aumento en sus salarios) y Hottingham, Bristol Clyde, Wear, y el Tamesis suministraron sus inmensas masas de obreros de todas clases é industrias para secundar el movimiento, bastando, decir, para formarse idea de las proporciones que adquirió, que en Stoekport, 20.000 hiladores abandonaron el taller, habiéndose prolongado esta huelga durante algunos meses. Su resultado fué un aumento en el valor de las mercancías, aumento que sintieron desde luego las clases obreras en infinidad de artículos de primera necesidad, que vino á hacer ilusorios los resultados de la huelga, además de haber consumido cuantiosas sumas de las sociedades de socorro y de los fondos de beneficencia.

La misma bandera del 10 por ciento levantóse á primeros de agosto del propio año de 1853, en Preston (condado de Lancaster) y los obreros en masa abandonaron los talleres; el 15 de Setiembre, los

fabricantes publicaron un acuerdo concediendo á sus operarios el plazo de un mes para presentar sus quejas por medio de comisiones con el objeto de fijar los salarios, añadiendo que pasado este plazo cerrarian absolutamente los talleres. No obstante la agitacion popular no cesó, las canciones del 10 por ciento resonaban por las calles de dia y de noche: multiplicáronse las enfermedades por efecto de la mala y escasa alimentacion de los huelguistas, los hospitales se llenaron, y hombres, mujeres y niños viéronse obligados á implorar la caridad pública, pues el comité directivo de la huelga acordó, que sus afiliados debian morir antes que acudir al trabajo sin el aumento del 10 por ciento: llegó el invierno, hicieronse cuestaciones en todo el reino de Inglaterra, y solo á últimos de abril de 1854 terminó esta crisis, cediendo los obreros en sus pretensiones. Vino entonces la ocasion de examinar los resultados de esta obstinada soberbia y fueron los siguientes: 150.000 libras esterlinas de pérdida en metálico á los fabricantes, 115.000 por deterioros en las máquinas é intereses de los capitales improductivos, 50.000 libras por beneficios que dejaron de realizarse con la falta de produccion y remision de los pedidos pendientes, 77.000 libras que se gastaron del fondo de las asociaciones de los obreros y 250.000 libras importe de los jornales que dejaron de ganar los operarios. Total ocho meses de huelga, de miseria, de

privaciones, de enfermedades, de violencias y 642.000 libras esterlinas de pérdida.

Posteriormente háñse declarado otras huelgas en distintas industrias que han durado mayor ó menor tiempo y han producido todas el mismo resultado, con cuya describeion podriamos llenar muchas páginas: añadiremos solo que la huelga de los mecánicos tambien en Inglaterra en 1860, con solo haber durado siete semanas, costó una pérdida de 45.000 libras esterlinas en jornales perdidos y en fondos extraídos de las cajas de las sociedades.

La repeticion de estos motines y estos desórdenes dió lugar á que el Parlamento Inglés acordára el abrir una informacion, cuyos datos horrorizan al hombre mas despreocupado, ya que resulta que se autorizaba por el comité directivo el empleo de toda clase de medidas violentas y hasta el asesinato contra los industriales ó los obreros que no querian adherirse á la huelga. He ahí á donde conducen y donde van á parar estos furibundos oradores de taberna y de club, que invocando el *derecho del obrero*, no vacilan en sacrificar el derecho de los demás y que se convierten en déspotas los más bárbaros y en tiranos los más sanguinarios: solo un resultado positivo se obtiene, y son las sumas que acostumbran embolsar estos directores—administradores cuando tiene lugar uno de estos conflictos, pasados los cuales desaparecen aquellos de su centro ordinario de actividad

y van á otra parte á disfrutar de su rapiña , buscando despues ocasiones en que puedan presentarse como conservadores , hombres de órden y ciudadanos los más pacíficos . Este es el mayor escarnio á la docilidad de los incautos operarios y á la facilidad con que semanalmente aprontan las cantidades señaladas .

Francia ha sido tambien teatro de estas violencias y estas escenas de desórden social y económico; pero aunque allí hay agitadores que desde los periódicos ó desde los clubs procuran levantar la tea de la discordia , tambien hay muchos ya , que han sufrido el escarmiento y no vacilan en publicar en alta voz el engaño . Así leemos en una memoria que publicaron hace algunos meses los tipógrafos de París—«Hemos reflexionado mucho sobre las consecuencias de las huelgas , y hemos adquirido la conviccion mas íntima , porque es hija de la experiencia , que si son desastrosas para unos , no son menores para los otros , de suerte que á todo trance evitaremos que vuelva semejante estado de perturbacion.» Los guarnicioneros franceses , afirman en otro documento , que á las huelgas deben el estado casi ruinoso de su oficio , y los plateros confiesan que en la huelga de 1863 así ellos como sus amos sufrieron pérdidas incalculables .

En España tambien han sido importadas estas guerras industriales , y Cataluña que es el punto de la península en que la industria ha tomado mayor

vuelo , Cataluña ha presenciado tambien escenas de luto y de sangre . A consecuencia de una huelga muy general que sufrió la industria manufacturera en marzo y primeros de abril de 1854 , las autoridades hubieron de perder su actitud meramente observadora y hubo necesidad de formar un centro compuesto de industriales de distintos ramos y personas notables por sus estudios en la ciencia social , para dirimir las diferencias suscitadas . Este arreglo empero fué momentáneo .

En junio del año siguiente , 1855 , los obreros de las principales poblaciones industriales de Cataluña abandonaron sus talleres , prohibieron á los más pacíficos y sufridos que asistieran , y de violencia en violencia , muere en Igualada una familia entera , en S. Hipólito de Voltrega se reparten palos y lesiones en gran número , y en Sans muere asesinado el distinguido patricio y diputado á córtes , Sr. Sol y Padrís . Los obreros de gran número de oficios y talleres se agregaron enseguida á los industriales , y habiéndose abierto las cajas de las sociedades de socorro para sostener la huelga , la autoridad hubo de intervenirlas ; muy luego el fuego destruyó en pocas horas una fábrica y hubo necesidad de aplicar penas las mas severas á los alborotadores , ya que hombres desconocidos , y de sospechosa traza se confundieron con los operarios . Como sucede en estos casos , la pasion política aprovecha cualquier peripecia ó

conflicto público para complicar la situación, así es que apenas esta huelga tomó algún desarrollo, aparecieron en distintos puntos de Cataluña algunos cabecillas carlistas, levantándose varias partidas que los pueblos cuidaron de ir castigando, toda vez que la autoridad se encontraba entre los peligros de una guerra civil naciente y una discordia interior grave por su aspecto y sus consecuencias. El 5 de julio marchó á la Corte una comisión mixta de obreros, delegados del Ayuntamiento y la Diputación provincial de Barcelona con el objeto de fijar en 10 horas el trabajo y arreglar el tipo de los salarios, comisión cuyo éxito fué el envío de un ayudante del Presidente del Consejo de Ministros, el coronel Sr. Sarabia, á Barcelona, continuando enseguida el trabajo con las mismas tarifas anteriores y que dieron pie á la huelga, interin se arreglaba la cuestión por un jurado mixto.

Posteriormente se han declarado en huelga los tejedores ó hiladores de algunas fábricas y los operarios de gran número de tiendas y talleres ya en Cataluña, ya en otras provincias, pero han dado una forma distinta á la adoptada hasta hoy, por mas que en el fondo los resultados deben ser los mismos: háse comprendido que las huelgas generales de una industria producian gran alarma y afectaban notablemente á todos los intereses públicos y sociales, y por lo mismo háse acordado y se lleva á efecto con

la mayor eserupulosidad, el que hoy se declare en paro ó huelga una fábrica ó taller, y tan luego son aceptadas todas ó parte de las condiciones exigidas, la huelga aparece en otro taller y así sucesivamente, creyendo los directores de este movimiento que así en detall y separadamente, ni los industriales pueden coaligarse contra los obreros, ni es tan fácil que sus condiciones sean repelidas. Empero, no se ha tenido en cuenta que si bien hay productores que pueden haber dado lugar á quejas justas por parte de los operarios, otros hay que queriendo conservar su dignidad, seguros de su conducta y no dispuestos á acceder á las exigencias de cuatro descontentos y perturbadores, han preferido cerrar sus talleres y sufrir algun quebranto en sus intereses, que si son de cuantia, de seguro no igualarán á los que sufren los obreros con la privación del trabajo, con la reduccion del socorro y con el peligro de quedar sin ocupacion el dia en que se rindan á la ley de la necesidad. Esta forma de las huelgas repetimos en nada altera las condiciones del fondo: los inconvenientes son los mismos para los obreros, para los industriales y para el comercio; solo el orden público exteriormente no se impresiona ni alarma, pero esto por si solo no puede alentar á los obreros, porque los comites directivos no han cambiado sus planes ni cejado en su propósito.

Ya conocemos cual es el punto á donde se dirijen

los tiros: disminuir las horas del trabajo, aumentar las disponibles á la voluntad del obrero que pocos emplearán en su deseada instruccion, y aumento tambien del salario; es decir fomentar la ociosidad de algunos, limitar la laboriosidad de muchos, coartar su libre voluntad de ganar en proporcion á su trabajo y de dedicar á este las horas que quieran, producir un conflicto público que haga subir el valor de los productos, ya que el aumento del salario y la disminucion de horas laborables ha de encarecer aquellos por precision, siendo el obrero el único que reporta las consecuencias. Esto es, lo que á los obreros se les calla en la confianza de que cuando esto suceda y este contratiempo sobrevenga, los abogados de la clase obrera habrán ganado el pleito por mas que lo pierdan sus defendidos, ó en otros términos, ellos habrán hecho su negocio, y los pobres se quedarán más pobres aun, con algunos duros ménos y algun desengaño más.

Echemos una mirada sobre el continente Europeo, registremos las páginas que se están escribiendo de los hechos de ayer y de hoy mismo y veremos que estas huelgas no son lo que se pretesta que sean, sino que obedecen á un plan que se quiere llamar de regeneracion, pero que es de verdadera destruccion y desórden, pues á algunos ya se les ha escapado la palabra *liquidacion social*. Obedeciendo á este plan vasto y verdaderamente formidable, para sostener

estas huelgas, hánse creado en casi toda Europa las cajas llamadas de resistencia y á las cuales han aportado con el mayor rigor una parte de su jornal semanal todos los afiliados: estas cajas se han visto exhaustas y vacias al fin de las huelgas, pero no por esto han cejado en su empeño los instigadores; los escarmientos empero, han producido su efecto tambien en nuestro pais y para demostrarlo, oigamos la voz muy autorizada en este punto de algunos individuos del primer congreso obrero de la Region Española, celebrado en Barcelona el 18 de Junio de 1870. En la sesion del dia 19 en que se trató de las cajas de resistencia dijo el ciudadano Rabasa:

«—Si se crea la caja de resistencia no solamente »para resistir las huelgas sino tambien para otros »acontecimientos, quizas vendrian hechos particula- »res con los cuales pudiera fomentarse la corrupcion »del obrero en general; no admito de ninguna ma- »nera las cajas de resistencia. Además ¿están con- »formes todos los artistas que no pueden declararse »en huelga porque están y viven de sus trabajos, por »más que les sea penoso como si fuera un presidio, »con las cajas de resistencia? ¿Cómo podrán crearlas? »Yo no lo sé. Si se aceptan las cajas de resistencia en »principio como creo que todos las admitimos, ha- »brá sin duda otros varios obreros que no podrán »admitirlas como medio de redencion de todos en »general, porque es necesario confesarlo, con el

»nombre ó propósito de las huelgas se han estraído
»y gastado capitales de las cajas de resistencia, que
»si se hubiesen empleado en levantar fábricas y fun-
»dar talleres, ¿cuántos obreros no estarían en mejor
»posición? ¿Por ventura los pactos mixtos de comer-
»cio no nos favorecerían á todos?»

En la sesión del día siguiente 20, el ciudadano
Pages impugnando el dictámen de la comision favo-
rable á las cajas de resistencia, hizo las manifesta-
ciones siguientes.

«Nuestras administraciones (las de las cajas) que
»estaban al frente de las clases asociadas, faltaron á
»los que se habían declarado en huelga, y entonces el
»obrero privado de lo necesario para atender á la
»subsistencia suya y de su familia, ha venido á la
»desesperacion, no restándole otro medio ó recurso
»que volver al trabajo en condiciones más humillan-
»tes si cabe. He ahí, como fracasan absolutamente
»todas las huelgas que descansan en el principio de la
»resistencia. Yo no me pongo al lado, ni voy en contra
»de los que sumidos en la desesperacion en un mo-
»mento de arrebató ó locura, se fueron á las fábricas
»y talleres para obtener un pedazo de pan duro y
»negro con que alimentar á sus esposas é hijos ham-
»brientos; yo les perdono como perdono á los gesto-
»res de las sociedades, que animados de un celo indis-
»creto daban la embestida sin preveer que esta sería
»inútil, debiéndolo por lo mismo faltar ellos á su pala-

»bra. Originábanse de aquí disputas, llegando á
»cohibirse la facultad de trabajar y alimentar siquie-
»ra pobremente á las familias de los obreros.»

«Estos insultos, estas violencias é injusticias
»creaban odios y fomentaban la enemistad entre los
»que debemos ser y seremos siempre hermanos. No
»estoy conforme con la totalidad del dictámen que ha
»presentado la comision, y para demostrarlo me fun-
»do en la esperiencia y constante práctica, que nos
»enseñan de un modo indudable que los capitales
»hasta el presente empleados para la resistencia no
»han producido ningun resultado satisfactorio. Hay
»más: son incalculables las pérdidas experimentadas
»por los obreros con el sistema de la resistencia.
»Supongamos que se declaran en huelga cien mil tra-
»bajadores, y así progresivamente; ¿á dónde iríamos
»á parar cuando hay huelgas que han durado hasta
»nueve meses? y habiendo tenido que sucumbir; ¿qué
»beneficio hemos reportado con la resistencia? Des-
»pues de la enorme pérdida sufrida, unos obreros
»han ido á presidio, otros han muerto extenuados de
»hambre y roídos por la congoja, y otros debieron
»pasar por la humillacion, sin tener bastantes manos
»para taparse el rostro, de volver á ocupar un puesto
»en los calabozos del trabajo y el oprobio. Si estos
»han de ser los resultados de las huelgas, si ellas
»importan la pérdida de tan crecidas sumas ¿Porqué
»no hemos de desechar el sistema de la resistencia

»viciosamente organizado? ¿porqué no hemos de
»invertir esos miles de duros en la construccion de
»fábricas y talleres?» y añade luego:

»Yo soy y quiero ser libre é independiente porque
»no tengo quien me explote, ni debo sujetarme al
»yugo de los burgueses. Voy á esplicaros el modo
»como yo con algunos compañeros hemos conseguido
»ya estas ventajas. A la manera de las hormigas, y
»adoptando el principio de ahorrar en el presente para
»hacer mas llevadero el porvenir, de sacrificarnos
»hoy para mejorar nuestra situacion de mañana,
»ibamos aportando al acerbo comun pequeñas canti-
»dades cuya suma nos sirvió para levantar una fá-
»brica, despues de lo cual nadie viene á imponernos
»condiciones; si estamos enfermos se nos prodigan
»los auxilios necesarios, si nos conviene el descanso
»á el nos entregamos. Ved como no obedecemos ya
»al toque de la campana, como disfrutamos ya de
»una grata independencia; independencia y emanci-
»pacion que á todos deseo muy de veras, porque
»digase lo que se quiera, antes debemos preferir
»nuestra dignidad y nuestra salud que nuestra propia
»existencia.»

En conjunto estas apreciaciones y observaciones son acertadas, y ojala al congreso obrero de Barcelona, primero de la region española se le hubiese hablado con este lenguaje, y hubieran abundado criterios como los de los ciudadanos Rabasa y Pages. Hé

ahi en este último, un modelo de quien deben aprender muchos miles de obreros; respetamos alguna opinion espresada con varias de las palabras que anteceden, pero en el fondo, ¡qué prevision, qué dignidad, qué buen sentido! Hé ahí, el verdadero camino del progreso de la clase obrera, el verdadero modo de alcanzar este bienestar que tanto busca y por el que tanto suspira: de seguro que dentro de pocos años estos obreros cuyas palabras hemos citado como voto muy respetable en esta materia, serán enemigos mas acérrimos de esta resistencia, de este modo subversivo de exponer á las clases jornaleras el medio de mejorar su suerte.

Este lenguaje de la verdad y expresion de la experiencia, con que el ciudadano Pages exponia su modo de ver la cuestion, subió de punto en el último periodo de su discurso; dijo así:

«—No se me objete cuando pretendo que se
»aborde el problema de la resistencia, diciendo, (que
»fácil es decirlo) que se ganan escasos jornales. Esto
»último no importa porque sea cual fuera la gradua-
»cion del salario, resta ó no resta un sobrante despues
»de llenadas las atenciones de la vida. Si resta
»invertase su producto en la construccion de fábric-
»cas y talleres; y sino resta ¿con qué recursos que-
»reis abastecer las cajas de resistencia? Ya veis que
»no son estas palabras vanas y huecas, que mis ra-
»zonamientos no son sofismas: pero hay mas todavía:

»No desperdiciemos ni un rato de ocio porque la hol-
»ganza es reprobable, detestad los cafés y las bebi-
»das, alejaos de la execrable pasion del juego.»
(un ciudadano hizo presente á la mesa que debía
llamarse al orador al orden, como efectivamente asi
lo hizo el presidente.) «Pues bien ya que no me es
»permitido manifestar mi plan, ya que al parecer
»disgustan mis opiniones que son las únicas, y de
»las que debe empaparse la asociacion internacional,
»ya que se me prohíbe indicaros los legítimos medios
»de allegar los capitales que han de formar las cajas
»de resistencia, sello mis labios. He dicho (1).»

Esta intolerancia, fotografia de un modo completo
el objeto y los fines del congreso obrero, allí anona-
daba la voz de la verdad, solo se queria oír la pasion,
el odio irreconciliable; allí solo se buscaban aplausos
para las ideas de desorden, (y como se repitió hasta
la saciedad), para todo lo que diera por resultado
inmediato la liquidacion social: porque allí como dijo
el ciudadano Farga Pellicer: «Los trabajadores uni-
»dos en la asociacion internacional, habian puesto
»sobre el tapete las cuestiones sociales, viendo que la
»causa de la emancipacion no adelantaba dependien-
»do su estudio de los sabios adormideras.» Y noso-

(1) Véase el periódico la *Federacion* publicado en
Barcelona, suplemento núm. 7, pág. 14 del mismo,
columna primera.

tros añadiremos ahora;—y á dichos trabajadores no
les acomodaba la recomendacion de la sobriedad,
el ahorro y la prevision predicadas con tanto acierto
por un *internacionalista de buena fé*.

¡Mediten los párrafos antes apuntados los obreros
á quienes van destinadas estas páginas, reflexionen
sobre los resultados que la experiencia les presenta,
convézanse de que si se les dá á entender que los
productores é industriales les explotan, mucho más
les explotan aun halagándolos y engañándolos, estos
mismos de quienes se fian y cuyas palabras escuchan
con mas fé y fidelidad que los preceptos del Evan-
gelio.

Dirán empero estos obreros.—Si las huelgas nos
dan estos resultados, si estos que nos conducen y
guían son enemigos nuestros y lobos con piel de cor-
dero, ¿qué recurso nos queda, de qué medios debe-
mos valernos, á dónde debemos acudir el día en que
un productor, un amo, un fabricante, un industrial,
se aproveche de nuestra docilidad, nos falte á los
pactos celebrados y nos perjudique en nuestro sala-
rio? Verdaderamente seria muy triste y desconsolado-
ra la posicion del operario si termináramos este sen-
cillo trabajo en el párrafo antecedente y solo nega-
ciones y tristeza profunda, seria el resultado de las
verdades antes expuestas, y por ello es que juzga-
mos no solo oportuno, sino necesario, presentar los
medios que á nuestro humilde juicio puedan escoger-

se: medios en los que tienen interés y de que resultan beneficiados amos y operarios, medios que tienen en su favor el testimonio de los hechos y el éxito favorable que han alcanzado en todas partes.

El primero, es la *participacion de los obreros en los beneficios de los industriales*, además del salario ó jornal estipulado.—Es indudable que sino en todas en gran número de industrias el cuidado del obrero, su inteligencia, su afición, su destreza, influyen de un modo notable en la perfeccion del trabajo, en la conservacion de las máquinas y útiles y sobre todo en la economía de las primeras materias. Si el obrero es abandonado ó descuidado, sino tiene estímulo en la manera de dejar elaborado lo que se le confia, sino tiene interés en no desperdiciar la materia con que trabaja, sino cuida los útiles y no limpia con solicitud la máquina, ni el producto es bueno ni los resultados son los que el productor tiene derecho á esperar, ni nunca conseguirá ser buen oficial en su industria, y pocas veces estará colocado: si por el contrario se conduce de un modo opuesto, así él como el productor ó el amo consiguen beneficios mayores y á poca costa.

Partiendo de esta base racional, de buen sentido y fácil de comprender, algunos jefes de industria han tratado de asociar á sus obreros á los beneficios que aquellos reportan. Las ventajas de esta asociacion de jefes de industria y sus operarios bajo la base de la

participacion en los beneficios de los primeros, son sin duda, para el obrero, el que no solo percibe el salario estipulado, sino que además esta prima que obtiene anualmente, le estimula para coadyuvar al crédito del establecimiento; coopera al buen orden en los talleres, le inspira hábitos de economía, le facilita la formacion de ahorros, le aleja de las conmociones públicas, le aparta de los planes de los huelguistas, y le alienta en el trabajo, en el cual pone más atención, más cuidado y más precision: para los industriales si bien le cuesta esta asociacion un pequeño sacrificio, le une más y más con los obreros, le dá seguridad en la explotacion de su capital, le preserva de los efectos de una huelga, y le proporciona una economía en las primeras materias. Esta participacion puede ser mayor ó menor segun la indole de la industria ó del trabajo. Asi por ejemplo, las que tienen por objeto, transformar, pulir ó trabajar materias primeras en las cuales siempre hay quebranto, ó las que consumen una cantidad crecida de combustible, la participacion puede ser en una mitad de la economía que se obtiene: en las otras puede salvarse al industrial el interés del capital invertido y los gastos de explotacion y direccion, y dar un tanto alzado del beneficio restante á los operarios. Y como demostracion la más cumplida de la bondad de este medio, citaremos aqui lo que nos dice el ilustre y malogrado escritor belga M. Eduardo Duepetiaux en su obrita:

La asociacion en sus relaciones con el mejoramiento del estado de la clase obrera.—pág. 42 de la traduccion española: «El director de la fábrica de cristales de Saint-Gobain adoptó hace algunos años esta práctica con gran éxito: convocó á sus obreros á una reunion y les dijo: Si con la misma cantidad de primeras materias consumidas hasta hoy, conseguis mayor número de productos, ó lo que es lo mismo, si obteneis igual número de cristales con menor cantidad de primeras materias, participareis de los beneficios resultantes y que serán debidos á vuestra mayor aplicacion. Esta proposicion se realizó cual se deseaba: cada obrero tenia un interés directo, que era el mismo de su amo, en economizar la primera materia, en activar la mano de obra y al cabo del año los resultados fueron tales, que obreros hubo que alcanzaron una sexta parte más sobre el salario convenido.» En las minas de Cornuailles en Inglaterra, en la pesca de la ballena en la América del norte, en las minas de plomo de Nautihire, en las de Skipton, de Forkihire y en algunas del Cumberland; en las pescas con red en la costa meridional de Inglaterra y en otros puntos se ha aplicado esta forma de asociacion; y por último recordaremos el tan sabido ejemplo del pintor de habitaciones, M. Leclair que desde 1843 estableció esta participacion cuyos resultados son tan halagueños, que en 1849 repartió á sus obreros el 10 por ciento de los beneficios que en

dicho año ascendió á 2.066 francos, se elevó en 1855 á 5.400 y ha ido aumentando en esta proporcion hasta hoy dia.

El otro medio que tambien se ha ensayado y siempre con éxito irrecusable es el *consejo de los prohombres*. Para dirimir las quejas ya de los operarios, ya de los jefes de industrias, háse planteado un jurado compuesto de personas de ambas clases y ante el cual se formulan todas las reclamaciones que se refieran al trabajo y al salario. Es esta una institucion completamente extraña entre nosotros, y que ojalá no tardara en ser muy general y conocida, pues con ella se hubieran evitado cuantos conflictos han surgido en la clase obrera, con motivo de la duracion de las horas del trabajo y del aumento del jornal. En la obra de Barrau—*Consejos á los obreros*—premiada en 1851 por la academia francesa, en pocas páginas está esplicada la organizacion de este jurado, su formacion, atribuciones, procedimiento, modo de su eleccion, y en otras obras se ha tratado con estension de este Consejo que tan buenos resultados ha producido. Deseamos que el Gobierno no pierda momento para plantearlo en España, que de seguro amos y operarios lo aceptarían y aplaudirían, y quitaria el pretexto á gran número de conflictos y disputas entre estos. Audiganne en su obrita, *Los obreros en familia*—y El abate Tounissoux en su obra: *El bienestar del obrero*, nos dan datos y noticias sobre este jurado y

como no somos aficionados á apropiarnos demostraciones ajenas y sobre este punto se ha escrito mucho y muy bueno nos limitaremos á citar estas obras, ya que para hablar de esta materia, deberíamos citar páginas enteras de ellas. Solo diremos que el nombramiento de este jurado ha sido siempre la aspiración de nuestra clase obrera, aspiración justa, noble, y natural que no comprendemos cómo ha quedado desatendida; y ya que para cosas locales y de menos entidad se nombran comisiones, poco hubiera costado en España encontrar personas aptas para presentar un trabajo completo en esta materia. El gobierno tiene aquí una gran misión que llenar y con la cual satisfaría sin duda los deseos de los amos, de los obreros y de todos los sinceros y desinteresados amantes de esta clase.

Por último no por su objeto directo, sino porque sus resultados obvian gran número de dificultades y son de directa influencia en el bienestar de la clase obrera, citaremos la formación de un *Patronato de la clase obrera*. La organización del Patronato industrial ha contribuido de un modo importante en la manera de existir de los operarios, ya que ha mejorado su situación física y sus condiciones de moralidad é instrucción: el patronato ha adoptado como objetos capitales de su existencia—la separación de los sexos en los talleres—la limitación de las horas del trabajo para los menores de 14 años—la prohibición de admitir en los

grandes talleres á los menores de 10 años—la prohibición del trabajo nocturno de la mujer en los talleres movidos por agua—privación de ciertos trabajos peligrosos á los menores de 14 años—condiciones de ventilación y aseo en los talleres—protección á la mujer obrera contra los ataques á la moral y al pudor—formación de cajas de ahorro, y de pensión para los inválidos por la edad ó la desgracia—planteamiento de salas de lactancia y asilo—facilitar la instrucción á los obreros—abrir bibliotecas populares—construir habitaciones para la clase obrera—establecer un buen sistema de emulación para los operarios y de castigo para corregir las faltas cometidas en el taller con relación al trabajo—facilitar trabajo á los obreros en caso de crisis—procurar apartar la mujer de los talleres de la gran industria, enseñándola las labores de mano, confección de vestidos y otras industrias domésticas etc. La acción de las personas benéficas y de los industriales para facilitar á los obreros estas condiciones de capacidad, de instrucción, de orden y moralidad, ha sido coronada de un éxito el más lisonjero do quiera se ha planteado. Cónstanos que en España se ha dado ya algún paso para organizar el Patronato industrial y algo se ha trabajado en este punto, pero es preciso despertar la negligencia de los jefes de industria en esta parte, para que sientan de cerca las ventajas de esta institución, que una vez conocida se desarrollará con

energía y se arraigará con el apoyo que no podrán menos de prestarles todos los hombres sensatos y caritativos. Basta fijar un momento la atención sobre cada uno de los objetos á que se consagra el patronato y la importancia que estos tienen para la vida del obrero y su familia y veráse como sin esfuerzo alguno se crea una íntima armonía entre los intereses de amos y operarios, de la cual reportan beneficio la producción y los industriales, y se dan al obrero condiciones de existencia de que antes carecía, condiciones que se le prometen ahora por la vía del tumulto y del desorden, pero que no puede alcanzar jamás ya que ellas exigen, paz, sosiego y orden en el trabajo.

Juzgamos que los medios propuestos pueden superar con gran exceso las ventajas que los huelguistas esperan alcanzar con sus propósitos, y que carecen de todos los inconvenientes y peligros que ofrecen las huelgas: los resultados obtenidos con aquellos medios son elocuentes y no hay quien pueda destruir su lógica demostración, al paso que los que han producido las huelgas son solo negativos, fatales para el mismo obrero y no hay hombre de mediano criterio que pueda apoyarlas ni aplaudirlas.

La ciencia y la historia están demostrando con documentos y datos irrecusables que los obreros que se entregan á las huelgas y las fomentan son, como dice un escritor distinguido *los salvajes que cortan el árbol, para coger el fruto.*

SEGUNDA PARTE.

Á LA SOMBRA DE UN ÁRBOL.

I.

Deseoso de disfrutar por algunos días de la sosegada y apacible vida del campo, dirigíme el verano del año pasado á un pueblecito algo distante de mi residencia ordinaria. Siete eramos los pasajeros que ocupábamos el desvencijado coche que allí debía conducirnos; casi todos menestrales, gente del campo y obreros á juzgar por sus trajes: emprendimos la marcha y á los pocos momentos el interior del vehículo, parecia una torre de Babel puesto que con el ruido natural del coche, todos hablaban y nadie se entendia; un buen rato despues la conversacion fué ménos general y hubo aun momentos de silencio como si todos esperáran que alguien lo rompiera: yo habia tratado de leer un periódico que llevaba en el bolsillo, pero ni el movimiento del carruaje ni el ruido que

energía y se arraigará con el apoyo que no podrán menos de prestarles todos los hombres sensatos y caritativos. Basta fijar un momento la atención sobre cada uno de los objetos á que se consagra el patronato y la importancia que estos tienen para la vida del obrero y su familia y veráse como sin esfuerzo alguno se crea una íntima armonía entre los intereses de amos y operarios, de la cual reportan beneficio la producción y los industriales, y se dan al obrero condiciones de existencia de que antes carecía, condiciones que se le prometen ahora por la vía del tumulto y del desorden, pero que no puede alcanzar jamás ya que ellas exigen, paz, sosiego y orden en el trabajo.

Juzgamos que los medios propuestos pueden superar con gran exceso las ventajas que los huelguistas esperan alcanzar con sus propósitos, y que carecen de todos los inconvenientes y peligros que ofrecen las huelgas: los resultados obtenidos con aquellos medios son elocuentes y no hay quien pueda destruir su lógica demostración, al paso que los que han producido las huelgas son solo negativos, fatales para el mismo obrero y no hay hombre de mediano criterio que pueda apoyarlas ni aplaudirlas.

La ciencia y la historia están demostrando con documentos y datos irrecusables que los obreros que se entregan á las huelgas y las fomentan son, como dice un escritor distinguido *los salvajes que cortan el árbol, para coger el fruto.*

SEGUNDA PARTE.

Á LA SOMBRA DE UN ÁRBOL.

I.

Deseoso de disfrutar por algunos días de la sosegada y apacible vida del campo, dirigíme el verano del año pasado á un pueblecito algo distante de mi residencia ordinaria. Siete eramos los pasajeros que ocupábamos el desvencijado coche que allí debía conducirnos; casi todos menestrales, gente del campo y obreros á juzgar por sus trajes: emprendimos la marcha y á los pocos momentos el interior del vehículo, parecia una torre de Babel puesto que con el ruido natural del coche, todos hablaban y nadie se entendia; un buen rato despues la conversacion fué ménos general y hubo aun momentos de silencio como si todos esperáran que alguien lo rompiera: yo habia tratado de leer un periódico que llevaba en el bolsillo, pero ni el movimiento del carruaje ni el ruido que

levantaron tantas voces, me lo permitieron; resignéme á pasar el tiempo como pudiera y á escuchar á mis compañeros de viaje.

Habíamos andado una tercera parte del camino, sin que hubiera podido contestar mas que con monosílabos á las preguntas que me dirigian mis vecinos: el carruaje entró luego en estas secciones en que las caballerías parece que andan dormidas, el ruido por lo mismo cesó en gran parte y yo entablé conversacion sobre cosas indiferentes con el viajero de mi derecha.

Al cabo de un rato me llamó la atención la animada polémica que sostenian dos de los viajeros que estaban sentados frente á frente de mi. Eran por lo que luego descubri, dos operarios, el uno hilador de unos 30 años y el otro carpintero que rayaba en los 50. Defendía el primero con gran calor, los desastres que la *Commune* había hecho en París, sosteniendo que era un gran paso dado para la independencia de las clases jornaleras, una prueba de la parte que á estas debía darse en el gobierno y la administración de los intereses públicos, una lección que la gente de blusa y de chaqueta había dado á los hombres del dinero y de desahogada posición, afirmando que era solo un ensayo de lo que debía pasar por todas las naciones de Europa, para lo cual contaban los afiliados con gran número de adictos en todas las grandes capitales, con una cantidad fabulosa, y con-

fiada la dirección de este gran movimiento á hombres de un talento extraordinario, amigos desinteresados del pueblo y consecuentes en sus opiniones. El carpintero, que despues supe se llamaba Juan, repetía con el mayor buen sentido, las observaciones que había oído referir sobre este gran acontecimiento, le citaba los crímenes que se habían cometido, los saqueos y robos perpetrados por estos jefes que tanto pregonaban el orden y la moralidad, y remarcaba el acénte en la gran cobardía con que abandonaron al pueblo que tomó parte en la insurrección, entregándolo á los cañones de las tropas de Versalles, ó permitiendo que á millares fueran encerrados en fortalezas y pontones los que no murieron en la refriega, y huyendo buena parte de estos jefes al extranjero con sus bolsillos llenos de dinero y billetes de banco.

Estos dos hombres eran la representación fiel, del obrero honrado en el lleno de su buen sentido, de su talento natural, y del obrero maleado con locas doctrinas y llena su cabeza de ilusiones y esperanzas descabelladas.

Esta discusión se fué prolongando, y de cuando en cuando el carpintero me dirigía vivas miradas, como si con ellas me pidiera que le apoyase en sus argumentos: solo despues de estas invitaciones repetidas me permití decir al entusiasta defensor de los comunialistas.

—No es extraño que defendais estas desgracias

porque no comprendéis sus consecuencias, que si primero costarán sangre y lágrimas á las clases ricas, acomodadas y aun á la clase media, llevarán la ruina de la clase obrera por completo. Estos desastres no son efecto sino del desenfreno de las pasiones y de la perversidad de doctrinas que hace años se presenta á las clases pobres de Francia, de esas lecciones que se les quieren dar también en España por cuatro hombres frenéticos, á quienes toda persona sensata mira con mas lástima que desprecio. Todo esto en el fondo no es mas que orgullo y envidia, efecto de que nadie se resigna con su suerte, y pocos saben resolverse á trabajar para mejorarla por medios legítimos.....

El hilador me interrumpió con el calor y la viveza de un enérgico diciéndome:—He ahí lo que siempre saben decir ustedes, la gente de levita, ó que han tenido la fortuna de nacer en familias ricas ó acomodadas. Yo les quisiera ver á ustedes en nuestra posición, con los jornales que ganamos y con las necesidades á que debemos atender; al fin no saben ustedes darnos otro consejo que paciencia y resignación con nuestra suerte; esto hace años que lo sabemos y vamos de mal en peor. Esta visto, si nosotros los obreros no tratamos de defender nuestros intereses, nadie se cuidará de ellos; es preciso que este estado de cosas se acabe de una vez, y nosotros, lo oye usted, nosotros, impondremos la ley á los ricos y á los que hasta hoy nos han explotado.

—Hombre, hombre, le dije yo tratando de calmarle, el mismo calor con que vosotros habláis está demostrando á todos los que aquí estamos, que obráis con pasión, que no queréis juzgar las cosas tales como son y como pueden modificarse. ¿Creeis acaso que la marcha del mundo y la posición de todas las clases se cambian como se revuelve una tortilla?

Yo no diré que en algunos puntos, en algunas cosas no tengais razón, para que se mejore vuestro estado, se procure vuestra instrucción y se dicten algunas disposiciones en lo que toca al trabajo, pero..... en esta materia, ni conoceis adonde vais, ni quien os conduce, ni haceis otra cosa que seguir como corderos, y hablar por boca de ganso. Aquí hemos tenido diferentes conmociones populares, aquí ha habido motines y crisis de todas clases, y siempre se ha echado mano de vosotros los obreros, prometiéndos el oro y el moro, y despues cuando ha vuelto el orden..... habeis quedado como antes, sino peor. Esto os debiera haber llamado la atención; pero nada, continuais obedeciendo á algunos hombres á quienes conoceis de cuatro dias, de quienes no teneis mas noticias, sino que ellos mismos dicen que aman al pueblo, y con esta palabra mágica vais á donde os llevan á ojos cerrados.

—Dígame mi bolsillo, exclamó el carpintero.

—¿Con qué os han pescado unos cuartos? le pregunté.

—Si señor, y no solo lo siento por los cuartos, sino por las befas y aun las amenazas que me han hecho los que eran mis compañeros. Figúrese V. que por seguir á mis compañeros de oficio ingresé en una sociedad que dijeron era para socorros en casos de enfermedad; yo iba depositando semanalmente mis realitos con la mayor exactitud, privándome de muchas cosas y prefiriendo esto á depositarlo en la caja de ahorros, pero me dijeron luego que el objeto de la sociedad, no solo era dar una pensión diaria en caso de que el socio estuviera enfermo, sino tambien para organizar un socorro general el dia en que se acordará una huelga, que con ello pondríamos la ley á los amos, quienes debieran aceptar nuestras condiciones que naturalmente habian de ser aumento de salario y luego disminucion de las horas del trabajo, con lo cual ganábamos de dos maneras. Vino un dia en que caí enfermo y diciéndome que habia muchos socios á quienes debía socorrerse, debian darme dos reales diarios ménos de los que habíamos convenido en los estatutos, y yo de buena fé lo creí: algun tiempo despues, se me dijo que estaba acordada una huelga y que no debía ir al taller y yo para cumplir mi palabra no fui: asi pasaron dos semanas en las que cobre lo convenido, pero luego ya fué bajando la cuota, hasta que se nos dijo por los directores que los fondos se acababan y que debíamos procurar volver al trabajo, que ya otro dia unidos

con los de otros oficios impondríamos la ley al amo. Hasta entonces no se me cayó la venda de los ojos, deje de pagar y dije que me borrarán de la sociedad; me insultaron, me dijeron pastelero, variable, traidor á mis hermanos y qué se yo que más. . . . y entre tanto me he quedado sin mi dinero, he de trabajar como antes, sino más, porque son mayores mis gastos y ahora tendria algunos ahorros que se ha comido el diablo.

—Hombre si te cansaste tan pronto, dijo Antonio el hilador.

—Ya se vé: como tu eres un soltero, contento tú, satisfecho todo el mundo. En mi casa te querria. Hoy pare la mujer, mañana está el niño enfermo, el otro dia á la chica le faltan zapatos, á este se le ha de comprar un vestido, á aquel una chaqueta, aparte del alquiler de casa que corre más que un tren. A fé, á fé. . . . que no me ha molido poco los huesos la buena de mi mujer porque me dejé engatusar. . . . Ya veo que tenia razon cuando me decia. . . . sociedad, solo has de tenerla conmigo; á ella ya le olia mal esto de empeñarse en no ir al taller para que el amo diera mas jornal, y aquellas arengas que yo le repetia al llegar á casa. . . .

—Pues mira Juan, repuso el hilador. . . . nosotros nos empeñamos en que el amo no habia de estirar las piezas á su gusto, pagándonos el mismo salario, y salimos con la nuestra; eso si, tuvimos una

huelga de diez semanas, que nos costó á la sociedad centenares de duros, y yo que era uno de los que mas gritaban entonces, decia á mis compañeros: animo chicos, no hay que ceder, ya vendrá el amo á buscarnos, ya se rendirá de su terquedad, y se contentará con menos beneficios.

—Y teniais razon en esta huelga, dije á Antonio, porque era este un abuso que ningun hombre honrado podia tolerar. Pero no por esto creais que siempre que gritais y alborotais, llevais razon

—Pues mire V. dijo el hilador interrumpiéndome, ahora queremos solo trabajar ocho horas diarias, queremos tener ocho para descansar y otras ocho para podernos instruir y pediremos aumento de jornal para acabar de una vez las disputas.

—Echa, echa, le dije, decid mas bien que quereis trabajar poco y ganar mucho: además de que se me figura, que en estas ocho horas para instruirse, los 99 por ciento se iran al café, á la taberna ó al club, los libros se quedarán en la tienda, y poca tinta gastareis en aprender á escribir: no os hagais ilusiones; si hoy os concedieran eso que pedis, mañana estos que os dirijen os dirian que habeis de pedir, que el amo os pague el alquiler de casa, y el otro día que os vista, y el otro que os de trabajo tanto si vende como sino, tanto si hay existencias como si no las hay, y os pintarian las cosas de tal suerte que os convencerian que teneis razon. Vamos hombre: no os dejeis engañar,

que estos hombres que os llevan y os traen, no son tan santos ni tan amigos vuestros como creeis, ni vosotros sabeis lo que pedis.

—Pues señor, si tan engañados somos, y tan malos caminos seguimos, ya será V. hombre para enseñarme el bueno y para decirme cómo debo yo arreglarme para que el amo no me chupe la sangre, y no me explote y se haga rico con el trabajo: vamos á ver dijo el hilador.

—Eso de hacerse rico con el trabajo vuestro y explotaros, ni sabriais como probarlo, ni teneis conocimientos para juzgar la posicion del amo, ni lo que le cuesta la fábrica, las máquinas, el algodón, el carbon de piedra, el capital que tiene invertido en los géneros y multitud de cosas que yo podria deciros, y veriais que no es oro todo lo que reluce, y que muchas cosas que juzgais ganancias no lo son y que no es tanto, tanto, esto de los beneficios Lo que si podria deciros ó enseñaros es que vos obrero honrado, laborioso, amigo del orden y de la industria, con vuestro jornal, podriais ir mejorando vuestra situacion hasta formaros una partidita de duros, hasta llegar á olvidar esta esclavitud de que os quejais, hasta consideraros feliz en haber mejorado de un modo notable vuestra suerte con vuestras propias fuerzas.

—Es vano empeño, dijome Juan el carpintero, porque mire V. que este es uno de los propagandistas

de las huelgas que ahora se declaran aquí y en el otro pueblo y en aquella fábrica.....

—Mejor, mejor, repuse mirando á Antonio, el caso es que os dejeis convencer, no por mis razones, sino por las de la esperiencia y el ejemplo, pero ya veis que.....

Iba á proseguir, cuando uno de los pasajeros, un labrador que habia estado como medio dormido en un rincon del carruaje, poniéndose como pudo en jarras, despues de lanzar un tremendo voto..... y dirigiéndose á los tres que habiamos sostenido este diálogo nos dijo.....

—Voto á..... que hasta ahora he estado escuchando á ustedes, hablando de los obreros, de los talleres y de los industriales, como si nosotros los labradores no fuéramos de carne y hueso y sangre cristiana como los que trabajan en la ciudad..... ¿y porqué no se ha de pensar en nuestro trabajo y en nuestra suerte?..... ¿no es cien veces más duro nuestro jornal que el vuestro, ganado sin mojaros la lluvia, sin tostaros el sol, bien sentaditos la mayor parte?..... Vaya, que buen tonto fué mi padre en no haberme hecho dejar la azada, la laya y el arado, y ponerme en la mano una lanzadera, ó un martillo, ó una sierra?; que no llevaria yo este pantalón de hilo con mas agujeros que una criba, y una camisa más hasta que un saco de harina..... y vosotros bien lavados y arreglados y con su camisa

blanca como un copo de nieve!..... y por lo que he oido os quejais más, que una suegra de su nuera. ¡Esto si que está bueno!.....

—Veis, Antonio, dije á mi vez, como no sois tan desgraciados como suponeis..... pues á esta buena gente, no se les ha ocurrido esto de que les explotan, y de pedir rebaja de las horas de trabajo y aumento de salario ó de jornal, y no han formado sociedades de socorros y no gritan, ni ponen en peligro el orden. Por lo demás amigo, añadí, dirigiéndome al labrador, llevais razon sobrada, pero debeis saber que los labradores y jornaleros del campo no son gente que les convenga tanto á los apóstoles y santos varones, que hacen clamar ó alborotar á los obreros y operarios de la ciudades, porque vosotros gente sencilla y apartada del bullicio de estas, sois más desconfiados, os es más difícil soltar los cuartós, puesto que tal vez vuestro jornal os cuesta más fátiga, es más escaso; y sobre todo, los defensores que se llaman de los derechos del obrero prefieren hacer suyos los operarios de las ciudades y los grandes centros de trabajo, porque con poco esfuerzo y con cuatro palabras de *opresion* y *esclavitud* y otras por el estilo reunen luego 6, 8 ó 10.000 obreros á quienes con algunas mentiras bien expuestas en una plaza, arrastran y hacen suyos para elemento de desórden. Vosotros vivis con menos ambicion que los obreros de las ciudades, y por esto es que ni os quejais tanto, ni aban-

donais en tumulto el trabajo, ni incendiáis las propiedades de vuestros amos, ni cometéis estos excesos que sin duda habreis oído contar de lo que pasa en las ciudades.

—Pues nosotros replicó Antonio, nos proponemos también sacar á los jornaleros del campo del estado de abandono en que están, uniremos su causa á la nuestra, y procuraremos que siguiendo nuestro ejemplo, abandonen el trabajo sino quieren los propietarios aumentar el jornal.

—Si hombre si, le contesté, si y mandareis al sol que no caliente tanto en verano, y á los nubes que no echen agua, porque vuestros hermanos se incomodarian! Vaya Antonio que veo teneis vuestra cabeza llena de planes muy vastos, veo que os han vuelto el juicio estas sociedades y estos que habeis tomado como vuestros abogados. Me parece que Juan no piensa como vos y que el desengaño que sufrió le tendrá escamado.

—Si señor, yo se lo aseguro á V. dijo Juan; el primero que venga á mi casa á hablarme de sociedades y de huelgas y de otras cosas que yo me sé y que oia en las reuniones, cojo una tranca y zás.... Puede V. comprender si vamos por distintos caminos Antonio y yo, con decirle á V. que yo voy á ver ahora á un hijo que tengo en nodriza, y él,.... él se lo sabe para que viene, que aunque yo lo presumo para qué va al pueblo, no me lo ha querido confesar.

—Hombre; mire V. me dijo Antonio con cierto aire de expansion y franqueza.... yo se lo diría á V. para qué voy al pueblo, pero como yo cobro mi jornal, tarde los días que tarde en volver á la ciudad, no llevo prisa en cumplir mi comision; antes quisiera que me esplicará V., y sobre todo me probára, como yo mismo y solo con mi jornal y mi trabajo puedo mejorar mi suerte, y le doy á V. mi palabra de que si gana la partida, no tendré reparo en confesarme vencido y esplicarle á V, para que he venido al pueblo.

—Aceptado; y mucho será que habiendo buena fè por vuestra parte no llegue yo á convenceros: á lo ménos prometo por lo que á mi toca, hacer todo lo que pueda para que confeseis que hasta ahora habeis andado mal y que no iriais mejor: pero yo que no pongo reparo en tener esta conversacion con vos en sitio donde podamos hablar con calma, yo quiero que Juan nos acompañe ya que así puede convenir á vos como á mi, porque el juzgará quien gana la partida. Entre tanto amigo Antonio, y como parte importante de nuestra próxima discusion ó conversacion, esta noche os enviaré para que lo leais, un pequeño trabajo que hace muy poco he escrito sobre las huelgas y sus consecuencias: esto puede ahorrarnos tiempo si estais conforme con lo que allí diga y os persuaden las verdades que allí leereis.

Quedamos conformes y concertados en el punto de reunion del día siguiente, amigos todos, cual si

hubieramos hecho un viaje de muchos días, y á poco llegamos al pueblo. Ibamos todos bajando del carruaje, cuando el labrador que habia metido su cuarto á espaldas en la conversacion se me acercó al oído diciéndome;

—Caballero, me parece que en buen enredo se ha metido V. este hombre tiene trazas de ser de los del petróleo, y sino es por gracia del Espíritu Santo, no le sacaré V, de sus trece.

Solo pude contestarle; veremos.

II.

A la tarde del día siguiente fuí al sitio convenido; era un recodo al pié de una cuesta donde una corpulenta encina protejia de los rayos del sol y convidaba á pasar un par de horas bajo su sombra. Allí estaban Juan y Antonio esperándome y despues de haber terciado algunas palabras y de haber elogiado yo el sitio que Juan habia escogido, el hilador que parecia impaciente por abordar el asunto me dijo.

—Amigo, anoche mismo no quise acostarme sin haber leído el escrito que V. me envió sobre las huelgas, y si he de hablar con franqueza y los datos que allí cita V. son verídicos, me ha puesto V. en un aprieto, pues los números cantan claro y lo que allí se dice me ha dejado ganas de volverlo á leer. Me

chocaron mucho aquellos gastos de miles de libras esterlinas y aquellos discursos de dos obreros en el congreso español, y por esto no se lo devuelvo aun á V.

—Antonio, contesté, puedo aseguraros que son ciertas y sacadas de buen conducto las noticias que habeis leído, puedo facilitaros el ver los libros de donde las he recogido, y celebro infinito, no solo de que os hayan quedado deseos de volver á leer aquellas páginas, sino que os hayan causado impresion. Desengañaos amigos, la verdad siempre se descubre cuando se busca, y las razones en que descansa es difícil ocultarlas á los hombres que de buena fé, con lealtad, desean encontrarla: no olvideis aquella máxima del gran Cardenal Richelieu—«los aduladores son como los ladrones, su primer cuidado consiste en matar la luz»—

Los que se proclaman vuestros defensores, para conseguir atraer vuestras voluntades y someteros á la suya, lo primero que hacen es matar la luz, es decir ocultar la verdad; por esto veis que presentan al pueblo de hoy en un estado peor que en tiempo de la esclavitud, solo os pintan desgracias y miserias alrededor vuestro, callándoos los beneficios que la industria ha hecho al pueblo, el desinterés y celo de muchos hombres en favor de los que viven del trabajo, los millones que se han gastado en todas partes para mejorar su suerte, y las cantidades fabulosas que la caridad ha invertido para alivio del pobre.

hubieramos hecho un viaje de muchos días, y á poco llegamos al pueblo. Ibamos todos bajando del carruaje, cuando el labrador que habia metido su cuarto á espaldas en la conversacion se me acercó al oído diciéndome;

—Caballero, me parece que en buen enredo se ha metido V. este hombre tiene trazas de ser de los del petróleo, y sino es por gracia del Espíritu Santo, no le sacaré V, de sus trece.

Solo pude contestarle; veremos.

II.

A la tarde del día siguiente fuí al sitio convenido; era un recodo al pié de una cuesta donde una corpulenta encina protejia de los rayos del sol y convidaba á pasar un par de horas bajo su sombra. Allí estaban Juan y Antonio esperándome y despues de haber terciado algunas palabras y de haber elogiado yo el sitio que Juan habia escogido, el hilador que parecia impaciente por abordar el asunto me dijo.

—Amigo, anoche mismo no quise acostarme sin haber leído el escrito que V. me envió sobre las huelgas, y si he de hablar con franqueza y los datos que allí cita V. son verídicos, me ha puesto V. en un aprieto, pues los números cantan claro y lo que allí se dice me ha dejado ganas de volverlo á leer. Me

chocaron mucho aquellos gastos de miles de libras esterlinas y aquellos discursos de dos obreros en el congreso español, y por esto no se lo devuelvo aun á V.

—Antonio, contesté, puedo aseguraros que son ciertas y sacadas de buen conducto las noticias que habeis leído, puedo facilitaros el ver los libros de donde las he recogido, y celebro infinito, no solo de que os hayan quedado deseos de volver á leer aquellas páginas, sino que os hayan causado impresion. Desengañaos amigos, la verdad siempre se descubre cuando se busca, y las razones en que descansa es difícil ocultarlas á los hombres que de buena fé, con lealtad, desean encontrarla: no olvideis aquella máxima del gran Cardenal Richelieu—«los aduladores son como los ladrones, su primer cuidado consiste en matar la luz»—

Los que se proclaman vuestros defensores, para conseguir atraer vuestras voluntades y someteros á la suya, lo primero que hacen es matar la luz, es decir ocultar la verdad; por esto veis que presentan al pueblo de hoy en un estado peor que en tiempo de la esclavitud, solo os pintan desgracias y miserias alrededor vuestro, callándoos los beneficios que la industria ha hecho al pueblo, el desinterés y celo de muchos hombres en favor de los que viven del trabajo, los millones que se han gastado en todas partes para mejorar su suerte, y las cantidades fabulosas que la caridad ha invertido para alivio del pobre.

Estos hombres os adulan, os engañan y solo pueden lograr su objeto arrancando de vuestro corazón la fé y de vuestro espíritu la tranquilidad; os presentan la resignación como un estorbo para procurar vuestra mejora, y os señalan siempre al rico y al industrial, como vuestro enemigo.

—¿Y quiere V. decir que no es verdad que seamos explotados y que realmente con las huelgas bien dirigidas, hechas en tiempo oportuno, no podemos mejorar nuestra suerte? preguntóme Antonio, como dominado aun por sus opiniones.

—Extraño en verdad, Antonio, que pensando un poco en estas cosas, creais que es cierto que se os explota y que podeis hacer algo con las huelgas. Yo recuerdo haber oido al padre de un amigo mio, que habia sido fabricante en aquellos tiempos, en que la maquinaria no era casi conocida en España, hombre honrado y laborioso como el que más, que en aquella época el obrero consideraba á su amo cual á un padre, como una persona á quien profesaba gratitud y cariño, á quien miraba siempre con respeto sin rebajar por ello su propia dignidad, y el amo ó industrial trataba á sus obreros como amigos, como personas que con su constante trabajo le ayudaban á fomentar su capital, que defendian sus intereses: si en la casa del amo habia un enfermo ó una desgracia, los obreros se disputaban el cuidarle y consolarle, y si el obrero era el enfermo ó desgraciado, no perdía por esto su

jornal y recibia cada dia la visita de su amo. Entonces á nuestros obreros no se les habia metido la política en la cabeza, no se les habian enseñado estas máximas que hoy todos saben, entonces no se habian esparcido entre ellos obras como las de Proudhon, y no se habia escrito el viaje á la Icaria de M. Cabet, en una palabra, no se habia introducido en la clase obrera, esta impaciencia por cambiar en ocho dias su fortuna y posicion.

No creais, amigos míos, que con esto quiera yo decir que el actual malestar y las quejas de los obreros sean hijas de la gran industria y de su desarrollo en nuestros dias, en manera alguna: al contrario este desarrollo ha permitido mejorar su suerte á gran número de familias que antes ni pan tenían para comer, ni paja en que dormir, y á él se debe que las poblaciones hayan tomado el incremento que todos vemos. Quiero decir que el obrero, antes ni habia renegado de su religiosidad, ni habia olvidado que formaba parte de una clase que vive con el trabajo y del trabajo; era el obrero entonces laborioso, enemigo de tabernas y reuniones numerosas, sencillo y contento con su suerte, no ambicionando nada mas que trabajo para alimentar á su familia, no aspiraba sino á tener algunos ahorros para su vejez ó para la enfermedad, y este obrero era feliz y muy feliz. A vosotros, obreros de nuestros tiempos, se os han calentado los cascos y se os ha alborotado la cabeza

diciéndoos un día y otro día que esto de creer en Dios era una preocupacion, que esto de vivir con vuestro trabajo era una esclavitud que producía enormes ganancias á los capitalistas, y que debíais y debéis sacudir los hábitos que antes eran propios del obrero, que debéis levantar vuestra clase, en una palabra, como se dijo hace poco en el Congreso obrero de Barcelona, *los de abajo subiendo, y los de arriba bajando*. A vosotros que no sabéis ni de economía política ni de cosas por el estilo, que no comprendéis que hay leyes que gobiernan esta industria, y este capital, y toda esta marcha de las cosas públicas, se os ha dicho de un modo más ó ménos claro para vuestra inteligencia, que teneis derecho al trabajo, que si careceis de él, teneis el derecho de obtenerlo y el Estado la obligacion de dárselo; se os ha dicho que para poner coto á la ambicion de los amos y capitalistas y evitar que con vuestro sudor levanteis su fortuna, debéis poner en gran peligro sus capitales, obligarles á disminuir sus ganancias y para ello se os ha presentado como el gran medio, las huelgas, por medio de las cuales, parando los trabajos de los talleres, podeis imponer al industrial las condiciones que mas os convienen, es decir, ó disminuir las horas del jornal, ó aumentar el salario ó ambas cosas á un tiempo, y que con aquellas podeis formar vuestro capital.

—¿Y no es así? dijo Antonio. Pues qué ¿no so-

mos libres nosotros de ir ó no al taller, y de trabajar ó no á este ó aquel precio? ¿Qué más tiene que esto lo haga yo solo, ó que lo hagamos todos los de mi fábrica?

—Oh, si: hay mucha diferencia. Hacedos cargo Antonio que si vos solo obráis de este modo, no perjudicáis á nadie, vuestro puesto se reemplaza por otro obrero quien se aprovecha de vuestra exigencia, y solo vos pagais con vuestro bolsillo esta libertad de trabajar ó no. Pero si vos no contento con vuestro salario, ó con las horas fijadas, seducís á vuestros compañeros, y les arrastrais á que dejen el taller si el amo no acepta vuestras condiciones, la cosa cambia de aspecto de un modo notable. Obrando así, el fabricante ha de faltar á sus compromisos ya para expedir los géneros que tenga pedidos, ya para pagar las obligaciones mercantiles de todo industrial, las máquinas se desmejoran, las materias primeras, la lana, el algodón, la seda se perjudican, el fabricante ha de pagar su contribucion y alquiler y sus capitales disminuyen cada día, y vosotros los obreros dejais de ganar vuestro jornal, vuestro único recurso, gastais vuestros ahorros, agotais los fondos de vuestras cajas y sociedades, habeis de pedir prestado, privais á vuestros hijos y esposas del pan y de todo lo necesario á la vida, atrasais el pago del alquiler de casa, si estais enfermos debéis ir al hospital: y al fin y al cabo ¿Quién ha ganado? Nadie: vuestros com-

pañeros pasados una, dos, tres semanas reconocerán que les habeis engañado, que se han acabado los recursos, maldecirán el día en que escucharon vuestros consejos y os vereis obligados á buscar trabajo en otra parte. ¡Ah! Antonio, reflexionad que en estas cuestiones, en que tan interesados sois, os constituís vosotros mismos en jueces, y vuestra sentencia por lo mismo ha de ser injusta, y para demostraros, que obráis sin conocer las cosas y sin comprender sus consecuencias viene á pelo un hecho que ahora recuerdo. Años atrás declaráronse en París en huelga todos los oficiales sombrereros, rechazaron todas las proposiciones que se les hicieron y prefirieron pasearse y vivir del socorro que les repartía la sociedad que tenían formada; pasáronse así algunas semanas, y habiendo observado algunos de los oficiales sombrereros, que los elegantes de París llevaban sombreros nuevos como antes y que las tiendas estaban provistas como si ellos trabajaran, trataron de averiguar este misterio, y supieron que aprovechando los sombrereros ingleses esta huelga, que ellos mismos habían promovido, enviaron á París millares de sombreros ingleses por importe de una suma respetable; los amos que habían visto rechazadas las proposiciones de parte de sus operarios, aceptaron el envío de Inglaterra y los oficiales sombrereros hubieron de reconocer que la especulación inglesa había sido el origen de su huelga ó al menos la había explotado,

que habían perdido muchos jornales y cuantiosos ahorros, viéndose precisados á pedir por favor á sus patrones que los admitieran con las mismas condiciones anteriores.

—Pues se vé que los ingleses no son mancos! exclamó Juan el carpintero ¿quién sabe, si ellos aprovechan también nuestras huelgas en la industria de tejidos ó hilados y nos endosan aquí centenares de piezas, y el contrabando contribuye también á sostener estas huelgas?

—Podeis estar seguros, contestéle, que cada una de estas huelgas tiene su misterio, que no faltan especuladores que de ellas se aprovechan y que amos y operarios todos salen perdiendo.

Antonio permanecía á todo esto, cabizbajo y pensativo, como si estas observaciones le tuvieran muy preocupado y su imaginación fuera dando vueltas y revueltas á lo que había leído la noche antes, á lo que estaba escuchando y á los hechos pasados: ello es que de cuando en cuando movía la cabeza como hablando consigo mismo. Comprendiendo entonces la importancia de aquel estado y lo que me convenia aprovecharlo añadí:

—Y una cosa muy notable observo que ha sucedido siempre en estas huelgas y las sociedades que las sostienen, y es; que jamás he visto ni oído que las comisiones directivas despues de cesado su cargo ó terminada una huelga, hayan publicado las

cuentas de su administracion; que jamás han dado esplicaciones de las cantidades entradas en caja y de las que han salido... y esto os debiera haber abierto los ojos, Antonio, esto debiera haberos hecho levantar la voz, máximo cuando vos sabeis mejor que yo, que no es nuevo el que algunos de estos directores tan celosos y tan calurosos defensores de estas sociedades, al poco tiempo de haber dejado el cargo á otras manos, se han convertido en hombres muy conservadores, muy enemigos de todo desorden, ¿no os parece esto extraño Antonio? ¿No sospechais que en esto hay misterio?...

Debeis reconocer pues, que la esperiencia enseña que con las huelgas no solo no podeis formar un capital, por mezquino y reducido que sea, sino que ellas os absorven todos los ahorros, os obligan á contraer deudas, y engendran el peor de los vicios; la holgazaneria.

—Poco á poco, exclamó Antonio: yo soy defensor acérrimo del trabajo, y decia mi padre que el holgazan tiene abiertas la puertas del presidio á todas horas...

—Pues amigo, continué interrumpiéndole, yo podria citaros centenares de obreros que antes no conocian lo tentador que es el pasar dias y mas dias sin trabajar, y que una vez han estado en una huelga, les viene tan cuesta arriba el coger la lanzadera ó los instrumentos del trabajo, que no vuelven ya á

ser mas lo que fueron y aprovechan la primera ocasion para volver á la grata ocupacion de pasear y no hacer nada.

Yo que he conocido algunos operarios, que con ellos he hablado un tanto de vuestras cosas, y he visitado sus modestas habitaciones, he tenido ocasion de saber que se os entrega tambien como buena y corriente moneda, una cosa, que antes habia metido gran ruido, pero que hace años se descubrió que era moneda falsa, que se os propinaba como buena medicina para curar vuestro malestar, una pócima que se ha visto no era sino un veneno. Os hablo del derecho al trabajo, de esto que dicen es vuestro puerto de salvacion.

—¡Ola! exclamó, Antonio, ¿tampoco es V. partidario del derecho al trabajo? ¿tampoco cree V. que con ello no podemos formar nuestro capitalito?

—Qué he de creer, y de qué diablos he de ser yo partidario, si esto es una farsa y una locura por no decir una estafa! Vamos á ver... ¿qué se os dice al recomendaros el derecho al trabajo? De unos apuntes que tengo en esta cartera, vereis qué es esa quisi—cosa y como se os explica su teoria. Oid.

—«El salvaje goza en medio de los bosques y llanuras—cuatro derechos naturales; el de cazar, pescar, coger y comer frutos de la tierra. Tal es la primera forma del derecho.

«En todas las sociedades civilizadas, el hombre

del pueblo, el proletario, no hereda ni posee nada y se halla pura y simplemente despojado de sus derechos; no puede decirse, pues que el derecho primitivo haya cambiado de forma puesto que no existe. La forma ha desaparecido con el fondo.

«El hombre en el estado salvaje está obligado á obrar para usar de su derecho y los trabajos de la pesca, de la caza, de coger los frutos ó comerlos, son condiciones del ejercicio de su derecho; luego el derecho primitivo no es más que el derecho á estos trabajos.

«Pues bien, si una sociedad industriosa, que ha tomado posesion de la tierra y quita al hombre la facultad de ejercer á la ventura y con libertad sobre la superficie de la tierra sus cuatro derechos naturales, reconoce en el individuo en compensacion á estos derechos de que le despoja, el derecho al trabajo; entonces, en principio y salva la aplicacion conveniente, no tiene ya el individuo motivo para quejarse.

«El obrero que carece de trabajo tiene en el día derecho para presentarse al alcalde de su pueblo, al gobernador ó un representante en fin de la sociedad y decirle: No hay trabajo para mi en el taller donde estoy ajustado, ó bien: el salario se ha disminuido de tal modo que no basta para asegurar mi subsistencia; vengo pues á pedir trabajo con un salario que haga mi suerte preferible á la de un salvaje libre en sus bosques.»

Aquí se confunden el derecho al trabajo, doctrina socialista, con el derecho de trabajar, que es un derecho sagrado como el que más: este derecho (el de trabajar) es como he leído en un escritor francés muy amigo y sincero de las clases obreras, la libertad que tengo yo, que teneis vos, que tiene Juan, de hacer de vuestra inteligencia de vuestros brazos el uso que consideréis mas provechoso.

El derecho al trabajo supone una obligacion que vos, que yo, que Juan, impone á la Nacion ó al Estado de proporcionarnos los medios de trabajar cuando se lo pidamos. y le quitemos el derecho que tiene de obligarnos á buscar en el trabajo el medio de cubrir ó atender á nuestras necesidades, ¿y qué ha de suceder? que el individuo, el particular, el obrero se ponen frente á frente de la sociedad y si esta se resiste nace desde luego el conflicto que presencié Lion en 1832 cuando los sublevados levantaron la bandera *de vivir trabajando ó morir combatiendo*: en el terreno de la práctica este derecho al trabajo es convertir á la nacion ó al país en asegurador de todas las fortunas, y lo peor, empresario de todas las industrias y de todos los oficios ú ocupaciones. Recuerdo que atacando un distinguido diputado francés, Leon Faucher, el derecho al trabajo dice poco más ó menos:

—«El sistema quiere que todo individuo que no halle el empleo de su inteligencia ó de sus brazos,

ó bien que el empleo que haya encontrado no le proporcione medios para vivir, tenga derecho á dirigirse al gobierno para que este le de el trabajo que le falta ó una ocupacion lucrativa en vez de un trabajo de escaso producto. De modo, que el Estado debe ocupar á todos los obreros desocupados, equilibrar la insuficiencia del salario, suplir las faltas de los pedidos y proporcionar los instrumentos del trabajo.

«En nuestra organizacion social, cuando una calma de trabajo prolongada paraliza las manufacturas, ó está recargada de brazos la agricultura, el Estado, los departamentos y los municipios emprenden trabajos públicos, se llama á los indigentes para emplearlos en terraplenar ó recomponer las carreteras, y todos los propietarios hacen un sacrificio para proporcionar por medio de sus donativos voluntarios un medio salario á los obreros licenciados por la industria.

«Pero bajo el régimen del derecho al trabajo no podría hacerse lo mismo; el obrero, armado de un título absoluto no se contentaría con el trabajo que le hubiera escogido y preparado la sociedad; exigiría el trabajo para el que se juzgara propio y que le prometiera más abundante remuneracion; querría seguir su profesion y con las condiciones más favorables, determinaría la clase de trabajo y fijaría también el precio. No se informaría de la situacion del mercado ni de la del tesoro, y siendo el salario para él como

un crédito ó una renta sobre el estado, guardaría un nivel invariable, y sería forzoso cambiar las condiciones de la sociedad para pagárselo.»

Para ensayar los resultados que daba este derecho, Inglaterra reunió hasta 800,000 jornaleros en las obras de las carreteras de Irlanda ¿y sabéis qué sucedió? que estas brigadas de mendigos, de operarios torpes de todas las industrias allí reunidos, se negaban á trabajar y emprendían á pedradas contra los ingenieros. En Francia en 1848 despues de proclamada la república se levantaron varios talleres que sostenían los municipios, y no hubo una sola escepcion, cada taller fué teatro de varios molines y despues de agotados todos los recursos, apuradas las contribuciones voluntarias y forzosas, hubieron de cerrarse no sin haber regado con su sangre las calles de Paris multitud de obreros.

Tener derecho al trabajo, es tenerlo al salario, á un salario que asegurase la existencia del obrero, y como las necesidades de la vida varían segun las situaciones y los individuos, es también tener derecho al salario que determine el mismo obrero. Bajo el régimen de la libertad industrial, nadie puede fijar el precio de los salarios, que siguen entonces las fluctuaciones del mercado y obedecen á una ley económica superior á la voluntad del fabricante y del trabajador.

Luego es preciso que se suprima la libertad y cese

la competencia para que nazca esta posibilidad de determinar el *mínimum* del precio del trabajo.

Solamente el monopolio en manos del Estado podría fijar el precio de los salarios.

Tener derecho al salario es lo mismo que tenerlo á los instrumentos del trabajo al capital y al crédito.

«El ejército de los trabajadores, debe tener forzosamente como el de los soldados, oficiales que lo guien y manden, con la libertad de la industria se forman por si mismo estos oficiales que son los capitalistas, los manufactureros, los ingenieros, los administradores, los escribientes y los mayordomos. Solo se llega á estos puestos, envidiados y disputados del mando, por el mérito, los servicios prestados y la experiencia; pero desde el momento que el individuo tiene el derecho absoluto de exigir que se le emplee en la esfera de su aptitud, puede pedir tambien que se le coloque en condiciones favorables para sacar partido de su inteligencia y de sus fuerzas.»

¿Qué sucedería si este derecho fuera realizable?

Que cada obrero escogiera la industria que más le acomodara sin consideracion á si son muchos ó pocos los que la ejercieran, y sabiendo que su jornal sería tan seguro en una industria fatigosa, como en otra cómoda, tranquila y sosegada, optaria por esta última, y como todos pensarían del mismo modo, y elegirían lo mejor, todos serían relojeros, plateros, médicos, abogados, y no habría quien quisiese ser, for-

jador, tejedor, ni hilador, etc., etc. ¿y qué trastorno entonces en la sociedad y en la industria en general? Además como nadie tendría temor de quedarse sin trabajo, nadie tendría interés en ahorrar un ochavo y al fin y al cabo la nacion pagaría miles de miles de jornales con plena igualdad, así al obrero hábil, inteligente y laborioso, como al obrero torpe, descuidado y vagamundo, la nacion se vería con gran acopio de ciertas clases de trabajo y gran escasez de otros naciendo de aquí otra perturbacion mayor.

—Pues señor mio, estamos aviados! exclamó Antonio mirando alternativamente á Juan y á mí.

¿Pues por lo que V. dice, estos libros que nos regalan y en los cuales tanto se elogian las huelgas y el derecho al trabajo, son patrañas y mentiras?

—Cabalmente, son cosas irrealizables, muy bonitas para leerlas pero muy malas para ponerlas en práctica. Desengañaos, amigo Antonio, en este pícaro mundo siempre habrá como siempre ha habido, pobres y ricos, gente que ríe y nada en la abundancia y gente que llora y nunca puede salir de un mísero estado. Digase lo que se quiera, que os cuenten cuantas maravillas y milagros gusten estos que os dan estos librotos, el hombre ha de seguir cumpliendo aquella sentencia de Dios «ganarás el pan con el sudor de tu rostro» y con resignacion y con constancia en el trabajo tan solo, puede el hombre ser menos desgraciado y mejorar su suerte...

—Esto me decía mi mujer, interrumpió Juan, siempre que me quejaba de nuestra posición y del afán con que un día y otro iba al taller. ¡Oh! si la conociera V. á mi Luisa, es una cristiana del tiempo antiguo, ella enseña la doctrina á nuestros hijos, y mas de cuatro veces me ha hecho bajar la cabeza avergonzado al ver la fortuna que he tenido en escoger tan buena esposa y los malos ratos que yo la he dado con mis paseos al café y la taberna, y sobre todo con no haberla escuchado cuando me decía, que no debía dejar el trabajo seguro que tenía, para seguir á *los que movían las huelgas, y que valía mas guardar el dinero en casa que entregar cada semana un tanto á la sociedad.* Ahora le aseguro á V. que mientras no me falte trabajo no envidió la suerte á nadie, y aunque no me sobra, tampoco me falta lo mas necesario, y tan contento como si fuera propietario.

—Ahí está el secreto, Antonio, ahí está la dificultad que tampoco es milagro el resolver ó descubrir. Vosotros, amigo mio, no mirais mas que las horas del trabajo y las necesidades de vuestra casa ó de vuestra familia, pero no considerais que hay una clase numerosísima de personas que envidian vuestra posición, porque en ella á lo menos, no debeis cubrir apariencias que mortifican y son un verdadero martirio. Los pobres con levita, esta multitud de familias á quienes la adversidad ha perseguido, reduciéndoles á estado peor que el del jornalero, son mucho

mas dignos de compasión que vosotros, porque ellos deben gastar más, deben presentarse con cierta decencia en el vestir aun á costa de una mala alimentación, y en sus casas pasan privaciones que los obreros no conoceis. Si de cerca vierais esa clase de personas y conocierais sus necesidades, las exigencias del mundo y su escasez de recursos veriais, Antonio, que los obreros no cambiarían nunca su posición por la de estos desgraciados.

Por lo demás fiad en mi palabra y sobre todo fiad en la experiencia y los consejos de hombres que sin meter ruido ni buscar aplausos, os avisan un día y otro, que no son las huelgas ni el derecho al trabajo los medios que los obreros deben emplear para mejorar su posición, para ir formando un capital si no crecido, modesto al menos, con que poder esperar sin miedo la ancianidad y dar algunos recursos á vuestros hijos. No creais, amigo Antonio, consejos que os sean gratos á vuestros oídos y cuyas consecuencias no preveéis: desconfiad de esta voz melosa y dulce con que algunos aduladores os hablarán para ganáros la voluntad, preferid en todo caso consejos menos gratos, pero de resultados más positivos y ventajosos.

Y ahora, amigo Antonio, añadí golpeándole suavemente la rodilla, me parece que por hoy basta de desencantos y verdades que tal vez os parecerán amargas pero... al fin son verdades, y creo que no

me negareis que ayer no veiais tan claro como hoy en esta materia.

—No caen en saco roto estas observaciones, dijo Juan, yo por mi parte aseguro que no olvidaré esta conversacion, y...

—Yo por la mia, interrumpio Antonio, debo decir que aunque no me confieso vencido tengo yo mis dudas: volveré á leer el trabajito que ayer me facilitó V. y veremos luego que solucion me dará V. á las dificultades que le proponga: tengo ahora empeño en ver adonde vá V. á parar y que remedio encuentra V. para nuestra situacion.

—No faltan remedios, cuando hay buena voluntad, le contesté. No os dejéis dominar por cierto orgullo que todos tenemos al ver que hemos andado equivocados y que nos hace oponer resistencia á la persuasion, dejáos convencer por las razones, que dice el adagio:—de sabios es mudar de consejo;—al hombre honrado le es un titulo de mérito el reconocer que se ha equivocado y acomodar su conducta á la verdad que se le presenta clara y ostensible. En fin pensad un tanto, amigo, en lo que hemos hablado hoy aqui; y si gustais mañana podemos tener nuestra tertulia en este sitio tan agradable, que ahora iremos á dar un paseo por estos campos.

III.

A la tarde siguiente, Juan nos encontró ya á Antonio y á mi, en el sitio concertado; el hilador iba disputando el terreno de sus opiniones palmo á palmo; á mis observaciones y contestaciones oponia nuevos reparos, y de brecha en brecha procuré desembarazarme de todas estas razones ya tan sabidas con que se enseña á los trabajadores á sostener las disolventes doctrinas que entre ellos se han ido propagando: cuanto mayor esfuerzo hacia en no contestar categóricamente á mis preguntas, tanto mayor era mi empeño en reducirle á un punto en que debiera confesarse vencido ó contestar con el silencio, teniendo buen cuidado de no mortificar su amor propio y su dignidad, que yo respetaba sobremanera.

Así estuvimos discutiendo mas de media hora, y deseando reservar para otra ocasion el continuar nuestra polémica, dije á Juan el carpintero.

—Ya veis, amigo Juan, vuestro compañero defendiéndole su pabellon como un buen soldado; veo que ha pensado bastante en lo que ayer hablamos, pero yo espero que tal vez mañana, sino hoy mismo encontrará Antonio respuesta á muchas de sus dificultades.

me negareis que ayer no veiais tan claro como hoy en esta materia.

—No caen en saco roto estas observaciones, dijo Juan, yo por mi parte aseguro que no olvidaré esta conversacion, y...

—Yo por la mia, interrumpio Antonio, debo decir que aunque no me confieso vencido tengo yo mis dudas: volveré á leer el trabajito que ayer me facilitó V. y veremos luego que solucion me dará V. á las dificultades que le proponga: tengo ahora empeño en ver adonde vá V. á parar y que remedio encuentra V. para nuestra situacion.

—No faltan remedios, cuando hay buena voluntad, le contesté. No os dejéis dominar por cierto orgullo que todos tenemos al ver que hemos andado equivocados y que nos hace oponer resistencia á la persuasion, dejáos convencer por las razones, que dice el adagio:—de sabios es mudar de consejo;—al hombre honrado le es un titulo de mérito el reconocer que se ha equivocado y acomodar su conducta á la verdad que se le presenta clara y ostensible. En fin pensad un tanto, amigo, en lo que hemos hablado hoy aqui; y si gustais mañana podemos tener nuestra tertulia en este sitio tan agradable, que ahora iremos á dar un paseo por estos campos.

III.

A la tarde siguiente, Juan nos encontró ya á Antonio y á mi, en el sitio concertado; el hilador iba disputando el terreno de sus opiniones palmo á palmo; á mis observaciones y contestaciones oponia nuevos reparos, y de brecha en brecha procuré desembarazarme de todas estas razones ya tan sabidas con que se enseña á los trabajadores á sostener las disolventes doctrinas que entre ellos se han ido propagando: cuanto mayor esfuerzo hacia en no contestar categóricamente á mis preguntas, tanto mayor era mi empeño en reducirle á un punto en que debiera confesarse vencido ó contestar con el silencio, teniendo buen cuidado de no mortificar su amor propio y su dignidad, que yo respetaba sobremanera.

Así estuvimos discutiendo mas de media hora, y deseando reservar para otra ocasion el continuar nuestra polémica, dije á Juan el carpintero.

—Ya veis, amigo Juan, vuestro compañero defendiéndese su pabellon como un buen soldado; veo que ha pensado bastante en lo que ayer hablamos, pero yo espero que tal vez mañana, sino hoy mismo encontrará Antonio respuesta á muchas de sus dificultades.

—Si señor, me dijo Antonio, y las tengo por muy graves, porque veamos; reducido el obrero á su jornal diario ¿cómo se las compone para cubrir sus obligaciones, para dejar de ser, siempre obrero y esclavo de la campana del taller? ¿cómo puede dejar de ser toda su vida un pobre rodeado de necesidades, sin recursos y expuesto á mil contingencias?

—Antonio, calma que todo se andará: paciencia amigo, que no se ganó Zamora en una hora, y precisamente hoy deseo yo exponeros aquí en franca y leal conversacion, cómo debeis conducirnos para mejorar vuestra posiccion y vuestro porvenir.

Nos sentamos los tres colocándome entre los dos obreros, y observé desde luego que la atencion de Antonio se iba fijando alternativamente entre lo que yo decia y los gestos de aprobacion con que Juan iba acompañando muchas de mis palabras.

—Recuerdo haber leído, amigo mio, en una obra muy generalizada en Francia (1) «que el mejoramiento de la suerte del obrero depende en gran parte de su propia voluntad; antes que pedir la regeneracion del rico, regenerese asimismo, y mostrándose económico, sobrio y morigerado, habrá andado la mitad de su camino.» Y esto es una gran verdad que la esperiencia confirma. No busqueis

(1) *Fregier—Des classes dangerenses.*

economías, ni ahorros en un hombre, cuyos vicios absorven el producto de su trabajo, como no debeis buscar vicios en el obrero laborioso, amante de su familia, y de conducta previsora. El vicio sacrifica siempre al que lo sigue, pero las primeras víctimas son el obrero y el hombre que no cuenta con mas recursos que su trabajo; porque los vicios son los mayores enemigos del capital, del ahorro, de la prevision.

Rodeado el obrero de vicios, buscará inútilmente en todos los cambios políticos, en todas las revoluciones sociales, el medio de mejorar su posiccion: en vano proclamará principios más ó ménos disolventes, sino empieza dando al traste y rompiendo con la borrachera, el juego, la vagancia y las pasiones. Este es el acompañamiento ordinario del obrero discolo y perezoso, del que no prevee que mañana puede cesar el trabajo y abrirle los brazos la miseria; y notad, amigo Antonio, una cosa particular: preguntad á estos hombres que vienen á proponeros las huelgas, que os reparten catecismos socialistas, que os llaman sus hermanos, que os llenan la cabeza de ilusiones y esperanzas, que vienen á conquistar vuestra voluntad, preguntadles quienes son, y comprendereis la trampa y el engaño desde luego; seguidles los pasos, informáos de su modo de vivir y sabreis lo siguiente. O son solteros, que enemigos del matrimonio para poder dar pábulo á sus pasiones,

viven en concubinato ó persiguen á cuantas mujeres están á su alcance, ó son casados que sacrifican con su carácter déspota y avasallador á toda su familia, pues se han erigido en tiranos del hogar doméstico y hoy arriman una paliza á su mujer, mañana sacuden el pellejo á su hijo, y al otro día, sinó cotidianamente, arman camorra con todos los vecinos. Estos hombres acostumbran á ser obreros ineptos y orgullosos, que han sido despedidos de un taller, y otro, y otro; gente que ha empezado muchos oficios y no sirve para ninguno. Estos hombres van del club al café ó á la taberna á inflamar más y más su sangre con el vino y los licores, ó pasan horas y más horas junto á una mesa de juego, para apostar en un naipe todo lo que han arrebatado á su esposa y á sus hijos para vivir una semana...

—¿Ha tratado V. con intimidación á esta gente? me preguntó Antonio; porque me parece que estoy viendo á muchos de los que han estado á hablarme varias veces de nuestros intereses y nuestras cosas, y á cuyas opiniones me he adherido.

—Esto no importa, contestéle, pero bueno es que veais que no ando mal informado. Pero, Antonio, estos de que os hablo, son los apóstoles de la clase obrera, que visten chaqueta. Los que visten levita, si bien en su generalidad no tendrán una hoja de servicios tan brillante, alguno de ellos la tendrá tal vez peor, porque no faltará quien ha comido el ran-

cho de la cárcel más de cuatro y seis semanas: el rasgo característico de estos apóstoles de levita, es convertir á la clase jornalera en pretexto para pronunciar algunos discursos de bombo y mucho ruido, presentarse como políticos rojos para hacer carrera, gente sin rubor que todo lo someten á su plan, y que lo mismo les importa que los obreros se mueran de hambre que los asiáticos del cólera, con tal que ellos figuren y vayan subiendo, subiendo, en su carrera improvisada. ¿Qué debéis esperar de tales directores, apóstoles y maestros, si las escepciones de rectitud, de intencion, y buena fé son contadas, y pocos los que con desinterés y desprendimiento siguen esta bandera?

—Quiere V. decir pues, repuso Antonio, que aunque estos hombres tengan sus vicios ó sus defectos, como hombres de partido ó defensores de nuestros intereses no pueden ser honrados?

—Antonio, esto tiene sus dificultades, porque el hombre que no se dá á conocer por sus virtudes privadas, es un gran fenómeno que tenga virtudes públicas, y me parece que á quien no sabe gobernar su casa, no fiaríais vos el que administrara vuestros capitales ni se los entregaríais á ciegas.

—Esto es verdad, dijo Juan, y veo que por desgracia se ponen á políticos y redentores los que no han sabido administrar su casa y su hacienda.

—Por lo demás, amigos míos, es necesario reco-

nocer que nuestros obreros son dignos de mejor defensa, y de que los hombres amantes de sus conciudadanos trabajen en mejorar su estado, porque el obrero español tiene cualidades que nos han de envidiar los ingleses, los franceses y los belgas. Si leyerais las estadísticas de estos países, os asombraría la cifra de los casos de borrachera, del gran número de obreros amancebados, y del número extraordinario de hijos habidos fuera de matrimonio. En España la borrachera es un vicio poco arraigado por fortuna; en las ciudades populosas é industriales, se pasan días enteros sin que se haya conducido á la casa consistorial á un solo borracho, y notad que este defecto es tan perjudicial á la salud como ruinoso para el trabajo. El hombre dominado por el vicio de la bebida, es un ser degradado que no puede saber á que extremo de miseria y abandono puede parar, es intratable en su casa, violento de carácter con sus compañeros, torpe en el trabajo por efecto de su estado físico y moral, y se hace odioso á cuantos le rodean. Reconozcamos amigos con orgullo que el obrero español es sóbrio, moderado y juicioso en esta parte, que tiene gran ventaja sobre los extranjeros, quienes para extirpar este vicio han creado las sociedades de la templanza, en vista de las víctimas que hace y de los desórdenes de toda clase de que es origen.

—Esto me ha ocurrido alguna vez, dijo Antonio,

al ver la repugnancia con que aquí todo el mundo, grandes y chicos, miran al hombre que se halla en este estado.

—Teneis pues obreros, este don de valor infinito y esta ventaja para mejorar vuestra suerte, ventaja que no se os ha puesto de relieve, pero que aprecian las demás naciones, cuando tanto la ensalzan y ponderan.

Al lado de este hábito, hay tambien como compañero inseparable, el del juego, pues casi siempre la taberna trae consigo esta coletilla. El juego aunque más general que la borrachera, no tiene tampoco en el obrero español las proporciones que en otros países, y cuanto se diga contra esta pasión siempre será poco comparado con sus males, y sus consecuencias. Enemigo mortal del ahorro, semilla fecunda de camorras y peleas, se apodera del hombre que á él se entrega y le convierte en tahir, mal padre, mal amigo y mal ciudadano.

Del jugador podeis esperarlo todo, desde el simple engaño hasta el asesinato, porque en su sed de oro, en su afán de recobrar lo perdido, empieza por quitarles el pan á sus hijos y acaba por robar la bolsa al primero que pasa por la calle.

—¡Cuántos he conocido yo, dijo Juan, que serian gente arregladita con su taller y están hace años en la miseria por esta afición al juego!

—Si amigos míos, es imposible que un juga-

dor pueda ahorrar un cuarto y deje de arruinar á su familia; pues lo peor es que este vicio no solo sacrifica al que lo domina, sino que hace víctimas á los que por su desgracia están al lado del jugador.

La primera base que conviene sentar para formar el obrero su capital es la sobriedad, porque esta lleva consigo una paz, un sosiego, un orden, un método en la vida y las necesidades, que solo puede apreciarlas el que sumido en la miseria por el vicio, mira con envidia al compañero que ha sabido resistir estos placeres tan funestos. El hombre sóbrio vive tranquilo en su casa, goza al estar entre su familia, mira contento los ahorros que va retirando, se siente cada dia mas alentado en el trabajo de su oficio y está contento con su suerte.

Yo reconozco que es difícil esta virtud, pero si para todas las clases de la sociedad es necesaria, lo es aun más para vosotros, que careceis de instruccion y por consiguiente os es más difícil prever las consecuencias de los gastos supérfluos, de resistir las ocasiones de caer en el peligro.

—¿Cómo podremos corresponder á estos buenos consejos?... me interrumpió Juan...

—Amigos míos, quien bien quiere, no halaga ni adula; quien bien quiere, no fomenta placeres que mañana cuestan lágrimas. Y porque os quiero sinceramente á vosotros, y á los que están en vuestro estado, por ello os digo la verdad y os voy exponien-

do el camino para alcanzar vuestro bienestar. No basta la constancia y el trabajo en él para obtener lo que deseais; sinó sois sóbrios, sinó sois moderados en vuestras necesidades, sinó aprovechais todas las ocasiones para huir de la francachela y de la taberna, como del juego y la disipacion, no conseguireis sino la mitad de vuestro objeto, vivireis al dia como se dice vulgarmente, pero no tendreis salvado el peligro de la miseria de mañana, ó de la enfermedad, ó la falta del trabajo.

He visto hacer grandes elogios de la sobriedad y de la aplicacion, pero creo que la sobriedad, por lo mismo que es más difícil, está sobre la constancia en el trabajo pues más partido sacará de un jornal de ocho un sóbrio, que de un jornal de catorce el que no lo sea. Si teneis amigos á quienes profesais cariño, no os canseis de elogiarles esta virtud, porque con ella vienen las demás. El hombre que no sabe refrenar sus pasiones cae en la mayor abyeccion, llega á hacerse tan despreciable que nadie que estime en algo su decoro se atreve á tratarse con él. La intemperancia es un estado que mantiene en peligro inminente el reposo, la salud y la vida. Por el contrario el hombre sóbrio, el que juzga hasta donde pueden llegar sus necesidades, hasta donde llegan los recursos de que puede disponer, observa una vida ordenada y sin negarse algun pasatiempo lícito, sabe dar cumplimiento á las

leyes de la moral, de la economía y prevision. El obrero sóbrio prefiere el amor de una esposa diligente y solícita, á las caricias de una concubina que le abandonaria el día de la enfermedad ó de la escasez de recursos; el obrero sóbrio no satisface los caprichos de sus sentidos, por mas que comprenda su placer, porque aquellos consumen crecidas cantidades, y prefiere la mortificacion que le permite aumentar sus ahorros sin caer en la avaricia; el obrero sóbrio no celebra los lunes con almuerzos y meriendas que absorven el jornal de dos dias, en lo que se gasta y en lo que se deja de ganar; el obrero sóbrio...

—Basta, basta y V. perdone, dijo Antonio, pareceme V. misionista y trazas tiene de sermon lo que voy escuchando.

—Sea ó no sermon, amigo Antonio, dígoos sin ser misionista lo que en conciencia debo exponeros, y os empeño mi palabra que ningun hombre honrado encontrará exageracion en lo que voy explicando.

Mi deseo es que os persuadais como dos y dos son cuatro, que la sobriedad, la aplicacion al trabajo y la economía, son los únicos medios con que podeis obtener este progreso y esta mejora que no apetecéis mas que yo.

No olvideis que la sobriedad es una de las principales bases de la paz del hogar doméstico y del hombre, cualquiera que sea la clase á que pertenezca y la fortuna de que disfrute: el hombre que no cifra ó no

busca su bienestar y su felicidad en el hogar doméstico, es un perdido, y no es dura la frase. Si el obrero consigue con su conducta y su trabajo hacer grata su vivienda con la mujer honrada y hacendosa, y si ambos son laboriosos y económicos, este obrero será feliz, en lo que es posible serlo en este pícaro mundo, y no se acordará de política ni de rojos y negros.

El carpintero me miraba con ojos tan abiertos que demostraban bien la ansiedad con que iba recogiendo estas pobres observaciones: con igual atencion iba observando la impresion que estas hacian en el ánimo de su compañero, y á tiempo que yo encendiera mi cigarro, dijo á aquel.

—Antonio, ó has de mudar de vida, ó eres dejado de la mano de Dios: porque me parece que este buen señor muy claro te habla para que comprendas por donde debes andar, y no creas que tampoco caen por mi parte en saco roto las palabras de este caballero.

—Pues amigos, no hay otro recurso, ó seguir los pasos de estos curanderos, que os calientan la cabeza y ya sabeis á donde van á parar sus doctrinas, ó tener juicio, paciencia y dignidad, y escuchar los consejos de los que os quieren bien.

Y como ibamos diciendo... la sobriedad está reñida con las huelgas de los lunes, con la asistencia diaria al café ó la taberna, con un gasto inmodera-

do en las diversiones, ó con un lujo en el vestir impropio de vuestra clase y con todo desarreglo, que afectando vuestra moralidad ó vuestra salud ó vuestra familia, trae consigo dificultades ó estorbos para el trabajo. Porque la sobriedad es hermana de la aplicacion y esta es una poderosa garantía, para el bienestar del obrero.

La aplicacion al trabajo es la que ha convertido á muchos obreros en mayordomos, y mas tarde en gefes de taller; es la que ha perfeccionado en manos del obrero muchos inventos; es la cualidad que más le enaltece, como el valor en el soldado. Esta aplicacion asegura su jornal al obrero en los dias más críticos para la Industria y en los tiempos normales le premia con un aumento en su salario, gracias á la mayor perfeccion en el trabajo: el obrero aplicado disfruta en las horas de solaz y reposo, como en las horas del taller, porque la aprobacion del amo, el interés que le anima á salir airoso en la tarea que se le ha confiado, le da cierta escitacion y cierto estímulo que no puede sentir jamás el obrero negligente ó descuidado.

En el obrero aplicado rara vez dejareis de encontrar el hombre de bien, el hombre de orden, el buen padre de familia, el buen ciudadano; enemigo de turbulencias, comprendiendo la intimidad de sus intereses con los del amo ó industrial, esp'ra con gusto, pero sin ansiedad, sin frenesi, el dia festivo

para dedicarlo á su familia, para proporcionarse un honesto pasatiempo y para empapar á sus hijos máximas pladosas y morales que tienen tanta mayor fuerza cuanto que van acompañadas del ejemplo. A este hombre no le preocupan las cuestiones politicas, ni le seducen las promesas de los socialistas: se siente bien en su estado, sus aspiraciones se reducen á mantener y educar á su familia, á formar de sus hijos, obreros como él, y sus deseos quedan reducidos á la prosperidad de taller ó el establecimiento, á la constancia en el trabajo, y su ambicion no va mas allá, que á reunir algunos ahorros para cuando le asalte alguna enfermedad, ó llegue la época en que sus faenas disminuyan.

Vosotros, añadí dirijiéndome á Antonio, los obreros que teneis mas constancia en asistir al club que al taller, ó que si vais á este, es como arrastrados por la fuerza, y retardando siempre, al sonar la campana, el reuniros con vuestros compañeros, no comprendéis ni podeis comprender, la tranquilidad de esta vida ni la paz de espíritu que se disfruta en la casa del obrero sóbrio y laborioso. Yo he visto de cerca como viven estos obreros que por fortuna no son tan pocos como tal vez creereis, y os aseguro con sinceridad, que las clases acomodadas tienen que aprender mucho de ellos en punto al orden, al método y género de vida que en ellos rigen.

—¿Pues sabe V. dijo Antonio, que yo nunca he

disfrutado de ese sosiego y desconozco esa tranquilidad de que V. nos habla, y que desearia alcanzar á todo trance? ¿Le parece á V. que no podrá aplicárseme aquello de que la miel no es para la boca del asno?

—¿Y porqué no? Ahí teneis á vuestro amigo Juan que me parece, por lo que le he oido, que bien puede colocársele entre estos obreros de que os hablo, y creo que los desengaños que nos referia el otro día serian el principio de ese cambio.

—A decir verdad, contestó el carpintero, desde que recibí aquellas lecciones, no he pensado en otra cosa, que en trabajar cuanto puedo contentando á los parroquianos; pues viendo á mi familia con salud y pudiendo estar entre ella en mi rato de descanso, no envidio la posicion del hombre mas afortunado; porque, amigo Antonio, no he olvidado los preceptos religiosos y los buenos ejemplos que me enseñaron mis padres que esten en gloria, y me he hecho cargo de que he de vivir para trabajar, que este es mi destino, y que si bien otros muchos tienen una vida más desahogada y más cómoda, no les faltarán tal vez mayores disgustos y otros géneros de sinsabores de los que á mi me afligen; pues al fin y al cabo veo que trabajando no me falta y aun puedo ahorrar algo; y no eres tu de otra carne y hueso para que no puedas hacer otro tanto.

—Si Antonio: vuestro amigo Juan ha hablado

como un sábio, podeis con vuestra voluntad y poco esfuerzo contaros cuando querais, entre los obreros cuya vida deciais ahora mismo que os admiraba.

Escoged compañeros juiciosos, hombres de conducta arreglada, obreros que aunque no sean de vuestro oficio, sean aplicados y constantes en su tarea, fijad vuestra atencion en su modo de proceder, en su género de vida y en sus costumbres, y vereis, que sin sacrificio ni esfuerzo adaptareis vuestra conducta á la suya; observareis que sin fatiga os parecerán cosas llanas lo que ahora se os presenta rodeado de grandes dificultades, y sin sentirlo ni conocerlo, os puedo asegurar que encontrareis un cambio completo como hagais buena eleccion. Despues, podreis sin pena alguna ir ganando terreno en esta materia, y á buen seguro vuestro mayor pesar será el haber tardado tanto tiempo en conocer vuestro error. . . . El buen Juan sin duda secundará vuestro propósito y tal vez vuestro proceder, anime á otros á imitaros. Animo amigo, que para obrar bien nunca es tarde, aunque para continuar por hoy nuestra plática nos avise el relój del pueblo que es hora ya de retirarnos.

Y asi diciendo, en franca y expansiva conversacion nos dirigimos á nuestras casas.

IV.

Buen rato antes que me dispusiera para acudir á nuestra cita ordinaria ya estaba Juan en mi casa.

Dijome, que en la noche anterior le habia abrumado Antonio con preguntas y habia sostenido con él una larga conversacion, lamentándose de la falsedad de los argumentos y opiniones que habia escuchado con gran constancia de boca de sus compañeros, esperando en vano la época de su independencia y del progreso de la clase obrera; confesóle que las ideas que habia oido en los dos dias anteriores, habianle producido cierto choque con las que ocupaban su cabeza; reconoció que exijian cierta sumision y cierto esfuerzo de voluntad que estaba en pugna con los compromisos que tenia contraidos y con su amor propio; pero sentia una inquietud, una agitacion y un malestar, que no encontraba en el carpintero y que debia atribuir á la diversidad de opiniones; hubo momentos, me dijo el carpintero, que enfurecido se golpeaba la frente maldiciendo su docilidad y su constancia en empresa que consideraba ilusoria; apostrofaba á los maestros y oradores de club que le habian hecho perder tiempo y dinero, mediante promesas que veia irrealizables, y aunque reconocia hasta

cierto punto su error, parecia en cierto modo dominado por él mismo; y súbitamente se presentaba franco reconociendo este mismo engaño, y la bondad de las ideas contrarias; por fin Juan, llevado de su amistad acompañóle á su albergue, esperando con ansia el dia siguiente, para ver el resultado de aquella lucha.

Confieso que me conmovieron las esplicaciones del carpintero, así es que adelantamos nuestra marcha hacia el punto convenido.

Al llegar debajo de la encina encontramos ya á Antonio sentado bajo su sombra caviloso y reflexivo y sin esperar á que tomáramos asiento, repitióme lo que me habia ya referido el carpintero.

—¿Sabe V. amigo, añadió Antonio, que si esos hombres que nos aconsejan las huelgas y nos pintan la rivalidad de nuestros intereses con los de los amos, saben y comprenden que con los medios que nos proponen no hemos de conseguir el cambiar nuestro estado y nuestra posicion, son unos malvados?

—No diré yo que no sean tales, pero la mayor parte son especuladores que hacen su negocio con la docilidad de los obreros, y como cuesta poco el disfrazar la verdad á quien no tiene gran instruccion para comprender la farsa, no extraño que hagan prosélitos y aumenten el número de los incautos.

—Comprendo, replicó Antonio, acentuando sus palabras que puedo haber sido engañado, comprendo

que con los medios que V. nos espuso ayer tarde se vive mas tranquilo y apartado mucho más del bullio y las discusiones, pero yo no alcanzo á ver que con la sobriedad y aplicacion á mi trabajo, pueda conseguir la formacion de mi suspirado capitalito, que es mi sueño dorado.

—¡Oh! ¡oh! le contesté; si esta es vuestra única dificultad para convenir en mis ideas, dadme la mano y contestad categóricamente á lo que os pregunte; ya os he ganado la partida, ó mejor la habeis ganado vos, porque vos solo reportareis las ventajas de haber reconocido de buena fé que os persuadian mis palabras.

—¿Reconoceis, añadió, que hay muchos obreros que entre su jornal, ó el suyo y el de su mujer y alguno de sus hijos, reúnen cada semana una cantidad respetable, atendida su posicion, y que no obstante de ser todos gente laboriosa, casi todos los meses pueden á duras penas pagar el alquiler de casa; que muchos sábados por la mañana, estan como se dice—cero en caja y cero en casa?

—Es verdad, dijeron á coro los dos obreros.

—¿No es cierto que muchos jóvenes obreros visten ricas chaquetas de paño, magníficos chalecos de terciopelo, usan reloj de plata, calzan botitos de charol que no los lleva mejores el hijo de un marqués, que muchos días van á tomar su café ó su copita de aguardiente, que todos los domingos y días festivos

han de ir al teatro y que á pesar de su constancia en en el trabajo, del buen semanal que cobran, el día de una enfermedad han de ser acogidos en el hospital y si les cae la suerte de soldado, han de cargar la mochila y sujetarse al rigor de la ordenanza?

—También es cierto; contestó Antonio por señas, que á no ser por mi padrino que me inscribió en una sociedad que se formó en el barrio, para los que nos tocára aquella ganga, á estas horas estaria dando guardia en un cuartel.

—¿Habeis observado que hay muchas familias obreras que sin haber sufrido interrupcion en su trabajo, sin haber mermado la enfermedad sus salarios, ni sentido ninguna de estas desgracias que todo lo consumen, no pueden salir de la miseria?

—Preciso es confesarlo, contestaron ambos obreros.

—Pues si es así, por desgracia algo ha de haber que influya de un modo poderoso en este estado y este algo, es la falta de prevision y economía. Es evidente que las exigencias del lujo y la extension que este ha tomado, borrando en el exterior la division que antes se observaba en las clases sociales, vistiendo cada uno segun su rango y su esfera, ha sacrificado á infinito número de familias, y ha puesto á la clase obrera en sus hábitos exteriores á un grado superior á sus recursos y dificultando á todas las clases la formacion de ahorros, priva en absoluto de

ellos al honrado trabajador, que no sabe resistir la corriente. En esta parte amigos míos, todos somos culpables; porque todos hemos secundado esta tendencia de presentarse á la sociedad en una escala mayor que la que realmente ocupamos; pero lo que para las clases medias será un mayor sacrificio, para las clases obreras es una verdadera ruina; y lo que digo del lujo en el vestir, debe decirse de este afán tan general de gozar de toda clase de diversiones y pagarse todo el mundo del oropel.

Es necesario pues, amigos, hacerse superior á esas exigencias exteriores que redundan en gran perjuicio de la prosperidad del individuo y de la familia. Que gasten enhorabuena los poderosos y los que tienen su gaveta colmada de oro, que los que vivimos del trabajo intelectual ó manual, solo podremos mejorar nuestra situacion á fuerza de economía y de prevision, y á vosotros que vivis del trabajo y que privados de él por varias contingencias, estais espuestos á todo género de desgracias y de privaciones, os es mas necesario que á nadie la formacion de un capital, que no puede adquirirse sino con el curso inseparable de la sobriedad, la aplicacion y el ahorro. Es preciso que no olvideis la máxima del célebre Norte-americano Franklin, que de simple obrero, llegó á ser uno de los hombres mas importantes de los Estados-Unidos, que decia—«si alguno os dice que podeis enriqueceros por otros medios que el

trabajo y la economía, no le escuchéis, que es un malvado y un embaucador.»—

—Pues segun V. dice, espuso el hilador ¿hemos de renunciar, para formar nuestro capitalito á presentarnos con decencia?

—Disparatais, amigo, le contesté: entre la decencia y el lujo, hay la misma diferencia, ó mejor dicho tanta distancia como entre la economía y la avaricia, porque, muchos confunden estas dos cosas: el hombre económico, es previsor, es cáuto y prudente en sus gastos y llega él mismo á disfrutar de los resultados que su conducta le proporciona; el avaro es egoista, todo lo sacrifica al afán de acumular, se priva de lo más esencial á la vida y nunca llega para él la ocasion de poder gozar del dinero que ha reunido, porque aun en el lecho de la agonía no le abandona el temor de morir pobre, y al dejar el mundo le acosa la duda de si ha ahorrado lo bastante.

La decencia dista tambien del lujo, pues yo aquí entiendo por tal, el gastar en placeres, en diversiones, y aun en el vestir, recursos que hacen luego falta para las necesidades domésticas; y muchas veces, cantidades que deberian servir para la familia y aun para la alimentacion, se destinan para gastos superfluos y para cosas que desaparecen como una bocanada de humo. La economía no se opone á la decencia sino que consiste en distribuir las cantidades que nos produce el trabajo de una manera tal,

que sin dejar de satisfacer las verdaderas necesidades propias y de la familia, nos permiten ir separando poco á poco una parte de aquellas cantidades, formando así el ahorro que es la semilla del capital. La dificultad del caso consiste, en formarse este hábito é imponerse estas pequeñas privaciones que al cabo del año representan una suma no despreciable y que agregada sucesivamente, llega á producir una cantidad suficiente para asegurarnos la subsistencia en una época de calamidad ó de infortunio.

—¿Y cree V. posible que con pequeñas cantidades ahorradas puede un obrero llegar á formarse un pequeño capital y aun puede ahorrar algo?

—Vaya si es posible; y ahora mismo me lo vais á demostrar vos mismo. Soltero sois: ¿cuánto ganais de jornal?

—Doce reales, contestó el hilador.

—Supongo que para vuestra alimentacion completa, vestir, calzar y pagar el cuarto gastais ocho reales, os quedan cuatro de los cuales, si quereis, destinaremos medio real diario para fumar y os sobran aun tres reales y medio que al fin del año, habeis gastado sin saber como ó tal vez en cosas que os han producido desengaños, disgustos y camorras, y os encontrais que la salida, ha sido igual á la entrada. Bueno: supongamos que desde hoy, de los tres reales y medio que sobran del jornal retirais y meteis cada noche la mitad en una alcancia ó hucha;

contais ahora 25 años; y siguiendo constantemente esta costumbre, al cumplir los 50 habeis reunido 15.687 reales, aun suponiendo que este ahorro no lo hayais depositado mensualmente en una caja de ahorros en la cual beneficiarais los intereses acumulados durante estos años; y al llegar á esta edad ¿No os considerarais casi rico en vuestra clase con 15.687 reales debidos tan solo á este pequeño esfuerzo diario, que á los pocos meses ni aun esfuerzo seria?

—Pues vaya si me consideraria rico y afortunado, dijo Antonio el hilador.

—Ya veis, amigo mio, que ni es imposible ni ménos difícil el realizar esto, que hace poco os parecia un sueño, y si tan violento ha de ser para vos el ahorro diario de un real y medio os concedo que retireis constantemente seis cuartos diarios, que al fin gastarais en un par de tagarninas de estanco, y á los 25 años de este ahorro continuo tendriais 6.676 reales que me parece no es suma despreciable para un obrero. Ahí tenemos á Juan, quien si quiere librar á su hijo del servicio de las armas bástale que el que es carpintero se haga un cepillo y vaya echando cada vez que salga el sol un realito, y el dia en que su hijo saque su bola, se encontrará con 7.500 reales justitos con los cuales le dará su licencia absoluta y aun le quedará un sobrante.

—¡Hombre! exclamó el carpintero; pues no se me habia ocurrido á mi esto: y por señas, que mi mujer

va á tener no poca alegría cuando al volver á casa le diga, que sin trabajo alguno, sin pedir prestado, sin quitarse el pan de la boca y con la ayuda de Dios no deberá nuestro hijo ir á las armas, y le redimiremos de este servicio. Yo le aseguro á V. que mas de cien veces hemos de bendecirle por esta leccion que no caerá en saco roto.

—Ni para mi tampoco, interrumpió el hilador, porque dicen que los números no mienten, y aunque no se si á los 50 años me habré librado de la cruz matrimonial, esto de pensar que bien vestido, bien alimentado y sin faltarme nada, con poco poquito de juicio, cuando yo ya sea maduro, habré reunido ¿cuánto decia V. amigo?

—6.676 reales con un ahorro diario de seis cuartos; y 13.687 cabalitos, ahorrando real y medio, que ya veis que bien vale la pena.

—6.676 y 13.687; repitió el hilador, me parece que esos números no se borrarán ya de mi cabeza.

—¿Pues que resolveis ya comprar la alcancia ó la hucha? pregunté á Antonio.

—Torpe sería si no lo hiciera, contestó el hilador; y lo que siento es haber ignorado hasta hoy este modo de hacer el capital y explotar este medio, con el cual sin deber ningun favor á nadie podré mejorar más ó ménos tarde mi posicion.

—Debeis saber además, añadí que así como el dinero hace dinero, la economía ó el ahorro, tienen la

propiedad especial de modificar el carácter y las costumbres de los que contraen aquel hábito. Ante todo, con el trabajo se gana el dinero y con la economía se conserva, se guarda y se puede aumentar, y así como el hombre reporta más ventajas de ser hombre de bien que de ser un malvado ó un petardista, con la economía se adquieren cualidades que apetece y desea todo hombre honrado.

El ahorro es la base de la independenciam y la dignidad del obrero económico, pues no solo se vé libre de la pesadilla de las deudas, sino que pudiendo comprarlo todo al contado, puede obtener los objetos más baratos que adquiriéndolos al fiado, particularmente en lo que se refiere á instrumentos del trabajo ó las primeras materias para su industria ú oficio: al paso que el hombre que no ahorra, ó se vé con frecuencia en la precision de contraer deudas y apremiado por sus acreedores que mortifican su dignidad y amor propio ó tiene que pedir adelantos á cuenta de su trabajo, lo cual coloca al obrero en una dependencia completa del amo y en una posicion de que es fácil abusar

—¡Que lástima del tiempo perdido y haber ignorado hasta hoy estas que veo verdades como el puñol esclamó el hilador.

—Pues aguardáos, amigo, que aun no las sabeis todas. La economía es una virtud; y como todas las virtudes son hermanas, vereis que el obrero economi-

co, es caritativo, al paso que el disipador, es naturalmente insensible á los sufrimientos de sus semejantes.

El obrero económico, por la situación en que se coloca, por su género de vida, y por las personas de que se rodea, se vuelve antipático al juego, á la borrachera, al libertinaje, y considera la ociosidad, como su muerte; y una cosa muy notable os he de hacer observar, cual es, que por regla general los que ganan más jornal son casi siempre los menos económicos; porque fiados en lo más que ganan, no limitan sus gastos, satisfacen sus caprichos y creen que nunca ha de llegar para ellos el día de la pobreza; pero los obreros cuyo jornal es más fatigoso, más duro ó más escaso, son los más retenidos y los que en proporción ahorran más. He examinado los estados que se publican anualmente de algunas cajas de ahorros y he observado de un modo constante, lo que os acabo de decir: que los jornaleros de las industrias más pesadas ó en las que el trabajo es más duro, son los que imponen mayores cantidades y en mayor número.

—¿Y cómo se explica V. una cosa tan singular? preguntó el carpintero.

—Creo á mi vez, que esto es debido á que los obreros de estas industrias, sienten más lo que les cuesta ganar su jornal, y ven con cuanta facilidad el dinero se gasta y con cuanta fatiga se adquiere; y por

lo tanto por egoísmo son naturalmente económicos y previsores.

Generalmente las consecuencias de la falta de economía se sienten cuando ha pasado la mejor época de la vida para ahorrar, la juventud por naturaleza es impresionable, no es previsora, y cuando llega la edad madura, es cuando se ven y se tocan los resultados de la disipación, de la falta de ahorro y se suman las cantidades que se han gastado sin resultado alguno y se siente el desconsuelo de no poderlo remediar ni recuperar el tiempo y el dinero perdidos.

No creais empero amigo Antonio, por lo que os he dicho, que solo pueda ahorrar el obrero soltero, porque el estado del matrimonio siente más que ningún otro, las consecuencias de que la familia no sea económica, y de que el padre ó la madre no procuren ahorrar y prevenirse, para la ancianidad, la desgracia y la falta de trabajo ó de salud. La economía no solo es conveniente y útil, sino necesaria á todos los estados de la vida, y en el matrimonio la falta de ahorro, es muchas veces el origen de las disensiones, de los disgustos, que acaban muchas veces con el divorcio, porque sabido es el adagio: que en la casa en que no hay harina todo es mohina.

Si los esposos son laboriosos, si la mujer es económica, y el marido con su laboriosidad y conducta, secunda la administración del caudal doméstico confiado á su compañera, si se educa á los hijos en los

preceptos de la sana moral, se les inclina al trabajo y si se les persuade de las ventajas que en si trae la aplicacion, la honradez y la economía, podeis estar seguros que esta familia podrá sufrir los contratiempos de la enfermedad, la falta de trabajo y otras que pesan sobre la vida, pero ni el amor mutuo se disminuirá, ni se extinguirá el consuelo, y rarísima vez esta familia se verá en la miseria, porque para los buenos nunca falta proteccion, ni están agotados los socorros que el cielo envia por mano de los hombres compasivos.

—Gracias, caballero, mil gracias por tan buenos consejos, exclamó el carpintero y se las doy á Dios por la dichosa coincidencia de nuestro viaje que tan agradables ratos nos ha proporcionado.

—No, le contesté: á mi no debeis agradecerme nada, sino que la gratitud en todo caso la debemos todos á esas virtudes que Dios ha puesto en el mundo, para recompensar los malos ratos que en él pasamos, y con las cuales no solo sentimos el bien sino que podemos proporcionarlo á los demas. Y volviendo á lo que os decia, acabaremos estas pláticas, dándoos un consejo: formad cada dia una lista de vuestros gastos, separad cada dia lo que podais para vuestros ahorros, repasad cada mes aquellas listas, fijáos en qué habeis invertido vuestros jornales, qué gastos hubierais podido suprimir, ahorrad un cuarto cuando vuestras necesidades y atenciones no permitan más, y una

peseta cuando podais ahorrarla pero sin caer en la avaricia; formad en vuestro carácter el hábito del ahorro y podeis estar seguros, que teneis en vuestras manos el elemento más poderoso de vuestra independencia, de vuestra dignidad y vuestro tan suspirado progreso, que lo alcanzareis sin servir de instrumento á ambiciones y cálculos de hombres que os engañan y explotan.

Apenas hube pronunciado estas palabras, el hildador me cogió la mano entre las suyas y con un acento de bondad, de dulzura y á un tiempo de dignidad que no podré olvidar, me dijo:

—Señor mio, soy pobre jornalero que no podré nunca recompensar el servicio que me ha hecho V. aun más que servicio, es un nuevo modo de vivir el que debo á V. y no me cansaré en repetir aquí y en donde venga al caso, que me he rendido á V. con armas y bagajes, porque confieso que ni nadie me habia hablado un lenguaje tan franco y leal, nadie me habia explicado lo que he oido de V. estas tardes, y yo faltaria á mi conciencia si llenara en este pueblo el cometido para que he sido enviado. Sepa V. que mis compañeros, me habian comisionado venir á esta poblacion para preparar una huelga en el ramo de hilados y de tejidos, y una vez organizada debia volver á dar cuenta de mis trabajos, para lo cual se me pagaria el jornal los dias que ello me ocupase. Despues de lo que he oido, y de lo que me

ha pasado en estas últimas tardes, yo no debo engañar á los obreros de este pueblo inclinándoles en un camino que puede darles disgustos y pérdidas, y no debo tampoco percibir un jornal que no he ganado, ni cobrar un dinero que me quemaría las manos al tocarlo. . . . ¡infames, vaya un modo de engañar á los pobres operarios!

—No te apures por esto dijo el carpintero, con las lágrimas en los ojos, aunque no son grandes mis haberes, mi bolsillo te sufragará este jornal que no has perdido, ya que de tanto provecho ha de serte en lo sucesivo.

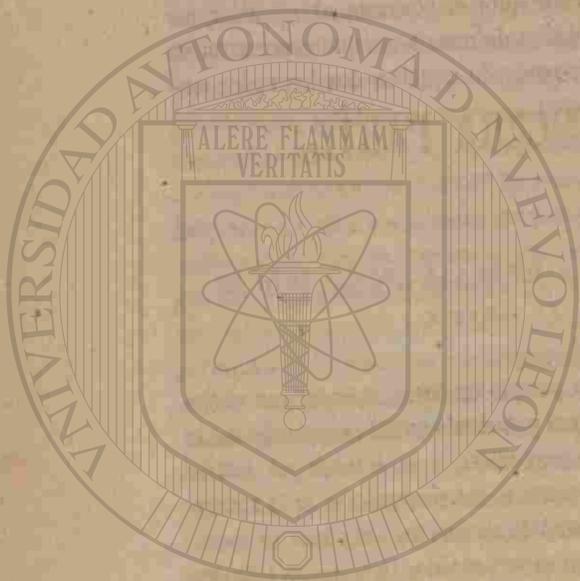
Los dos amigos, Juan y Antonio, empezaron á escusar el uno y á empeñarse el otro en que mi converso no perdiera el jornal de aquellos días y la verdadera amistad se puso allí de relieve: el afecto de uno y la gratitud del otro.

—Vamos, amigos míos, que yo me encargo de partir esta diferencia, pero deseo que Antonio no oponga reparo alguno á lo que voy á decir. . . . Juan y yo, os pagaremos por mitad estos salarios. . .

—Me avengo á ello, interrumpió el carpintero con tal que Antonio me permita que le regale una cajita de nogal en forma de cepillo para que pueda depositar allí sus ahorros.

Trabajo nos costó el que aceptára el hilador nuestras monedas: despedímonos de aquel sitio y debiendo quedarme algunos días en el pueblo, Juan y

Antonio al día siguiente vinieron á despedirse pues volvían á la ciudad, y confieso que me separé de ellos con pesar; aun me late el corazón, al recordar los afectuosos apretones de manos con que espresaron su simpatía y buen recuerdo aquellos dos honrados jornaleros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE.

CONFERENCIAS SOBRE LAS ASOCIACIONES DE OBREROS.

Apenas había pasado un mes, cuando una noche se presentaron Juan y Antonio en mi casa donde hacia dos días había yo regresado, y el hilador me refirió que había dado cuenta á sus compañeros de la manera como había cumplido su misión; algunos le apostrofaron y censuraron su proceder llamándole traidor, pero seis ú ocho de los menos alborotados, cuando salía de la reunion se acercaron á Antonio, le hicieron mil preguntas sobre el viaje, sobre lo ocurrido á lo sombra de la encina y el cambio de opiniones que se había efectuado en el hilador, y le rogaron que con alguna extension les explicára su modo de ver las cosas: así lo hizo el buen Antonio y al fin de sus explicaciones me dijo.

—Por fin, mi visita tiene un objeto determinado.

Mi compañeros, que como he dicho á V. forman parte de asociaciones de obreros, desearian que V. les esplicase si marchan bien y qué resultado pueden darles las bases con que estan establecidas, y me han encargado rogára á V. que oyera las esplicaciones que pueden darle, y si por ellas juzga V. que tiene algunos inconvenientes se los espusiera francamente pues parece desean imitar mi ejemplo ó mejor el de Juan que dió al traste con las sociedades de obreros.

Por mas que me escusé, los dos obreros insistieron con tanto empeño que no pude denegarme á examinar las bases de aquella asociacion y á reunir durante algunas noches en mi casa á Juan, Antonio y seis compañeros de este.

Para lo que pudieran aprovechar tal vez estas conferencias, resolví ir las escribiendo cada dia luego despues de terminadas, suprimiendo algunas interrupciones que para preguntas ó mayor esplicacion hacian mis tertulianos, á quienes debo un testimonio de gratitud por su deseo de ilustrarse, por su docilidad y por la franqueza que demostraron al resolverse á borrar su nombre de la asociacion de que habian formado parte hasta entonces.

CONFERENCIA PRIMERA.

Mucho se habla y se os ha hablado de la asociacion; no podeis negarlo amigos, pero es preciso reconocer que todos los esfuerzos y todos los trabajos para asociaros los unos á los otros, no ha sido con buenos propósitos, con el fin de aliviar vuestra posicion, de favorecer vuestros intereses morales y materiales: se han formado asociaciones de obreros con objeto de tener tres, cuatro, diez, veinte mil obreros en la mano, dispuestos y organizados para obedecer á una consigna: pocas, muy pocas asociaciones hay entre vosotros destinadas al fin que mas os interesa, y si alguna duda de ello tuviera, vuestra peticion me hubiera persuadido de ello: vosotros mismos que os conoceis mutuamente y sabeis el porqué de vuestro afan por asociaros, puesta la mano sobre el pecho, confesareis que gran número de las asociaciones que hoy existen obedecen á un plan general, cual es, oponerse á la marcha actual de las cosas y de la sociedad, destruir el capital, declarar la guerra al industrial y á la propiedad bajo la bandera *«los de arriba bajando y los de abajo subiendo; vivir trabajando ó morir combatiendo.»* quiérese hacer una sociedad nueva, un mundo nuevo; esto lo sabeis muy

bien, porque este es el único objeto de la mayoría de las sociedades de obreros que hoy existen.

Ya que deseáis saber cómo deben organizarse vuestras asociaciones, ya que quereis conocer las ventajas de la asociación bien dirigida, y los inconvenientes de las que hoy son tan generales, os espondré con franqueza sin igual lo que pienso en este punto, y os ruego que no rehuséis el testimonio de estos que se dicen vuestros amigos y protectores, que me permitais para presentaros las cosas tales como son, tales como se quiere que sean, y tales como deben ser, que deje hablar estos libros y papeles que se os entregan á manos llenas, pues sabiendo que habeis venido aquí con buena fé, de buena voluntad, con el deseo de saber cual es el mejor camino para vuestro progreso, he de hablar el lenguaje de la mas sincera amistad.

Ante todo veamos como se entiende el principio de asociación y como se aplica.

Háse dicho: los hombres del dinero se asocian para levantar grandes edificios, para construir caminos de hierro, para abrir canales, para fundar bancos y establecimientos de créditos, y todo esto con el objeto de explotar sus capitales aumentándolos y fomentar la riqueza pública; unámos pues á los obreros para que se apoyen mutuamente, para que sus intereses se vean protegidos, y los soldados del trabajo esten dispuestos á luchar con los peligros que les

rodean: y de ahí ha nacido el pensamiento de estas grandes asociaciones obreras.

Háse dicho: el objeto á que se ha de atender en la clase jornalera, no es precisa y únicamente el de colocar á los obreros en una situación tal que puedan prescindir de los recursos y del amparo de las demas clases, sino el hacerles trabajar y vivir de modo que puedan auxiliarse mutuamente uniéndolos con los lazos de una verdadera fraternidad, uniendo sus intereses con los del industrial, del amo, del productor, y los de las demas clases de la sociedad, de modo que pueda evitarse todo sistema de discordia ó desavenencia: y solo con la asociación puede conseguirse esto, que es noble, que es humanitario, que es generoso: esto han dicho los hombres que no gritan ni alborotan, los hombres del orden y la paz, los que no desean para el obrero sino su verdadera prosperidad, y para hacerlo así han establecido el patronato industrial, las cajas de ahorros, las sociedades de socorros mútuos, las de prevision, las pensiones para la vejez, las sociedades cooperativas de consumos etc.

Al lado de estos hombres sesudos, reflexivos, hánse levantado otros de carácter fogoso, y con voz de trueno, con el puño cerrado, los cabellos erizados, los ojos brillantes han dicho á la clase obrera: Esclavos del trabajo, mártires de la tiranía del capital, si quereis sacudir esta cadena que hace siglos áta vuestras manos y vuestros pies, si quereis ilustrar vuestra

inteligencia, si quereis dominar á los que hasta ahora os oprimen, si quereis trabajar ménos y ganar más, si quereis huir de la miseria que siempre está á vuestro lado, asociaos, unios todos, y unidos sereis fuertes, y fuertes sereis invencibles, porque á esta clase media que os emplea y os hace trabajar, le cortaremos millares de millares de cabezas y á esta clase rica y aristocrática que os explota y os mira con desprecio le arrebataremos sus propiedades y las haremos comunes, y el señor será barrendero, y el fundidor usará sombrero de copa y bota de charol y estas máquinas que ahorran brazos al trabajo, las aplastaremos con nuestros mazos y borraremos esta maldita gradacion de clases que hoy os averguenza. La aplicacion de estos gritos de esterminio los vemos en los sucesos de Valls, en las talas de montes de varios puntos de España, en los desórdenes de Béjar, en los incendios de Valladolid etc. La predicacion es constante; en algunos periódicos, entre ellos la Federacion y las actas del Congreso obrero de la Region Española justifican los aplausos prodigados á esta doctrina.

Ahi teneis los dos puntos de vista bajo el cual se os ha planteado el principio de la asociacion. Las asociaciones con fines benéficos, con resultados positivos, con esperiencia favorable, con verdadero progreso; y las asociaciones con propósitos ó carácter subversivos, con resultados negativos, con práctica desacreditada, con verdadera barbarie.

¿Cuál os conviene mas? No seré yo quien lo diga, vosotros amigos míos, lo resolvereis, con vuestro buen juicio y proverbial honradez.

El porvenir del obrero, su deseado progreso, su independencia, están basados en la sobriedad, la aplicacion al trabajo, el ahorro y la moralidad; condiciones necesarias absolutamente, pero que la una llama á la otra: yo supongo que todos vosotros comprendiendo las ventajas del ahorro, vais separando cada dia ó cada semana segun vuestras necesidades y obligaciones una pequeña cantidad que aumentando sucesivamente os ponga al abrigo de la enfermedad, la crisis ó falta de trabajo, y la vejez. Suponiéndoos hombres previsores y de orden, creo á mi entender que la mejor forma de asociacion, es aquella que tenga por objeto reunir un número mayor ó menor de obreros, aportar cada uno una cantidad fija mensual ó semanal que forma parte de vuestro ahorro, para que acumuladas estas cantidades, permitan crear un fondo con el cual se os asegure una pension para el caso de enfermedad, imposibilidad por desgracias causadas por las máquinas, ó bien para crearos una pension para la ancianidad, ó suministraros entre los socios los artículos de primera necesidad. Así se forman las sociedades de socorros mútuos, las cajas de prevision y de retiro, las asociaciones cooperativas de consumo, las cajas de ahorro etc., etc., y cien instituciones que en el extranjero, han salvado de la miseria á millares

de obreros. Entre nosotros estas sociedades han nacido apenas, y se las ha dado luego un fin torcido, destinando sus fondos 'al sosten de huelgas violentas y tumultuosas y por lo mismo que se ha cambiado su destino y su fin, deseo que conozcais aunque sea solo indicándolo, los resultados que el principio de asociación bien dirigido ha dado apenas se ha puesto en planta, resultados que han ido siempre en aumento, y podeis estar seguros que las cifras que vais á oír han tomado últimamente mayor proporción.

Respecto á cajas de ahorros: En Inglaterra en 1858 habia 597 cajas de esta clase con 1.383.203 imponentes que representaban la suma de 980.000.000 de francos. En Francia en 1857 existian 570 cajas con 956.118 imponentes y un fondo de 271.559.155 francos. En Austria en 1853 las cantidades depositadas ascendian á 90.000.000 de francos. En Sajonia en 1852 era de 26.000.000 de francos correspondientes á 127.000 imponentes. En Suiza en 1853 habia 167 cajas de ahorro con 181.000 imponentes y 27.000.000 de francos de fondo. En los Estados-Unidos la ciudad de Nueva-York tan solo, tenia en 1857, 16 cajas de ahorros con 160.027 imponentes y un fondo de 180.000.000 de francos.

Las sociedades de socorros mútuos segun el acta inglesa de 15 de Agosto de 1850 permiten las operaciones siguientes: 1.º Seguro de una cantidad pagadera á la muerte del scio, á la viuda hijos ó

herederos del mismo y el pago de los funerales. 2.º Creacion de recursos, rentas ó dotes en favor de los scios ó sus familias para la infancia, vejez, enfermedades, desgracias etc. 3.º El seguro de los muebles, viveres etc. 4.º Aplicacion de los ahorros para procurar á los scios la mayor economa en la compra de viveres, combustible, vestidos etc. los útiles y primeras materias para el ejercicio de sus industrias y para atender á la educacion de los hijos. En Inglaterra existian en 1853, 10.740 asociaciones de esta clase con un fondo de 3.600.000 libras esterlinas y 1.900.000 scios. En Francia el 31 de Diciembre de 1858 habia 3.860 sociedades, representando la suma de 20.755.450 francos y 506.980 scios. En Bélgica en 1850 se contaban 211 sociedades con 24.367 individuos.

Ya veis pues, por estas cifras que cantidad tan respetable representan los ahorros y cuantas aplicaciones pueden darse á los mismos. Organizar las sociedades de obreros con estos fines laudables, provechosos, de resultado positivo cuesta muy poco, hasta buena fé por parte de los scios y el deseo de mejorar la propia suerte con el trabajo, la moralidad y el ahorro: todo lo que no sea esto, es arrebataros vuestros fondos, pervertir vuestro buen sentido, y conducirnos por un camino que no dá sino al desengao, la desgracia y vuestra completa ruina.

He examinado, amigos mos, estos estatutos ó

bases de vuestra asociacion que me habeis entregado, y juzgo que con algun exámen de los mismos y de sus resultados vais á comprender el partido que debéis tomar. Esta asociacion, es un ejemplar del modelo acordado y aprobado en el congreso obrero Español, cuyas actas tengo en la mano, y como estas mismas actas sean el mejor medio para llegar al fin propuesto, esta noche y las sucesivas nos ocuparemos de ellas. Pero por hoy, me bastará que sepais qué ideas dominan y qué moralidad profesan estos doctores que os han dado estos estatutos, que vosotros habeis aceptado como moneda corriente pero que sin saberlo se os han impuesto, como se imponen á cuantos obreros quieren asociarse: ya presumo que la mayor parte ignoran las consecuencias de estas bases, pero otros comprenden ya lo que se hacen al procurar aumentar el número de los socios.

El congreso obrero Español se reunió por primera vez en Barcelona el 19 de Junio de 1870 y formóse de 89 delegados ó representantes de 150 sociedades de obreros; allí estaban los encargados de varias asociaciones é industrias de ciudades populosas como Valencia, Sevilla, Cádiz, Cartagena, Madrid, Valladolid y Barcelona, y pueblos como Taya, Vilasar, y las Cabañas. Allí no se puso limite alguno á la indicacion de los medios que debian adoptarse, y se consignó con grandes aplausos que la *revolucion social* es el único medio por el que llegarán las cla-

ses trabajadoras á su necesaria y justa *emancipacion social* y que la República-democrática-federal es la forma de gobierno que mas conviene á los intereses de las clases trabajadoras.

Allí se habló mucho de derechos y muy poco de deberes, y tened entendido, amigos míos, que á todas las clases de la sociedad cualesquiera que sean, dadas las condiciones propias de todo hombre, al rico, al opulento, al sábio, al trabajador, al ignorante, al simple obrero, hay que hablarle mas de los deberes que de los derechos, porque estos generalmente se tienen tan presentes como olvidados aquellos, y como tengo leidas varias veces las actas de dicho congreso, puedo aseguraros que allí se habla mucho de derechos, y muy poco de los deberes, por mas que se sentara en grandes letras de molde *no mas derechos sin deberes, no mas deberes sin derechos*. Recuerdo que en mi primera edad, me decia y repetia á menudo una persona muy ilustrada, muy respetada de todo el mundo por sus virtudes y patriotismo y por su modestia en no querer figurar para nada—«Hijo mio, eres casi un niño aun; vas á entrar en el mundo y yo que voy á dejarlo pronto, puedo entregarte como fruto de mi experiencia esta observacion; desconfia siempre, entiéndelo bien, desconfia siempre de los hombres que solo sepan decirte tienes derecho á esto, al otro, ó á lo demás allá, porque en el fondo de todo esto están las pasiones,

«está el orgullo, la vanidad, el deseo de sobreponer
«lo que nos agrada sobre toda razon de los demás, y
«sobre todos los motivos que obligan á dejar este
«deseo; estos que te hablarán de derechos, como te
«halagarán, harán suya tu voluntad, pero estos hom-
«bres son tus enemigos mas capitales, y te sacrifica-
«rán sin vacilar si con ello pueden conseguir su obje-
«to. Oye y atiende, aunque te mortifique muchas
«veces, á los hombres que te hablen de tus deberes,
«porque estos siempre los olvidamos, y porque estos
«hombres sin que tu lo comprendas serán tus mejo-
«res amigos. Estas canas que cubren mi cabeza, me
«han enseñado esta verdad que comprenderás aun
«más, cuanto más la medites, y que te la presento
«con el visto bueno de la esperiencia y los desen-
«gaños.»

Pues bien, amigos míos, aunque vuestra ilustra-
cion, no es muy vasta, parád vuestra atencion en las
ideas que han dominado en este congreso obrero, y
vereis que allí se ha predicado y recomendado el
derecho de no trabajar; el derecho de vivir con lo
que resulta de la estincion de todo capital, sea en
inteligencia, en bienes, en renta ó en dinero; allí
se ha aplaudido el derecho de abolir las artes y las
ciencias todas; el derecho de atacar toda idea de
Dios, de familia, de religion, de patria; allí no se
ha hablado sino de un deber.... el deber de acatar
y obedecer sin limitacion alguna las resoluciones de

la asociacion Internacional de trabajadores, y una
de ellas son estos Estatutos que me habeis presenta-
do, porque tambien en estas actas, están estos
vuestros estatutos.

Para que comprendais qué hombres han hablado
allí de los derechos del obrero, qué hombres os han
dictado la ley para formar vuestra sociedad, y qué
moral, qué bondad, qué ideas dominan en su cora-
zon, oid lo que se ha escrito en un documento adop-
tado y ensalzado por dicho congreso.

«—Considerando que la propiedad es *insocial*, no
«solo por la posesion, sino mas aun por lo que
«afecta á la produccion, pues dueña absoluta de las
«máquinas y de los instrumentos del trabajo, no
«rinda mas que productos imperfectos, fraudulentos,
«y detestables, y por lo mismo no sirve al consumi-
«dor sino que lo roba, destruyendo el derecho al
«trabajo y fundando el derecho al robo.»

«Que por lo tanto la propiedad separa al hombre
«del hombre y por consiguiente desarrolla todos los
«crímenes de la premeditada esplotacion y del mono-
«polio mas agresivo.»

«Que de aquí resulta toda la serie de inmorali-
«dades, abusos de autoridad, concusiones y villanías
«de que los despojados somos objeto, cuyas conse-
«cuencias son las instituciones odiosas del salario, la
«moneda, el interés, los alquileres, el impuesto y la
«herencia.»

«Que por todo lo expuesto; el seguir conformándonos con un orden de cosas tan injusto es continuar legitimando por el tiempo y la tranquila posesion todas las ilegalidades y desafueros del actual sistema social:

«Por estas razones fundadas en la ciencia económica:

«Debemos declarar y declaramos, roto nuestro pacto y nuestro asentimiento á unas leyes tan criminalmente atentatorias á la razon y al derecho, y toda vez que se apoyan en la idea de Dios, y que vienen sancionadas por una moral y una religion, por este solo motivo las rechazamos una y otra, declarándolas contradictorias y falsas.»

Ya veis, amigos míos, adonde os quieren conducir estos hombres: empiezan por deciros que cuando comprais un vestido ó un pan, no comprais, sino que os dan lo que es vuestro, y además os roban el dinero que la preocupacion social os obliga á entregar, y acaban por negar á Dios, la moral y la religion. Cuanta injusticia y cuantos inconvenientes encierran estas ideas, ya lo comprendeis; arrancan la fé de vuestro corazon, esta fé que es vuestro mayor consuelo; os arrancan este amor á la patria que es vuestro orgullo; os arrancan esta dignidad que tanto estimais, y so pretexto de procurar vuestro bien os seducen con las palabras de «*Revolucion social y emancipacion*» que vosotros no comprendeis, pero con las

cuales os dominan para atar vuestra voluntad á la suya, para poner vuestros ahorros á su disposicion y alcances, y disponer de vuestras personas para ser carne de barricada ó blanco de los cañones, que aun sabrá manejar y apuntar esta sociedad que maldicen cuatro fanáticos y á la cual deben lo poco que son, y que no se quedará cruzada de brazos el día en que estos ambiciosos frenéticos levanten su pendon de guerra:

Basta por esta noche amigos míos, y suspended vuestro juicio hasta que hayais visto más locuras y oido más desatinos.

CONFERENCIA SEGUNDA.

Ya habeis visto amigos míos á que terreno se os quiere conducir, y si quereis juzgar de lo que son estos hombres que así os hablan, recordad y observar que estas ideas esparcidas hoy en idioma español, son las mismas que en Francia han ido predicando un puñado de hombres tan oscuros, como osados, de conducta dudosa, que en los días de la *Commune*, han mojado sus manos en sangre, y mintiendo sus repetidas protestas de valor, de justicia y de moralidad, han llenado sus bolsillos y maletas de oro, alhajas y billetes de Banco, han huido cobardemente á países estraños ó se han ocultado como las aves de rapiña

nocturnas, dejando á millares de hombres, niños y mujeres abandonados en frente de los cañones de sus conciudadanos, ó sepultados en cárceles y pontones reducidos á la mayor miseria; y lo que es vergonzoso para vosotros, obreros honrados, que no han faltado en nuestra España, hombres y periódicos, que presentándoos á estos asesinos y salteadores, como los defensores de vuestros derechos, os los han hecho proclamar, mártires del pueblo y de la emancipación.

No, amigos míos, jamás vuestra causa será la causa del ladrón y del asesino; y jamás vuestras manos encallecidas con el trabajo se mancharán con la sangre y el oro de vuestros hermanos; y aunque estos hombres y estos periódicos os anuncien un día y otro, que deben repetirse estas escenas de fuego, de desolación y de luto, no veais, en estas frases sino la expresión del coraje ó la rabia de estos mismos hombres, por no haber tenido participación en la rapiña; no olvideis que tan malvado es el asesino, como el que aplaude su acción y llama martirio á su castigo.

La mayor parte de las sociedades de obreros que hoy existen, todas las que, como la vuestra están organizadas según el modelo trazado por la Internacional, tienen por objeto el que los socios abandonen sus talleres, que se presenten exigentes con el aumento del salario y la disminución de las horas de

trabajo para arruinar el capital y paralizar la producción; con estas sociedades se busca esa huelga de que siempre se os habla, preparada con fin siniestro, ensayada hoy en una fábrica, mañana en otra, anunciada siempre, y siempre amenazante, para obligaros primero á una resistencia pasiva, á fin de que acosados luego por el hambre y la necesidad, os veais precisados á secundar los gritos de liquidación social, de emancipación completa del proletario, que en todos los tonos se os están repitiendo cada día.

Y sinó es esto ¿A qué este empeño tan persistente y tenaz para que vuestras sociedades obreras no vivan aisladas, sino en una estrecha federación?

El propósito no es que ciento ó doscientos obreros se asocien y destinen sus fondos á socorrerse mutuamente en los casos de enfermedad ó con objetos lícitos y de verdadero progreso; sino que estos doscientos obreros dependan de la Internacional y tengan sus ahorros y sus personas á disposición de este centro directivo, que no desea orden, paz, y trabajo, sino que busca centenares de ciegos para que el día en que se dé la consigna, sean otros tantos instrumentos del incendio, del saqueo y de la destrucción. ¿Creeis acaso que el día de la consigna, la sociedad toda se quedará cruzada de brazos y mirará impasible este día tan prometido, de la destrucción de todo lo existente? Pensar esto es un delirio, porque si bien en muchas revoluciones, la clase media y to-

dos los elementos conservadores de las naciones, han permanecido como indiferentes, cuando se dé este espantoso grito de muera la sociedad, el instinto de conservacion hará un supremo esfuerzo; y como á vosotros obreros, se os presentará como á ejército invasor, si bien cortareis cabezas, incendiareis fábricas y destruireis talleres, vuestra sangre correrá á torrentes, y vuestros cadáveres cubrirán las ciudades. ¿Y qué habreis conseguido?... Vuestros caudillos no habrán muerto de seguro en el combate, como no supieron morir en París, los Rochefort, Lulier y Rault—Rigault; habrán desaparecido por muchos años estos talleres y estas fábricas, en las cuales con el trabajo ganabais pacíficamente vuestro jornal; habreis arruinado la produccion nacional; habreis sumido en la mayor miseria á vuestra esposa y á vuestros hijos, y ni aun os quedará el recurso de pedir limosna, porque despues de aquella terrible lucha, ni habrá nadie que quiera dáosla, ni habreis borrado las huellas de sangre de vuestras manos y vuestros vestidos.

Reflexionad un momento en qué estado quedaria la sociedad despues de aquella inmensa revolucion, y vereis que es una triste verdad y no un sueño, lo que os voy diciendo. No habrá produccion porque habreis aplastado las máquinas; no habrá trabajo porque habreis destruido los edificios donde lo encontrabais; no habrá capitales porque estos alarmados,

ó se habrán ocultado ó habrán huido al extranjero. ¿Dónde acudiréis pues, cual será vuestro porvenir? La miseria y la desesperacion: maldecireis mil veces al dia á estos maestros á quienes habreis obedecido, pero vuestro arrepentimiento será tardío, nadie escuchará vuestros lamentos ni se compadecerá de vuestras lágrimas y todos los hombres honrados os diran entonces:

Teniais trabajo continuo, y quisisteis imponer la ley al productor y al capitalista.

Podiais destinar vuestros ahorros á la formacion de sociedades, para vuestro progreso moral y material, y preferisteis entregarlos á una sociedad tenebrosa de ladrones y asesinos que nos ha saqueado.

Teniais en vuestras manos elementos poderosos para alcanzar vuestro bienestar, y habeis optado por medios violentos que han sacudido á la sociedad hasta sus cimientos.

Podiais reclamar el apoyo y la proteccion de un consejo imparcial de prohombres, y habeis preferido entregaros á una comparsa de hambrientos.

Podiais hacer uso del derecho de peticion y acudir á los poderes públicos reclamando apoyo á vuestras peticiones, y habeis preferido constituviros en parte, en juez y en verdugo.

Id en busca de vuestros flamantes defensores y de estos apóstoles, á quienes habeis seguido como ovejas y que ellos os den este amparo que hoy reclamais. "

Esto y solo esto, podrán decir los hombres honrados que sobrevivan á esta lucha entre hermanos á que se os incita un día y otro, á la que se os instiga por medio de estos impresos, que con tanto afán se hacen circular entre vosotros; á esta lucha en la cual se quieren presentar tantos soldados, por medio de esta federación de sociedades obreras, que se procura tener unidas como los eslabones de una cadena. ¡Cautela! amigos míos, y mucho cuidado en poner vuestro nombre honrado y sin tacha en estas listas de hombres, que solo desean conocerse entre sí por un número, para extinguir toda idea de familia; que no se han de llamar españoles, ni franceses, ni belgas, porque entre ellos no ha de haber nacionalidad; que no se han de llamar católicos, ni protestantes, ni judíos, porque en estas sociedades no ha de haber Dios, ni Religión, ni Patria, ni Familia, ni Hogar, porque se quiere que estos grupos de hombres que hoy viven del trabajo, sean bandadas de buitres errantes y hambrientos.

Deseo que penetre hasta el fondo de vuestra inteligencia, la falsedad de estas doctrinas; anhelo que os persuadais de que estas sociedades obreras están formadas con propósitos subversivos; que estas ideas son las que han de producir vuestra ruina, y como un día y otro las oís ensalzar y aplaudir con frenesí, por esto me perdonareis que continúe ocupándome de ellas, en las noches sucesivas. Por hoy os ruego que

reflexioneis un tanto acerca de cual sería vuestro estado después de esta gran revolución social que se os quiere ofrecer, y cuales son los inconvenientes que os he apuntado y que traen consigo estas organizaciones dadas á vuestras sociedades obreras.

CONFERENCIA TERCERA.

Grandes son los esfuerzos que hacen algunos hombres para atraer á la inmensa clase obrera, al terreno del odio y de la animosidad contra las demás clases, y grande el empeño que tienen en reunir á los obreros en grupos unidos entre sí por medio de la federación de las sociedades de operarios.

¿Quereis conocer el lenguaje que al efecto se usa por estos hombres? pues escuchad lo que se dijo el 16 de Abril de 1870 en el instituto de S. Isidro de esta Corte, en una reunión de la Internacional de trabajadores.

«En mi humilde concepto atendida la gravedad del mal, y la fatal antigüedad de las llagas sociales, no son bastantes las consultas de doctores, no es bastante hacer el diagnóstico de las enfermedades y señalar los remedios adecuados: es preciso que mas bien que médicos y doctores que receten, haya cirujanos que quemen y corten.» (aplausos).

Y luego para escitaros al odio á vuestro estado,

Esto y solo esto, podrán decir los hombres honrados que sobrevivan á esta lucha entre hermanos á que se os incita un día y otro, á la que se os instiga por medio de estos impresos, que con tanto afán se hacen circular entre vosotros; á esta lucha en la cual se quieren presentar tantos soldados, por medio de esta federación de sociedades obreras, que se procura tener unidas como los eslabones de una cadena. ¡Cautela! amigos míos, y mucho cuidado en poner vuestro nombre honrado y sin tacha en estas listas de hombres, que solo desean conocerse entre sí por un número, para extinguir toda idea de familia; que no se han de llamar españoles, ni franceses, ni belgas, porque entre ellos no ha de haber nacionalidad; que no se han de llamar católicos, ni protestantes, ni judíos, porque en estas sociedades no ha de haber Dios, ni Religión, ni Patria, ni Familia, ni Hogar, porque se quiere que estos grupos de hombres que hoy viven del trabajo, sean bandadas de buitres errantes y hambrientos.

Deseo que penetre hasta el fondo de vuestra inteligencia, la falsedad de estas doctrinas; anhelo que os persuadais de que estas sociedades obreras están formadas con propósitos subversivos; que estas ideas son las que han de producir vuestra ruina, y como un día y otro las oís ensalzar y aplaudir con frenesí, por esto me perdonareis que continúe ocupándome de ellas, en las noches sucesivas. Por hoy os ruego que

reflexioneis un tanto acerca de cual sería vuestro estado después de esta gran revolución social que se os quiere ofrecer, y cuales son los inconvenientes que os he apuntado y que traen consigo estas organizaciones dadas á vuestras sociedades obreras.

CONFERENCIA TERCERA.

Grandes son los esfuerzos que hacen algunos hombres para atraer á la inmensa clase obrera, al terreno del odio y de la animosidad contra las demás clases, y grande el empeño que tienen en reunir á los obreros en grupos unidos entre sí por medio de la federación de las sociedades de operarios.

¿Quereis conocer el lenguaje que al efecto se usa por estos hombres? pues escuchad lo que se dijo el 16 de Abril de 1870 en el instituto de S. Isidro de esta Corte, en una reunión de la Internacional de trabajadores.

«En mi humilde concepto atendida la gravedad del mal, y la fatal antigüedad de las llagas sociales, no son bastantes las consultas de doctores, no es bastante hacer el diagnóstico de las enfermedades y señalar los remedios adecuados: es preciso que mas bien que médicos y doctores que receten, haya cirujanos que quemen y corten.» (aplausos).

Y luego para escitaros al odio á vuestro estado,

para animaros contra las demás clases, que se dice son sordas á los clamores de la miseria, y niegan todos sus recursos, se dice:

«Duden de la miseria los que acostumbrados á la vida holgada de los palacios, no conocen la vida estrecha del tugurio. Que vayan á las fábricas, vayan á los talleres, vayan á las obras, y allí al ver tantos y tantos infelices mal alimentados, mal vestidos, y al ver las casas donde se cobijan, casas estrechas, mezquinas, mal sanas, que se asemejan en sus habitaciones á las celdas, en sus corredores á las galerías de seminario, habitaciones que parecen cuevas, patios que parecen pozos, consideren que en estas casas hay tantas gentes, tantos infelices que tienen por única comida un poco de pan, por único lecho un mal jergon, y duden de la existencia de la miseria..... y comprenderán que para este sufrir inmenso con los datos que arroja la estadística sobre la conciencia de los explotadores, comprenderán que para estos ayes solo se concede al cuarto estado, un asilo en los hospicios, un lecho en los hospitales y una fosa comun en los cementerios.»—

Así se consueta al pueblo, así se le enseña á llevar con desesperacion una existencia poco grata: así se ponen de relieve los rasgos de la miseria, para que el odio al que no es pobre vaya cada día creciendo y se eche mas leña al fuego. Pero esta mise-

ria no es de hoy, amigos, ha existido en todos tiempos, mayor ó menor, con más ó ménos alarma, y si ha habido hombres indiferentes á esta calamidad del género humano, muchos otros tambien han abandonado su fortuna para aliviarla, han dejado las comodidades de su casa para consolarla, han perdido años de vida en el estudio de los medios con que evitarla: esta miseria que se os presenta con colores tan vivos, es un mal pasajero y leve en compensacion con el estado salvaje, brutal y feroz á que se quiere entregar á la clase obrera con estas ideas que veis predicadas como el puerto de vuestra salvacion.

Es decir que para consolar al enfermo de sus males, no se le indican los varios remedios que se le pueden aplicar, ni se opta por el menos doloroso, sino que el médico sentado á la cabecera, se complace en irle explicando toda la intensidad de los dolores, todas las consecuencias de este mal y hasta donde puede llegar, y despues que tiene al enfermo en este estado, le propina no el remedio más suave ni el de éxito más seguro aunque exija más tiempo, sino el más duro, el más sensible, el más violento, que así puede curarle como producirle una muerte subita. ¡Entregad pues obreros vuestros ahorros y vuestro porvenir á estos que se llaman á si mismos, os abogados del pueblo, y vereis á donde se os conducen!

Preguntádle luego á este orador tan pacífico, cua-

les son los medios de destruir esta miseria, y vereis que á este hombre tan lleno de virtudes y de talento, no le acomoda la beneficencia pública ni privada, ni los cien medios que los gobiernos, los particulares y los institutos religiosos han inventado y aplicado con gran éxito. A este hombre le estorba la historia y la echa al fuego: teme que estos recursos no le han de valer un aplauso, y como todo lo quiere innovar, desprecia estos medios empleados por la sociedad antigua, viciosa y viciada: este gran cirujano de la sociedad vieja y apóstol de la nueva sociedad, dice testualmente: — «El modo de regenerar políticamente al obrero, el modo de emanciparle socialmente, es única y exclusivamente, dadas las condiciones actuales de nuestra sociedad, dada nuestra organización política, dado nuestro modo de ser social, dado el modo de desentenderse los que debieran tener presente la regeneración del pueblo, es, primero en el terreno de la idea y despues en el de los hechos, *la revolucion social*.

«Si me pedis un sistema completo para mañana, no os lo daré, no os lo puedo dar, lo único que haré es llamar con nosotros á los doctores de la ciencia, á los abogados del pueblo que debieran acudir á estas sesiones, para que la inteligencia del pueblo no se estrávie por falsos caminos, no se envenene con las predicaciones de los apóstatas que conoceis. (aplausos).

«Y no vengo á seguir un autor determinado, vengo á seguir la conciencia del pueblo, vengo á tratar las cuestiones no con arreglo al criterio de los sábios, sino con el criterio popular, para trazaros el cuadro brevísimo, el sistema completo trazado por un hombre á quien la generacion contemporánea maldice, pero á quien las generaciones venideras adorarán sobre el altar de su conciencia, al gran ciudadano Proudhon. (aplausos).

Es decir amigos míos, que segun este orador, las cuestiones que os interesan no habeis de resolverlas del modo que la ciencia enseña y aconseja la esperiencia, sino como os parezca mejor á vosotros. En otros términos: si mañana teneis un pleito no debereis acudir á un abogado para que os dirija y lo siga segun las leyes y la ciencia, sino que vosotros mismos lo llevareis como os parezca mejor, y si perdeis os quedará el consuelo de haber seguido el consejo de este nuevo Salomon. No se quiere el criterio de los hombres sábios y experimentados ó encanecidos en el estudio, porque estos señalarian los peligros, las locuras y las consecuencias de estas ideas que se pintan tan buenas, y por esto se desacreditan y calumnian á los hombres que podrían dar consejo, y aunque sea engañándoos y haciéndoos victimas de una verdadera estafa, se prefiere ofuscaros con cuatro palabras bien limadas y pronunciadas con cómico entusiasmo, se os presenta como muy fácil y muy

expedito el camino que debéis seguir porque cuando conozcais que este camino no tiene salida, y debéis retroceder, ellos ya habrán puesto pies en polvorosa ya habrán hecho su negocio, y os dirán ahí queda este hueso que roer.

Observareis que estos hombres que tanto parece se sacrifican y se desvelan por vosotros, os darán poco socorro el día de una necesidad, ellos no saben sino hablar, aconsejar, dirigir, y tienen la práctica constante de dejar á un lado como cosa despreciable todo lo que se ha dicho y se ha escrito sobre las clases obreras, cuando esto no hace á su propósito, y como no se han roto mucho la cabeza en el estudio, prescinden de la historia, desdeñan y desprecian los hombres que paso á paso han dado á la sociedad nuevas instituciones de verdadero progreso moral y material, porque en ellos hallareis dos cosas muy notables: lo que ellos sostienen y predicán, como obra suya es excelente, es de éxito seguro; lo de los demás son ideas rancias y desacreditadas; en pocas palabras, una gran dosis de orgullo, otra gran dosis de ignorancia y otra gran dosis de envidia á los verdaderos hombres de ciencia y de corazón recto; porque no lo dudeis, en el fondo de estas predicaciones hay un gran fondo de envidia y orgullo á la vez: como no se han tomado la molestia de registrar libros y mas libros en que pudieran aprender el verdadero modo de guiar al pueblo hacia su bienestar y

de procurar á la clase obrera su apetecida emancipación, lo mas cómodo es hablar y discurrir fomentando odios y pasiones sobre las que levantan su pedestal.

Uno de los medios de que se echa mano es la organización federada de las sociedades de obreros, cubriéndolas con cierta apariencia de fines lícitos y filantrópicos para que con la mayor candidez vayan alistándose los que obran de buena fé, y así aumente el número y se vá dando fuerza á este ejército de hombres que han de secundar los planes de destrucción de sus maestros y doctores. Es preciso pues, á estos hombrecillos, arrancarles la máscara y presentarles al pueblo tales como son y tales como han sido. Buscad sus antecedentes, indagad de donde han venido, qué profesion es la suya y cuál es su conducta, y notareis, que todos ellos son en su clase, en su carrera, en su oficio, verdaderas medianías que no llegan á tener elementos para poder vivir y si hay algun hombre de talento ó de cualidades es una naturaleza hasta cierto punto contrahecha, porque así como hay jorobados en el orden físico parece hay tambien cojos y jorobados del entendimiento pues que sin ser locos de atar tienen su cerebro enfermo; y estos son luego los hombres que por lo general salen á luz como grandes revolucionarios y como padres del pueblo según su lenguaje. No es extraño pues que de estos cerebros enfermos

salgan ideas como la que en la sesión antes apuntada mereció grandes aplausos: dijo el orador para terminar su discurso:

«Digamos que ha pasado para no volver aquel tiempo en que nos llamábamos, católicos fervorosos, aquel tiempo en que nos llamábamos creyentes, y verán nuestras creencias la máquina neumática con que se asfixiaba nuestro espíritu, y destruyendo á este poder negro que no vemos, pero que se sienta organizado en logias, trabajando en las sombras, á estos jesuitas que hoy se apoderan de las conciencias de nuestras hijas y mujeres, juremos aquí sobre el altar de nuestra conciencia, que tendremos valor para quemarlos y arrojarlos á los vientos!»

¿Esperais algo amigos míos, de hombres que así pervierten el buen sentido del pueblo, que atacan en estos términos el sentimiento de la fé tan encarnada en los españoles? Si esperais de aquellos vuestro progreso y vuestra independencia, ó sois ciegos ó vuestro espíritu está enfermo. Yo espero y conmigo esperan todos los hombres sensatos, el retroceso á una época peor que la invasión de los bárbaros; yo espero escenas de sangre y de fuego, en las que se sacrificará todo lo que es el honor, el orgullo y la dignidad de nuestra patria; yo espero ver á la clase obrera toda, esclava de un poder absoluto y despótico que con brazo de hierro sacudirá cien veces cada día su justa saña contra esa clase que no quiso oír voces

amigas y leales, y prefirió entregarse toda entera á un puñado de ambiciosos ignorantes y osados que levantaron su voz, mientras los hombres honrados tapaban sus oídos para no oír sus desatinos, y quedaban atónitos y cegados al ver la docilidad de la masa obrera en escuchar esta voz que les atraía al precipicio.

Para ello se os quiere organizar, para ello se os quiere tener unidos, no para que vuestros fondos se destinen al socorro de la enfermedad, ni al alivio de la vejez, ni para crear pensiones á los inválidos de la industria, ni para alentar al obrero sobresaliente que inventa una máquina ó la perfecciona, no; todo esto les importa poco á vuestros doctores, porque esto significa en los obreros condiciones de moralidad, de fé, de prevision, de orden, de amor á la familia, y estos maestros no quieren nada que se asemeje á todo esto, ellos solo quieren destruccion, guerra, esterminio, botin, para ver si con ello relleñan sus cofres de oro y valores y huyen cobardes á tierra extranjera. No abrais la historia para ver si esto es ó no verdad, los periódicos de estos dos últimos meses (fines de 1871) os han descrito detalles de la fuga de los jefes de la Commune, y ellos han explicado con que condiciones se han escondido: ninguno de ellos se ha marchado en estado de pedir limosna.

Abramos empero las actas del congreso obrero de Barcelona que es el primero que se reunió en

España y os convencereis de lo que acabo de decir.

En la sesion del día 20 de Junio, contradiciendo el delegado Robau y Donadeu las razones de otro delegado que no opinaba por las Cajas de resistencia y apoyando aquel el dictámen, dijo:

«Nosotros, vamos á cambiar la sociedad antigua
»para fundar la nueva sociedad; al fundar estas ca-
»jas de resistencia, hay que tener presente la orga-
»nización viciosa, autoritaria, despótica que tiene
»la sociedad de hoy.» Dice tambien el dictámen:
«que no quiere ninguna de aquellas instituciones que
»pervierten el sentimiento humanitario del hombre,
»que es contrario á la idea del Estado, porque el
»Estado representa la idea del personalismo: tam-
»bien lo derriba y en esto obra oportunamente el
»preámbulo y consagra de una manera enérgica y
»decidida la necesidad que tenemos al crear la socie-
»dad del porvenir, de derribar la entidad tambien
»de la familia, que es el principio de autoridad, es
»el interés individual, y el interés individual, ¿sabeis
»como trata á sus semejantes? Contra una esquina.
»He aquí porque viene á sentar las bases, con que
»debemos anular el principio de autoridad para
»reemplazarlo con el de libertad y fraternidad, y yo
»mañana mismo veria con gusto que en contra del
»sentimiento de familia y la asociacion coopera-
»tiva individual, yo preferiria en vez de ser hijo
»de esta institucion y llamarme Robau y Donadeu,

»que se me llamara número mil y tantos de Fi-
»gueras.»

Y añade luego.—«De hoy mas, despues de dada
»nuestra sancion á estas Cajas de resistencia, ten-
»dremos la dicha de tremolar la bandera de *Guerra*
»á muerte á quien no piense como nosotros. Triun-
»faremos. De aquí tantos individuos como piensan
»de la misma manera, como pensaba un gran revo-
»lucionario, que en otro tiempo teniamos aquí, y
»que murió para desgracia del pueblo trabajador;
»me refiero á Abdon Terradas quien decia en unas
»estrofas publicadas en el periódico la *Campana*—
»Caiga el clero y la nobleza, la tiranía de la riqueza,
»hasta llegar á nuestro nivel—Esta es la aspiracion
»gráfica y terminante de las ideas de la Internacio-
»nal: *todos iguales; los de arriba bajando, los de*
»*abajo subiendo.*»

Por 47 votos que dijeron si, y 7 que se adhirie-
ron, 2 que dijeron no y 24 que se abstuvieron de
votar, habiendo 11 delegados ausentes, se aprobó la
siguiente resolucion.

«Artículo único. El congreso obrero de lengua
»Española, considerando que la lucha contra el ca-
»pital se hace una necesidad para conseguir la com-
»pleta emancipacion de las clases trabajadoras y que
»para esta lucha es necesario ponerse en condiciones
»económicas, *declara*: que las Cajas de resistencia
»son una necesidad y un grande elemento para

«alcanzar el objeto á que aspira la grande asociacion
»Internacional de trabajadores.»

Y para que comprendais de un modo perfecto, amigos míos, como estas cajas de resistencia tienen un propósito esclusivamente subversivo, bastará que os cite el siguiente párrafo del dictámen.

«Las leyes todas están hechas no solo sin nuestro concurso ni conformidad y siendo como son injustas, ni debemos respetarlas ni las respetaremos, puesto que no debiendo ser estas más que un contrato social en el que intervengan la participacion y conformidad de todos los individuos en ella interesados, y siendo la clase trabajadora la que mas directamente se halla interesada en ella y perjudicada, y de la que se ha hecho abstraccion completa para hacer estas leyes, estamos relevados del compromiso de respetarlas.»

De esta manera se organizan las asociaciones de obreros; estos son los principios que presiden en estos estatutos que me habeis entregado; ya veis que de un modo claro y esplicito se os explica á donde debeis ir á parar, y para qué os asociáis y reunís; ¿merecen este destino vuestros ahorros? ¿vosotros hombres de buena fé y sana intencion debeis secundar estos propósitos? ¿Para esto quereis sacrificaros? ¿Para esta revolucion social, habeis reunido vuestras fuerzas y habeis destinado este dinero economizado á fuerza de constancia y privaciones?

Juzgad vosotros mismos, si al asociaros pensateis jamás contraer estos compromisos, y reconoced que al dar vuestro nombre y vuestro dinero se os ha engañado miserablemente; pero.... esperad aun, que mañana espero leeros otros documentos no menos importantes que los de esta noche.

CONFERENCIA CUARTA.

En las noches anteriores habeis visto el criterio que preside en la organizacion de vuestras sociedades, pero no creais en modo alguno, que este modo de ver las cuestiones y resolverlas sea efecto de un detenido estudio, de un exámen imparcial y procurando conciliár las opiniones opuestas; allí en el Congreso obrero no se admitian opiniones que no fueran las de la Internacional, y si alguno emitia una opinion que discrepase algun tanto de las de esta asociacion, los hombres de la tolerancia los que tanto proclaman la independencia y el juicio de cada uno interrumpian enseguida al orador y le llamaban al orden. Así por ejemplo: al discutirse el dictámen sobre cajas de resistencia el ciudadano Roca y Gales vióse interrumpido de la manera que así resulta de la pág. 11 columna 1.ª de las actas del congreso.

«—Hasta por mucho que se diga hemos de ser

»francos: ciudadanos, nuestra falta de instruccion;
»el carácter especial de nuestra clase obrera, hasta
»nuestro genio digámoslo así latino, ligero, no puede
»de ningún modo realizar la mejora del proletariado
»sin una intervencion y esta es la del Estado (rumo-
»res). Señores; digo que no se puede realizar la me-
»jora del proletariado sin la intervencion del Estado,
»estoy en mi derecho, creo esto y voy á demostrarlo.»
(el ciudadano Balasch pide la palabra para una cues-
»tion de orden.)

«El ciudadano Balach—«El ciudadano Roca y
»Gales está en un error porque nosotros aquí esta-
»mos conformes con la asociacion Internacional de
»trabajadores, por tanto, como esta asociacion no
»conoce y reconoce ningún Estado declaro que el
»ciudadano Roca y Gales no está conforme con la
»Internacional y si continúa de esta manera no podrá
»hacer uso de la palabra.» (aplausos).

El ciudadano presidente. — «Debo hacer una
»observacion. Precisamente tenia cogida la campani-
»lla para llamarle al orden. Hago mia pues la obser-
»vacion del ciudadano que acaba de hablar, en este
»momento y recomiendo al ciudadano Roca y Gales
»que si está conforme con los estatutos de la asocia-
»cion Internacional en este concepto podrá permitirle
»y hasta garantizarle en el uso de la palabra.»

El ciudadano Roca y Gales. — «Acepto la obser-
»vacion del Señor presidente y mucho mas la de mi

»amigo el ciudadano Balasch advirtiendome que nos-
»otros al venir aquí á representar.....»

El ciudadano Hugas. — «Pido la palabra para una
»cuestion previa apoyando lo que ha manifestado el
»ciudadano Balasch.»

«Reconociendo Roca y Gales la competencia del
»Estado para redimirnos y siendo contrario á la de-
»cision de la Internacional de los trabajadores, no
»puede consentirse que se espese en este sentido
»supuesto que ha de constar en su poder un recibo
»en que se consigna que es partidario de la Interna-
»cional de trabajadores bajo cuya promesa ha veni-
»do aquí.»

El ciudadano presidente. — «Creo que en el curso
»de su discurso nos dará á conocer si está ó no en
»el derecho de continuar, en cuyo caso podrá reti-
»rarse ó no la palabra; mas esto es tan grave que
»debemos oírle y solo cuando el congreso lo declare,
»entonces yo lo haré; pues esto procede y es preciso
»no obrar de ligero.»

El ciudadano Roca y Gales. — «Voy á dar explica-
»ciones al congreso sobre la manera como mis repre-
»sentados comprenden la asociacion Internacional, y
»diré á la mesa y al Congreso que no somos nosotros
»solos, es la inmensa mayoría de los obreros de
»Cataluña.»

El ciudadano presidente. — «Si el ciudadano me
»permite.....»

«Me parece que va á entrar en un terreno que no es la cuestion que se ventila.»

El ciudadano Roca y Gales.—«Si se me corta en el uso de la palabra, no se sabrá de que manera voy á esplicar el Estado, ni como lo comprenden..»

El ciudadano presidente.—«Debe comprender el orador, que el juicio particular de una asociacion no es lo que aquí se puede discutir y tener en cuenta: la asociacion internacional tiene unos estatutos que se han presentado á la consideracion de todas las sociedades declarando que las que estuviesen conformes podian mandar sus representantes aquí, más si la sociedad que V. representa los comprende de otra manera no.»

El ciudadano Roca y Gales.—«Los estatutos de la Internacional al sintetizar el principio anárquico no impiden que pueda discutirse si es justo ó no que pueda llegarse por mejor camino.»

El ciudadano presidente.—«Está V. fuera del terreno en que ha pedido la palabra, tenga la bondad de emitir su parecer respecto del dictámen sobre la *Resistencia*.»

Por otra parte: en estas discusiones se puso gran cuidado en excitar el odio contra las clases conservadoras en despertar el amor propio de los pobres aun faltando á sabiendas á la verdad, á los hechos, á la historia, y se procuró infiltrar en los oyentes la hiel del desprecio hacia todo el que no fuera simple jor-

nalero; así pues el ciudadano Cobeño despues de ocuparse de la importancia de las cajas de resistencia decia:—

«Para conquistar nuestros derechos y derrumbar la organizacion social debemos tomarlos, recogerlos, porque nuestros son al nacer, los tenemos con nosotros y deben venir á las cajas de resistencia para decir á los explotadores—no os queremos quitar nada porque nada teneis vuestro, pero en cambio queremos que como hermanos nuestros, vengais á aumentar la produccion para que no grave todo el peso sobre nosotros.»

«¿No es hora ya de que comprendamos que somos hombres, que todo lo tenemos como ellos y en cambio pasan por nuestro lado y nos miran con desprecio? ¿No se resiente nuestro orgullo cuando vamos á sus casas, debemos quitarnos el sombrero y hacer antesalas siendo tratados á punta pies y á palos? (bravo, bravo) ¿No veis estas humillaciones ante el capital? ¿No veis á todos estos agruparse, meterse entre los obreros para dividirlos y mejor explotarlos? Siendo esto así no hay otro medio para contrarrestarles que la resistencia solidaria, colectiva de todos los obreros de la humanidad, para decirles despues ahora es hora. ¿Quereis ser hermano? Venid»

«Hay otra clase mas podrida que hemos de quitar con las cajas de resistencia; hemos de quitar no solo el agente entre el productor y consumidor, sino el

»capital. Estos hombres que se dedican á comprar al
»productor para volver á vender á otro; insolentes
»que se contentan con la módica ganancia del 75 por
»ciento (risas); estos que andan escatimando á los
»pobres cuando van á los mercados; estos que dicen
»esperemos á mañana que no tendrán para subsistir
»y mañana nos lo darán más barato; á estos pues que
»ni la ciencia producen, les digo; venid con nosotros,
»trabajad con nosotros; y tened entendido que cuan-
»do todos trabajen (que es nuestra aspiración) enton-
»ces trabajaremos muy pocas horas.»

La lectura de las actas del Congreso obrero de la
Region Española, demuestra pues con evidencia plena
que no se quiere que los obreros se reunan en peque-
ños grupos formando sociedades independientes, con
el fin de atender á sus necesidades y procurar su
instrucción, que no se admite que sus propósitos sean
pacíficos, que sus medios sean legítimos, que su orga-
nización sea propia, sino que todos dependan de un
centro comun, que enlazados los unos con los otros,
como engranan las ruedas de una máquina, queden
en disposición absoluta de un centro directivo que
haga mover las masas obreras del mundo como los
huracanes y las grandes tempestades que devastan
comarcas inmensas, que todo lo arrollan y destruyen,
y que dejan la soledad en pos de sí.

Esto es lo que se quiere, esto es lo que se busca,
y á este fin al tratarse en dicho congreso de la orga-

nización social de trabajadores se propusieron y apro-
baron las siguientes conclusiones.

»Primero; en cada localidad se formarán socieda-
des por oficios y además una que comprenda á los
individuos de oficios varios que no hayan constituido
sociedad.»

«Segunda; todas estas sociedades de una misma
localidad se federarán para organizar la cooperación
solidaria y demás cuestiones de grande interés para
los trabajadores.»

«Tercera; las sociedades del mismo oficio en las
diferentes localidades se federarán entre sí, para
organizar la resistencia solidaria.»

«Cuarta; las federaciones locales se federarán á
su vez para formar la federación regional española,
cuya representación será un consejo federal elegido
por los congresos.»

«Quinta; todas las sociedades, federaciones loca-
les, federaciones por oficios, como también la federa-
ción regional se regirán por los reglamentos típicos
respectivos determinados por los congresos.»

Y á este objeto se trabaja con constancia y se
emplean todos los medios; así es, que en el congreso
de *Bale* celebrado en Setiembre de 1869 el centro
federal de las sociedades obreras de Barcelona en su
informe consignó: que desde octubre de 1868 había
llegado á constituir y federar 195 sociedades con más
de 20.000 socios figurando Barcelona por 38 socie-

dades con 7.081 individuos y en dicho informe después de sentar que el salario era la mayor de las infamias, y otras frases dulces por este estilo, se saluda el congreso de la Internacional diciendo «Compañeros: con la perseverancia, con la union y la solidaridad, en cada situacion de la vida, en todas las partes del mundo, cualquiera que sea nuestro origen, aboliendo los Estados obtendremos la paz y la libertad porque todos los hombres deben formar un solo núcleo. . . . y todos los pueblos una federacion libre de asociaciones libres de obreros.»

Pero esto no basta, es necesaria la igualdad económica, es preciso que la propiedad venga á ser colectiva y para conseguirla es necesaria la abolicion del derecho de herencia (1).

¿Qué debéis pues esperar, amigos míos, de esta organizacion? ¿Pensáis acaso que estas sociedades hijas de la Internacional levantarán edificios para los inválidos de la industria, os proporcionarán un socorro fijo el día de la enfermedad, ó suministrarán un equivalente á vuestro jornal, el día de una crisis, facilitarán la educacion á vuestros hijos, y os asegurará una vejez tranquila?

No seáis tan ciegos.

Vuestra asociacion tal como está constituida, dependiente del centro directivo de la tenebrosa inter-

(1) *Oscar Testut*, el libro azul de la Internacional.

nacional, que quiere establecer numerosas sucursales para dedicarse en grande escala al incendio, al saqueo y al asesinato, empieza por arrancaros vuestra fé y vuestras creencias, os despoja de vuestra voluntad sometiéndoos á la suya, se apodera de vuestro dinero para destinarlo al fondo social, y dispone de vuestra persona para que vayais á engrosar las filas de este ejército que ha de demoler la sociedad actual.

No me sorprende la admiracion que os causan estas palabras, porque bien sé que muchos de vosotros, de vuestros compañeros, hánse encontrado inscritos en estas sociedades federadas creyendo pertenecer á una asociacion de mutuo socorro, y que sin saberlo son internacionalistas. Amigos míos, conociendo los fines y los propósitos de la Internacional, conociendo los medios de que se vale para procurar la realizacion de sus doctrinas, no hay hombre alguno que se considere honrado y que quiera aparecer tal á los ojos de sus conciudadanos que quiera y consienta pertenecer á aquella asociacion.

¿Comprendeis ahora el engaño? ¿conoceis ahora la superchería? aun es hora de huir el peligro y abandonar esta compañía de hombres fanáticos que aplauden á los incendiarios, que os presentan sus crímenes como actos de justicia, que llaman mártires á los asesinos que han espiado su delito en el cadalso, que osan llamar traidores á los que aplicando las leyes han pronunciado sentencias condenatorias. La Inter-

cional es una fiera que solo quiere sangre y mas sangre y ni los castigos impuestos ni los 50.000 afiliados que fueron presos despues de la caída de la Commune, ni la clara demostracion que en todo el mundo se ha dado de la maldad de sus planes, nada le detiene, ni nada le arredra, y con infernal constancia predica y proclama el delito: oid sinó lo que se lee en el *¿Quién vive?* órgano de los Internacionalistas de Lóndres correspondiente al 25 de Noviembre último.

«Se acerca el día en que la Internacional pasará su antorcha y su hacha de aldea en aldea, el hacha para vuestras cabezas, y la antorcha para vuestros palacios.»

Dirigiéndose luego á la clase media, dice en dicho número el articulista, Jorge Melotte:

«Sabed que solo tenemos una idea, la de la venganza, y que la queremos terrible, ejemplar. Llegará un día en que volveremos á triunfar, y entonces no habrá perdon para los asesinos de Junio de 1848 y Mayo de 1871. Cortaremos vuestras cabezas aunque esten cubiertas de canas, y lo haremos con la mayor calma. No tendremos respeto ni lástima á vuestras esposas y á vuestras hijas; no tendremos más que la muerte: la muerte hasta que haya desaparecido para siempre vuestra raza maldita. Muy pronto nos veremos, señores de la clase media.

Ya lo ois; en Lóndres se predica el asesinato en grande escala, En París se lleva á cabo con centena-

res de personas indefensas, en Madrid se apetece y piden cirujanos que corten y quemén; en Barcelona se declara guerra á muerte al que no piense como los de la Internacional. ¿Osará aun llamarse honrado, atreveráse á llamarse siquiera hombre, el que pertenezca á la Internacional?

Ya antes que esta fuera conocida en España vuestras asociaciones obreras tenian una organizacion viciosa, pues tenian por objeto secundar planes politicos determinados y fomentar las huelgas violentas que tantas pérdidas causaron á la industria y á las clases obreras. Unios en buena hora amigos míos, pero unios para el bien, formad asociaciones sin número para procurar vuestro alivio, vuestro progreso, vuestra instruccion, vuestro bienestar, pero huid de estos lobos hambrientos que en su rabia y su despecho todo lo quieren devorar. Y si quereis aplicar con acierto el benéfico principio de la asociacion no os faltará quien os tienda la mano y abra su gaveta para secundaros. En la generosa tierra de España aun hay hombres que sin buscar aplausos, os formularán estatutos y reglamentos propios para vuestro objeto y vuestros deseos; no os faltarán consejeros prudentes y desinteresados que os apoyen y os entreguen el fruto de sus estudios y el exámen de las cien instituciones que en el extranjero tienen vida lozana y dan prósperos resultados.

Apartaos, amigos, de estas sociedades obreras cuyo fin es amenazar el órden, cuyo objeto es atacar

á las demas clases, cuyas doctrinas son las que habeis oido ya estas noches y que en letras de molde se afanan en predicar y esparcir *cuatro aventureros, hijos bastardos de la patria en que han nacido, enemigos del rico, porque ellos no son ricos, enemigos del trabajo porque son ineptos para él, enemigos del pobre porque le hacen servir de vil instrumento de sus planes ambiciosos, y enemigos de todo hombre de bien, porque la conducta de este es su constante acusacion.*

Obreros todos que quereis aprovechar los frutos del principio de asociacion, no olvidéis que vuestra suerte y vuestro porvenir estan en vuestras manos, y dependen de vuestra eleccion: uníos y formad sociedades como las que en gran número existen en el nuevo y el viejo mundo, extrañas á todo plan político, enemigas de todo desorden; buscad el apoyo de los hombres caritativos de vuestras ciudades y vuestros pueblos para que os dirijan y aconsejen en los casos árdulos que se presentan, no olvidéis jamás que los intereses de todas las clases lejos de ser opuestos, están enlazados unos con otros, y no deis oídos á estos propagandistas que quieren avasallar la clase obrera de toda Europa para destruir la sociedad; tened presente siempre la máxima puesta al frente de este libro, y si alguno de vosotros por su lectura, llega á apartarse del peligro y alcanza su bienestar, quedan ya mas que colmados los deseos que han inspirado la redaccion de estas páginas.

EPILOGO.

Quedan terminados estos ensayos, que dadas las condiciones del programa no otra cosa podia hacerse; pero antes de concluir hemos de escitar á la clase media y á la aristocracia del dinero para que salgan de su indolencia y apatía, que han sido hasta ahora el pretexto de los fanáticos rojos. No olviden estas clases que pueden y deben dar la mano á los obreros para alcanzar su mejora y su progreso, que hay mucho que hacer y grandes y excelentes ventajas pueden reportarse de este apoyo que los fuertes y los ricos deben á los débiles y á los pobres, porque si así no lo hicieran, porque si los industriales y los capitalistas no sacrificasen en aras de la caridad y el bien comun una parte de sus riquezas, este abandono daría nuevo pábulo á los clamores de los Internacionalistas.

Las clases media y aristocrática, los hombres de la ciencia y del capital, no deben olvidar á los hom-

á las demas clases, cuyas doctrinas son las que habeis oido ya estas noches y que en letras de molde se afanan en predicar y esparcir *cuatro aventureros, hijos bastardos de la patria en que han nacido, enemigos del rico, porque ellos no son ricos, enemigos del trabajo porque son ineptos para él, enemigos del pobre porque le hacen servir de vil instrumento de sus planes ambiciosos, y enemigos de todo hombre de bien, porque la conducta de este es su constante acusacion.*

Obreros todos que quereis aprovechar los frutos del principio de asociacion, no olvidéis que vuestra suerte y vuestro porvenir estan en vuestras manos, y dependen de vuestra eleccion: uníos y formad sociedades como las que en gran número existen en el nuevo y el viejo mundo, extrañas á todo plan político, enemigas de todo desorden; buscad el apoyo de los hombres caritativos de vuestras ciudades y vuestros pueblos para que os dirijan y aconsejen en los casos árdulos que se presentan, no olvidéis jamás que los intereses de todas las clases lejos de ser opuestos, están enlazados unos con otros, y no deis oídos á estos propagandistas que quieren avasallar la clase obrera de toda Europa para destruir la sociedad; tened presente siempre la máxima puesta al frente de este libro, y si alguno de vosotros por su lectura, llega á apartarse del peligro y alcanza su bienestar, quedan ya mas que colmados los deseos que han inspirado la redaccion de estas páginas.

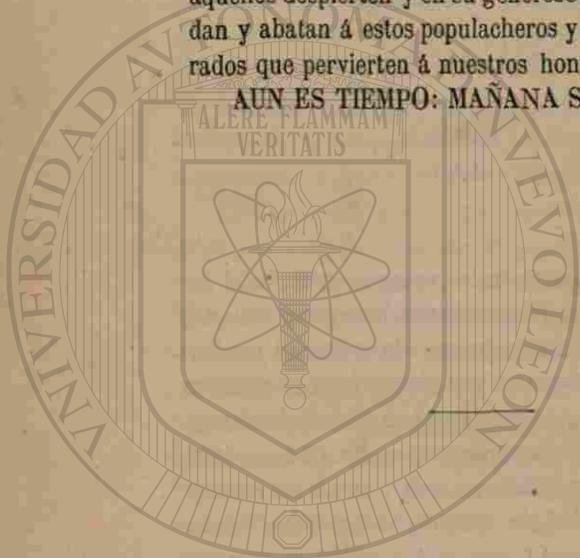
EPILOGO.

Quedan terminados estos ensayos, que dadas las condiciones del programa no otra cosa podia hacerse; pero antes de concluir hemos de escitar á la clase media y á la aristocracia del dinero para que salgan de su indolencia y apatía, que han sido hasta ahora el pretexto de los fanáticos rojos. No olviden estas clases que pueden y deben dar la mano á los obreros para alcanzar su mejora y su progreso, que hay mucho que hacer y grandes y excelentes ventajas pueden reportarse de este apoyo que los fuertes y los ricos deben á los débiles y á los pobres, porque si así no lo hicieran, porque si los industriales y los capitalistas no sacrificasen en aras de la caridad y el bien comun una parte de sus riquezas, este abandono daría nuevo pábulo á los clamores de los Internacionalistas.

Las clases media y aristocrática, los hombres de la ciencia y del capital, no deben olvidar á los hom-

bres del trabajo, y como que la suerte de unos esta relacionada con la de los otros, por egoísmo, sino por caridad, por instinto de conservación, es hora que aquellos despierten y en su generoso proceder confundan y abatan á estos populacheros y oradores abigarados que pervierten á nuestros honrados jornaleros.

AUN ES TIEMPO: MAÑANA SERÁ TARDE.



INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Temas propuestos por la Academia en su programa de concurso extraordinario de 10 de Julio de 1871 objeto de esta Memoria.	7
PROEMIO.	9
PRIMERA PARTE.—¿Las huelgas de trabajadores, producen los resultados que con tanta seguridad prometen sus propagadores?	13
SEGUNDA PARTE.—A la sombra de un árbol.—I.	49
II.	62
III.	81
IV.	96
TERCERA PARTE.—Conferencias sobre las Asociaciones de Obreros.	113
Conferencia primera.	115
Conferencia segunda.	127
Conferencia tercera.	133
Conferencia cuarta.	145
EPILOGO.	157



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

